

CCI



PARDO BAZÁN

—

OBRAS
COMPLETAS

卷

26

—

FOR LA EUROPA
Católica

PQ6629

.A7

P6

99977

P220P



1020027920



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE FONDO VOLVO LEÓN

RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS COMPLETAS

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

PER LA EUROPA CATÓLICA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 914
Núm. Autor P 25606
Núm. Agg. 33705
Procedencia AS
Precio -8-
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó 89



EMILIA PARDO BAZAN

OBRAS COMPLETAS. TOMO XXVI

POR

LA EUROPA CATÓLICA



099977

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADMINISTRACIÓN

1963 625 MONTERREY, MEXICO
calle de S. Bernardo, 37, principal,

MADRID

33705



EMILIA PARDO BAZAN

OBRAS COMPLETAS. TOMO XXVI

POR

LA EUROPA CATÓLICA



099977

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADMINISTRACIÓN

1963 625 MONTERREY, MEXICO
calle de S. Bernardo, 37, principal,

MADRID

33705

PQ6629
S7
P6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad. — Queda
hecho el depósito que mar-
ca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

MADRID.—Est. tip. de I. Moreno, Blasco de Garay, 9.
Teléfono 3.020.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ADVERTENCIA AL QUE LEYERE

Las impresiones de viaje que figuran á la cabeza de este volumen, no son ni la tercera parte de lo que pensaba y quería escribir acerca de Bélgica—sin hablar de Holanda, que visité después.—Aun reducidos á tan mínimas proporciones, mis apuntes de viaje carecen de unidad, y, como ciertas novelas y ciertos dramas, tienen dos argumentos.

El primer argumento es social. Yo me dirigí á Bélgica movida por el deseo de ver cómo funcionaba una nación donde los católicos ocupan el poder desde hace diecisiete años, y donde, sin embargo, no se ha acentuado indiscretamente el espíritu conservador; una nación que figura entre las más adelantadas, y que es católica, al menos en gran parte, con un catolicismo activo, coherente, vivaz, sin letras muertas.—El segundo argumento es artístico. A pesar mío y por natural disposición de mi espíritu, ya emprendido el viaje, el arte me atrajo, y robó espacio á mi somera indagatoria social. A dejarme llevar de mi afición, capítulos y capítulos escribiría sobre la pintura

en Bélgica y Holanda. No lo han consentido circunstancias ajenas á mi voluntad, unidas á apremios de tiempo por otros trabajos emprendidos, y he guardado para mí sola bastantes recuerdos de un viaje que acaso repetiré y que entonces, si el gusto público me autoriza, tendré ocasión de relatar, con mayor conocimiento de causa.

Contados como fueron mis artículos sobre Bélgica, creo que no cayeron en el vacto: la gente leyó los referentes á la cuestión social, hasta con avidez, me atrevería á decir, por ser asunto de actualidad y oportunidad evidente, que apenas se habla tocado en la prensa, y que principiaba á fermentar en los espíritus. Cartas recibí que me demostraron el interés despertado por mis notas de viaje; en algunas se me comunicaban noticias respecto á instituciones y organismos existentes en España, y que, animados por tendencia análoga á la que inspira las obras sociales en Bélgica, podían, al adquirir desarrollo de que por desgracia todavía carecen, despertar aquí un movimiento de la opinión acaso más eficaz y de cierto más humano que los fusiles y las cárceles para mantener en pie la sociedad y la patria. He celebrado conocer estas obras españolas, entre las cuales descuella la emprendida en Zamora por D. Luis Chaves; pero las he considerado y sigo considerando como islas, y necesitamos un continente; un impulso general, algo que nos vivifique y nos levante del suelo, del árida tierra que yacemos paralizados.

Necesito explicar bien mi pensamiento, que en este caso no debe envolverse en la penumbra favorable al arte. La obra social que en España podría cumplirse si fuese más viva

la fe religiosa, é impulsase por consiguiente á la acción, tiene dos aspectos, el extrínseco y el intrínseco. Extrínsecamente, la obra social podría ser un legítimo y honrado medio de defensa para la sociedad tal cual hoy se encuentra instituida en lo fundamental — el estado económico, el capitalismo, la propiedad privada, la constitución de la familia que se deriva de ella, con el derecho hereditario. — Importante es este asunto, y sin embargo, no es el que principalmente me importa. Me llega más al alma todavía lo intrínseco de la obra social, sus elementos civilizadores y moralizadores, la dignidad y la belleza que traería á todas las relaciones de la vida española, el empleo alto y provechoso que daría á tantas fuerzas como aquí se esterilizan ó malgastan. La obra social, influya ó no en el giro y evolución de los acontecimientos políticos (y que ha de influir es seguro), redunde en beneficio de la humanidad, y por lo tanto es buena en sí. En ningún caso conviene prescindir de ella; en ninguna situación cabe que no se adviertan, directa ó indirectamente, sus saludables efectos.

En Bélgica — lo reconocen los más activos trabajadores de la viña — se ha emprendido el trabajo algo tarde. ¡Qué diremos nosotros! Por las trazas no hemos de emprenderlo nunca, al menos en la escala que conveniría para lograr el doble fin de mejoramiento y resistencia á que va encaminado. Así lo temo... Sin embargo, siempre diré á los que madruguen y se echen la azada al hombro, que tengan ánimo y no se desalienten si hallan la tierra pedregosa y dura.

EMILIA PARDO BAZÁN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

I

DESDE EL TREN

A la Señora de Oñate.

Al emprender este viaje, mi primer pensamiento es que calumniamos á nuestro siglo. Alabar tiempos pasados es más fácil que resignarse á volver á ellos. Si nos restituyesen ahora á los dominios del carromato, de la diligencia, del mulo y de la silla de manos, oíríamos las protestas y los desesperados gritos de una generación habituada ya á la *rauda locomotora*.

Que el servicio de ferrocarriles en España deja mucho que desear y podría mejorarse, por sabido se callaría, si el repetirlo no fuese quizás conducente á la enmienda. La rapidez, con-
go, es ilusoria; por trazados mal entendidos, por concesiones á influencias no siempre respetables, las líneas hacen eses que prolongan el trayecto en perjuicio del viajero, y como la red es mezquina, escasa de venas, viajar por España supone triple ó cuádruple gasto de tiempo que



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

I

DESDE EL TREN

A la Señora de Oñate.

Al emprender este viaje, mi primer pensamiento es que calumniamos á nuestro siglo. Alabar tiempos pasados es más fácil que resignarse á volver á ellos. Si nos restituyesen ahora á los dominios del carromato, de la diligencia, del mulo y de la silla de manos, oíríamos las protestas y los desesperados gritos de una generación habituada ya á la *rauda locomotora*.

Que el servicio de ferrocarriles en España deja mucho que desear y podría mejorarse, por sabido se callaría, si el repetirlo no fuese quizás conducente á la enmienda. La rapidez, con-
go, es ilusoria; por trazados mal entendidos, por concesiones á influencias no siempre respetables, las líneas hacen eses que prolongan el trayecto en perjuicio del viajero, y como la red es mezquina, escasa de venas, viajar por España supone triple ó cuádruple gasto de tiempo que

en el extranjero, para ver la misma extensión de país. De Madrid á Marineda, v. gr., en silla de posta se iba en tres días y dos noches, relativamente más pronto que ahora por el tren en veintiocho horas; y es que en vez de acortar hacia Zamora, da el camino innecesarias vueltas por Palencia y León, atravesando los campos más áridos y feos de la Península. Podría tal viaje realizarse en quince horitas, adelanto de incalculables ventajas para los veraneantes y los que del veraneo viven.

En nada se refleja tan claramente la estrechez de nuestra vida moderna española, como en el corto número de trenes y su enlace dificultoso. Al acercarse á regiones donde hay vida industrial y fabril — Cataluña, Vizcaya, — las pulsaciones de la circulación se acentúan, los trenes salen con frecuencia. Pero donde la industria no ha exhalado su soplo bienhechor, los trenes van á paso de tortuga y salen con desesperantes intervalos.

Y así y todo, el recuerdo de ayer y la comparación consuelan. No sé cómo se podía viajar por gusto antaño, si bien consta que no faltaba quien lo hiciese y arrostrase las molestias sin cuento y los peligros, entonces reales y efectivos, de tal empresa. Y es que, desde los tiempos consabidos que se pierden, etc., esto de viajar ha tenido sabor de miel, misterioso encanto. Hoy viaja el individuo; entonces se trasladaban las tribus y los pueblos, siguiendo el curso del sol ó la honda corriente de algún río. Ahora que las grandes colectividades humanas pare-

cen haber echado raíces, y que positivamente las masas están incomunicadas y sólo se amalgaman por el violento choque de la guerra, el individuo se desquita.

En España la afición á viajar sin objeto determinado, por el viaje sólo, no se ha difundido todavía. Causa cierto asombro que yo la profese. Quizás no se explican que por ver un edificio viejo, menos aún, el lugar donde ocurrió un hecho memorable, donde surgió un recuerdo ó se escribió una página de historia, ande nadie rodando por trenes y fondas y estaciones, gastando tiempo y dinero, y privado de esas "comodidades de su casa" sin las cuales mucha gente no comprende la vida.

¿Qué se saca de un viaje? Es difícil al pronto reducir á cifras tal género de utilidad. Pero, según decía un respetable canónigo toledano, *la pintura vence al verso*; no hay como lo que entra por los ojos. Todas las descripciones de Toledo no equivalen á un paseito por las callejas y rinconadas de la imperial ciudad en compañía de una persona familiarizada con sus secretos. Eruditos libros de arqueología no suplen á la contemplación del viajero embelesado. En esto de los viajes hay mucho que no es reductible al conocimiento, que no es *aprender*, que va más allá y corresponde á las esferas delicadísimas del sentimiento. Así un viaje — por ejemplo, el de Goethe á Italia, el de Gogol á España — determinan á veces nuevas orientaciones para el artista.

También acerca del estado social de una na-

ción se *aprende* mucho viajando por ella. No diré que un extranjero, al pasar de prisa por España, tenga probabilidades de acertar en sus precipitados juicios; en cambio, el español, conociendo ya el terreno que pisa, ve en un momento la señal característica de un período, el sentido que lleva la vida patria. En este particular, los viajes por mi patria no pueden infundirme ideas tranquilizadoras.

En ellos se observa que si muchos pueblos han erigido teatros, en casi ninguno ha dejado de alzarse flamante, insolente de vida, con su arquería mudéjar, la plaza de toros. No sé por qué achacan a Fernando VII—grosero chulapón ingerto en ladino gobernante, que tan a fondo nos conocía—la difusión de la tauromaquia en España. Es ahora, es hoy, el momento en que se vive para los toros. Y no es lo peor que haya toros, sino que ellos absorban nuestro jugo y constituyan, a estas alturas, nuestra única y exclusiva preocupación...; ¡cuando debiéramos preocuparnos de tantas y tantas cosas! Y el arte mismo, ¿puede existir entre tal atmósfera de palmas, tabacos y manzanilla? ¿Puede sostener siquiera la competencia? Acuso a los toros de que agotan toda la sensibilidad nerviosa de que disponen los españoles, y devorando y abrasando su sangre, como la devora y abrasa un vicio, un hábito desordenado, les deja fríos é inertes para todo lo demás; no sólo para lo conveniente, sino también y en primer término para lo bello, para los goces de la imaginación y de los sentidos mismos, en lo que

pueden tener de escogido y de intenso. Pueblo que se entrega a los toros completamente, no volverá a enriquecer las artes como las enriquecimos nosotros en los siglos que pasaron.

En el último viaje, tan distinto del que hoy emprendo, lo primero que con orgullo me enseñaron en todas partes "los indígenas", fue la plaza recién salida del cascarón. Después vi también muchos conventos de nueva planta, mientras los antiguos se desmoronan ó están convertidos en almacenes y cuarteles. Se gasta en elevar edificios de mal gusto, templos que parecen de alcorza, y las maravillosas iglesias de antaño, caldeadas por la fe, se agrietan ó se hunden. El gentío, indudablemente, donde se agolpa es en las plazas de toros: los templos, así antiguos como recientes, están solitarios. En el mismo venerando Pilar, no era grande la concurrencia de fieles.

Visitando unas Escuelas comienza mi viaje esta vez. Invitáronme los Sres. de Oñate, hijos del fundador, el rico fabricante de chocolate D. Matías López, a ver las Escuelas del lindo pueblecito de Sarria. Sucédame con este pueblo lo que tan a menudo ocurre: cruzándolo todos los años varias veces, jamás se me ocurría detenerme allí. Y cuando le llamo lindo pueblecito, no es por adjetivar: es que el paisaje de Sarria—un paisaje *de transición*, donde se transforma insensiblemente la blandura mimosa de la campiña gallega en la severidad no adusta aún de los primeros campos de Castilla—merece el calificativo. El fondo de monta-

ñuelas realza el cuadro de la llanura con depresiones suaves, salpicada de blancas casitas, de chalets, de Pazos solariegos, de arbolado y de jardines. El pueblo forma una colina, trepando las nuevas calles á enlazarse con las antiguas, que ascienden hasta rendirse á los pies del castillo señorial, el cual todavía mantiene erguido su torreón. No lejos del castillo, reposa soñando el convento y su iglesia monumental, que estaban desmoronándose y con gran oportunidad se encargaron de mantener en pie, echando techos y pisos, los Padres Mercedarios. Estos religiosos, envueltos en su blanco sayal, son un toque poético muy en armonía con el edificio y el pueblo, con el ambiente de sosiego y calma que en él se respira. Lástima que usen esos feos sombreros curvos, negros, de teja, adoptados hoy por todas las órdenes monásticas, sin exceptuar la franciscana, y que echan á perder el efecto de los hábitos más nobles. Dentro del claustro, donde no hay que llevar sombrero, el Mercedario, con su vestimenta de lana nivea, reclinado en un pilar ó nimbada la cabeza por un arco que sostienen capiteles de imaginería, da la acuarela ya hecha al pintor. He notado que los Mercedarios de Sarria son muy jóvenes todos; algunos parecen adolescentes, y con su cara imberbe y la modestia mística de su actitud, se están desprendiendo de alguna tabla medioeval.

Volviendo á las Escuelas, diré que el señor López no pudo hallar mejor empleo para parte de su hacienda, laboriosa y honradamente ad-

quirida. Es toda esta familia en extremo caritativa y aficionada á hacer el bien, y no hay iglesia ni hay necesitado en Sarria (y supongo que lo mismo sucederá en el Escorial, donde funciona la gran Fábrica de chocolate) que no conozca los efectos de su bondad previosa. Probado por repentinas desgracias y crueldísimas pérdidas de seres queridos, Matías López, que era un *self made man*, hijo de sus obras, ascendido mediante su trabajo de posición humilde á la opulencia, sintió que debía, por decirlo así, pagar réditos á Dios, y dejó instituídas las Escuelas de Sarria; su viuda completará la obra fundando el hospital. Las Escuelas han costado más de medio millón de reales: el edificio es desahogado, ventiladísimo, entrando en él aire y luz á chorros; la instalación escolar, desde la peculiar hechura de los pupitres hasta los dos inmensos patios de recreación, descubre que la dirigió mano experta y entendida; el material, tan abundante que en largos años no se agotará el que hay de repuesto, es de última, con sus ricos muestrarios de objetos para las "lecciones de cosas" y sus cartones completísimos para enseñanza de Historia y Geografía; y las dependencias, cómodas, amplias, decorosas, encierran las viviendas del profesor y de la profesora, que encuentran allí modesto bienestar y seguro asilo.

Después de visitar las Escuelas nuevas, el paseo por Sarria nos llevó casualmente á tropezar con la Escuela antigua. Ni el más empedernido apasionado de la tradición resiste á una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

40 1925 MONTERREY, MEXICO

lección de cosas semejante.—Ver por los ojos, que diría el señor canónigo de Toledo.—La Escuela antigua, donde aprendió á deletrear Matías López, debió de grabar en su imaginación de niño el horror á semejante antro. Sostenido por postes de piedra, lóbrego, húmedo, infecto, se levanta aquel local miserable, en comparación del cual es alegre la cárcel contigua. Allí debieron de resonar firmes los palmetazos, arrancar sangre de las carnes infantiles las rudas disciplinas, y ostentarse el gorro de borricales orejas, castigo de los tumbones y desaplicados. Y quizás ni aun eso, porque tales severidades revelan algún celo en el dómine. Lo más probable es que se pareciese esta escuela á aquella que describe Galdós en *El doctor Centeno*: alianza del tedio con la rebeldía; reunión de chiquillos aburridos de muerte ó engrescados á trueque de combatir un fastidio invencible, el de la reclusión en calabozo mefítico y asfixiante. Y yo pensaba en la Escuela actual, con infulas de palacio, con salubridad y alegría y vistas y luz... y hasta diversión para los pequeños.

II

HACIA LA FRONTERA

Al Ministro de Instrucción pública.

¡Europeicémonos!—A pesar de los cambios que ya están mucho más arriba de las nubes, al nivel de las estrellas; á pesar del miedo que nos meten hablando de calores senegalianos, de gente que se cae muerta de insolación fulminante en las calles de París, hemos tenido el arranque de dejar nuestras frescas rías gallegas y asomarnos á ver qué pasa en el mundo, aunque sea por un agujero. Manda la Iglesia confesarse una vez al año, y antes si hay peligro de muerte. Manda la cultura viajar sin aparente necesidad una vez al año, y más si hay estancamiento y tendencia regresiva—manía de andar hacia atrás, que no falta entre nosotros.

Dicen que ahora ha caído en la cuenta el Conde de Romanones y piensa enviar por ahí, no misioneros, sino neófitos de la cultura, que apostolicen á la vuelta y nos traigan en sus baúles, *gladstones* y sombrereras, la civilización, artículo que en la frontera no paga dere-

chos. Parece que en el Japón se hizo así, y aunque somos blancos, nos han puesto tan verdes que de los amarillos tenemos que recibir lecciones. Aquellos ex monigotes de porcelana, aquellos ex miquinas de marfil con ropa de seda, son hoy gente de pro, una potencia que tiene Marina y Ejército y Universidades y Colegios, no pintados en ningún abanico ó "kake-monos", sino de verdad. ¡Si se atenderá en el Japón á la enseñanza, que la Emperatriz se toma la molestia de ir cada día á pie, con sus piecitos como piñones, á visitar la Universidad en que se forman las licenciadas y doctoras, plantel de la mujer moderna, libre de la ignominia asiática!

Lo que yo le digo al bien intencionado Conde es que la civilización no es malo traerla en la maleta, pero sobre todo su lugar está en el espíritu. Si no fuese así, ¡pobres de los pobres... ó sea de los que no pueden viajar, en estos tiempos de 40 por 100... y lo que venga. Desde su casa, como el ingenioso autor del "Voyage autour de ma chambre", pensando, leyendo, cabe obtener la ansiada europeización, que debe de ser (Costa tiene la palabra) así como un triple extracto de lo más fino, bello y fuerte del alma europea. Porque á Europa no vamos á recogerlo todo, oficio de traperos; y aun los traperos, realizada su burda cosecha, escarban en ella y apartan lo que les importa conservar. Hay que importar la esencia, la esencia exquisita, que embalsame nuestras bravías cordilleras y nuestras mesetas áridas.

Cuando el Conde de Romanones organice esa cohorte de peregrinos españoles de la cultura, estoy por creer que me corresponde en ella un puesto, y eminente, ganado por anti-güedad rigurosa. ¡Apenas hace tiempo que me europeizo, y que comunico al público lo que veo en la madre Europa! Voy pensando en esto mientras el tren, dejándose atrás la montuosa Galicia, rueda por las llanuras castellanias, vestidas con la opulenta alfombra rubia de la mies acabadita de segar, y rayadas de vez en cuando por las hileras de altos chopos, erguidos y frondosos bajo la llamarada del sol de Julio.

Sintiéndome tan acérrima española, cada vez propendo más á buscar fuera de España remedios y lecciones. ¿Se acuerda alguien de uno de los primeros y muy discutidos dramas de Echegaray, en que el enamorado de una beldad ciega va á conseguir en remotos países el medicamento ó filtro que devuelva luz á las amadas pupilas? España es tan hermosa como la Princesa de la más romántica novela de caballería; pero sus ojos están cubiertos de membrana obscura; la lumbre de este sol radioso no penetra en ellos sino al través de brumas y sombras seculares. Viajemos. ¿Quién sabe si daremos con el filtro mágico?

En las actuales circunstancias, nada mejor que ponernos en contacto con Europa. A fuer de país de corto resuello, de energías agotadas pronto, España sólo atiende á localismos: se ha colocado en la postura de los Budas, y se mira á sí misma, con estrabismo convergente. La úl-

tima cogida del torero, el reciente borborismo de la casera olla política, roban la atención. Si hay un cielo donde se premien las buenas obras patrióticas, en él se encontrará *El Imparcial* mis campañas y las de otros escritores, que mandan á sus columnas soplos de aire exterior, —el aire vivaz de alta mar, tónico y excitante.

¿A qué punto de Europa nos convendría dirigiarnos? ¿Dónde encontraremos este año ejemplos saludables? Tomadle el pulso á España (ahora parece que lo ha recobrado, que pulso hay, aunque desatentado y febril), y poco tardaréis en hallar la respuesta. Lo que hierve es la bien ó mal llamada *cuestión religiosa*, que tanto nos dió que hacer durante el para nosotros infausto siglo xix, y que sigue coleando.

Esa cuestión no es sólo nuestra, como la del separatismo, verbigracia; no somos el único país católico; tal problema lo encontramos en todas las naciones latinas. Hay quien no ve en él sino un efecto de imitación. Hay quien identifica las Ordenes religiosas, mejor dicho, su situación actual en España, con el catolicismo, hasta el extremo de creer que éste acabaría si aquélla variase. Ha llegado, pues, un momento en que interesa conocer por vista de ojos lo que en este terreno sucede en Francia, y sobre todo en Bélgica: una república donde domina el laicismo, una monarquía donde domina el catolicismo desde hace diez y siete años—y ambas, la república y la monarquía, como ya quisiéramos estar nosotros de adelantadas y prósperas; lo cual, á esta distancia, pa-

rece significar que de todos modos se puede ser europeo, y que los males de España no deben achacarse al catolicismo, sino á la manera que tuvimos siempre de entender y practicar esta religión de paz y dulzura.

Pero no adelantemos los sucesos, que decían los novelistas de antaño; no llevemos opinión hecha y preconcebida, que es como llevar anteojeras de mulo; no demos el cobre de nuestro criterio en vez del oro de la realidad. A estudiar se ha dicho, y á referir lo que se aprenda.

Retrepémonos en el ángulo del departamento, abramos la "Guía oficial", texto vivo de los viajeros, y vaya un favor con dos desfavores á la Compañía ferroviaria. Señor Ministro de Obras públicas, todo lo que facilite el viajar es principio de la europeización. Al que viaja, puente de plata, diré corrigiendo una popular sentencia. Y no me parece puente de plata, ni aun Meneses, que los precedentes del Noroeste nos pasemos quince horas en la estación de Venta de Baños esperando á enlazar con un tren que nos lleve á la frontera. Venta de Baños, aunque tiene curiosas antigüedades y muy aceptable fonda en la estación, Venta de Baños no es la Europa que perseguimos... y quince horas son casi un día. Los extranjeros incluyen estas soluciones de continuidad de los itinerarios de los trenes entre los fenómenos atávicos de España, país donde á nadie le importa perder el tiempo á puñados.

Y va uno de los desfavores. Ahora, el favor. Este año ha resuelto la Compañía europeizar

las páginas de la "Guía oficial", diciéndonos en ellas que podemos formarnos á voluntad nuestro itinerario, trazarlo en el mapa de la red de ferrocarriles y comprar el billete circular con rebaja á razón de los kilómetros que nuestro trazado comprenda. Aplausos, felicitaciones. Sólo que... ¡ya me extrañaba á mí...! Disfavor segundo.

Sólo que, para lograr esta ventaja, hay que pedirla con ocho días laborables de anticipación, *lo menos* (sic), bajo nuestra firma, depositando una fianza de diez pesetas; y si en el plazo de otros ocho días, *lo más*, festivos y laborables, no recogemos el solicitado billete, perdemos el derecho á la devolución del depósito y tenemos que constituir nueva fianza.

Vamos, era milagro... Con tales tranquilas, ligaduras, compromisos y resabios del expediente español, la ventaja es ilusoria. Y si la Compañía trataba de implantar una cosa útil, ¿por qué no lo hizo? ¿A qué fianzas, documentos, multas y retrasos? Si trató de imitar á Suiza, ¿por qué no la imitó efectivamente? Allí se compra en la taquilla billete para un trayecto de dos, tres, cuatro mil kilómetros. Lo gastáis como se os antoja, en la dirección que os viene en gana, con largo plazo y libertad de asunto. Ese sí que es itinerario "á voluntad del viajero".

Ya está aquí el sudexpreso, á las altas horas, rápido como un ave, silencioso porque todos duermen dentro de los departamentos cerrados. Me deslizo en un *sleeping* y despertaré en la raya.

III

PRIMER TESTIMONIO

A. D. Anselm López Peláez.

Desde el año pasado el sudexpreso ha vuelto por su honra; ó sin retóricas embusteras, han compuesto la vía, y el camino, salvo en un cortísimo trecho antes de Burdeos, está como todos. No creo que tengan los lectores fijo en la memoria mi artículo "De San Sebastián á París en barco de vapor", pero difícilmente se olvida la catástrofe que de allí á muy pocos días vino á confirmar las indicaciones de mi artículo, y cuyas consecuencias (las de la catástrofe) no ha mucho costaron la vida al vizconde de Irueste. Mientras la vía no se descomponga otra vez, vivamos tranquilos, aunque estas cosas "están de Dios", como dice la gente; lo cual no impide que sucedan según las añasca el diablo de nuestro abandono y desidia.

No por desidia, sino por exceso de celo en los empleados de Venta de Baños al expedir mi equipaje, no pude yo continuar á París en el sud, y hube de aguardar al primer expreso. En

las páginas de la "Guía oficial", diciéndonos en ellas que podemos formarnos á voluntad nuestro itinerario, trazarlo en el mapa de la red de ferrocarriles y comprar el billete circular con rebaja á razón de los kilómetros que nuestro trazado comprenda. Aplausos, felicitaciones. Sólo que... ¡ya me extrañaba á mí...! Disfavor segundo.

Sólo que, para lograr esta ventaja, hay que pedirla con ocho días laborables de anticipación, *lo menos* (sic), bajo nuestra firma, depositando una fianza de diez pesetas; y si en el plazo de otros ocho días, *lo más*, festivos y laborables, no recogemos el solicitado billete, perdemos el derecho á la devolución del depósito y tenemos que constituir nueva fianza.

Vamos, era milagro... Con tales tranquilas, ligaduras, compromisos y resabios del expediente español, la ventaja es ilusoria. Y si la Compañía trataba de implantar una cosa útil, ¿por qué no lo hizo? ¿A qué fianzas, documentos, multas y retrasos? Si trató de imitar á Suiza, ¿por qué no la imitó efectivamente? Allí se compra en la taquilla billete para un trayecto de dos, tres, cuatro mil kilómetros. Lo gastáis como se os antoja, en la dirección que os viene en gana, con largo plazo y libertad de asunto. Ese sí que es itinerario "á voluntad del viajero".

Ya está aquí el sudexpreso, á las altas horas, rápido como un ave, silencioso porque todos duermen dentro de los departamentos cerrados. Me deslizo en un *sleeping* y despertaré en la raya.

III

PRIMER TESTIMONIO

A. D. Anselm López Peláez.

Desde el año pasado el sudexpreso ha vuelto por su honra; ó sin retóricas embusteras, han compuesto la vía, y el camino, salvo en un cortísimo trecho antes de Burdeos, está como todos. No creo que tengan los lectores fijo en la memoria mi artículo "De San Sebastián á París en barco de vapor", pero difícilmente se olvida la catástrofe que de allí á muy pocos días vino á confirmar las indicaciones de mi artículo, y cuyas consecuencias (las de la catástrofe) no ha mucho costaron la vida al vizconde de Irueste. Mientras la vía no se descomponga otra vez, vivamos tranquilos, aunque estas cosas "están de Dios", como dice la gente; lo cual no impide que sucedan según las añasca el diablo de nuestro abandono y desidia.

No por desidia, sino por exceso de celo en los empleados de Venta de Baños al expedir mi equipaje, no pude yo continuar á París en el sud, y hube de aguardar al primer expreso. En

él subió, cerca de Dax, un viejo sacerdote. La gente de Burdeos es como española, y si yo dudase de que en muchísimos respectos los Pirineos no existen, confirmarían mi creencia casos como los de este buen señor, españolísimo en lo campechano y en lo aficionado á palique. Apenas advirtió, por mi manera de pronunciar el francés, mi nacionalidad, me soltó el Catecismo de preguntas. Contesté como pude, á reserva de desquitarme.

La casualidad me proporcionaba ocasión de conocer de un modo auténtico un aspecto relativo de la opinión en Francia. El cura bordelés — que se dirigía á Orleans á pasar unos días con un hermano suyo, en el campo — era un ejemplar bien conservado y caracterizado de la transformación ó evolución de la antigua especie legitimista, la que tenía la casa llena de retratos del conde de Chambord, y decía, como el tejedor Méraut de *Los reyes en el destierro*: "Ea, á ver cuándo se determina á venir el rey nuestro Señor... Se nos va acabando la cuerda." Tipo simpático á fuerza de sinceridad, es inútil intentar convencerle de nada, y debe respetársele la pátina como á los objetos de museo. ¿A qué iba yo á porfiar con el señor cura, persona, por otra parte, bien educada, para que se persuadiese de que en España, hoy por hoy, nos hacen más falta muchas escuelas, muchos colegios buenos y otras zarandajas, que una nueva guerra civil? El creía que con acercarse á la frontera, D. Carlos de Borbón nos sacará del abismo. Era, además, el amable sacer-

dote de esos que preguntan, pero tienen su opinión hecha y la afirman de un modo que no admite objeciones. A cada detalle que yo le daba acerca de nuestra situación actual, tan ri-sueña como nadie ignora, se dilataba su rostro, frotábase las manos de gusto y repetía: "¡Tanto mejor, tanto mejor! Todo eso va á soliviantar más y más los espíritus y tendréis la guerra, la hermosa guerra vuestra, la épica guerrita, que esta vez traerá la solución con la monarquía legítima. ¡Oh, si Francia estuviese como España!"

— Antes se la trague una ballena — no podía yo menos de pensar, aunque me lo guardaba por no molestar al señor "abbé". Cuando llegó mi turno de preguntas, observé con sorpresa que el cura, al tratarse de su país, pareció recobrar la transigencia y la lucidez. Se le quitó el sonambulismo; el miraje español, que extra- vía sin falta las imaginaciones francesas, dejó de actuar, y á guisa de globo que pierde el oxígeno, se mostró huero de ilusiones y penetrado de sentido común.

— Aquí los monárquicos, aunque contasen con el ejército, pierden el tiempo: no tienen candidato presentable. En lo relativo á las congregaciones y asociaciones religiosas, tampoco habrá conflictos: no pasará nada; la ley, hecha con gran habilidad, para que no parezca una ley perseguidora (ya sabe usted que Waldeck-Rousseau no quiere mártires), no ocasionará disturbios. Aquí se verifica un fenómeno curioso; absolutamente lo contrario ("la contrariedad")

UNIVERSIDAD DE MONTERREY, MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

tie") de lo que ocurre en su patria de usted. Allí las masas, sobre todo en las ciudades, están contra los religiosos, y el gobierno les protege y les halaga, supongo que temeroso de la guerra civil. Aquí las masas no alimentan hostilidad alguna contra los religiosos ni contra el clero: donde quiera somos respetados; y es que se sabe que el gobierno, lejos de mimarnos, aprieta (especialmente á ciertas congregaciones) cuanto puede.

Sorprendida de la exactitud de la observación, le rogué que me explicase mejor la situación presente.

—Hay que considerar —repuso el sacerdote— varias etapas, y sin un poco de historia nada comprendería usted. Hace un cuarto de siglo, allá en 1879 ó 1880, existía en Francia un activo movimiento anticlerical. Lo capitaneaba Julio Ferry. Entonces se cometieron brutalidades, se cerraron violentamente colegios y conventos, se expulsó á los jesuitas casi á viva fuerza. Pasó aquella racha, las almas se pacificaron y advino eso que llaman "el espíritu nuevo", de benevolencia mutua. A favor de la tregua, la Iglesia hizo progresos muy grandes: la enseñanza suya compitió, á veces ventajosamente, con la oficial; porque tenemos un plantel de sabios y de educadores. Esto duró como diez y ocho años, hasta que vinieron dos sucesos fatales: la leyenda del millar de millones y el asunto Dreyfus. Se divulgó que las Órdenes poseían valor de mil millones de francos en propiedades, en manos muertas—sin reparar en las

obras de beneficencia y enseñanza en que los invierten—y se vió que el partido católico se arrojaba, con violencia extraordinaria, contra Dreyfus, ayudando á la agitación antisemítica. Una cuestión que debía ser puramente jurídica, se transformó en un peligro muy serio para el Estado é hizo renacer discordias y furores que parecían olvidados en una nación atenta á reponer sus fuerzas. Los padres ascensionistas, que son la extrema derecha de las Órdenes, adoptaron una actitud provocadora, y su periódico *La Cruz* se desató en improperios y denuestos, no sin profundo disgusto de varios prelados, que veían venir la nube... El celo imprudente dió sus frutos: la reacción antimonástica era de temer en un gobierno socialista, que se asusta del capital reunido por la Iglesia, y no se asusta de las fortunas ilimitadas y difíciles de justificar de los banqueros y judíos. Y la nube estalló, primero sobre los ascensionistas, suprimidos, cuyo periódico ha tenido que pasar á manos laicas y adoptar un lenguaje más moderado—ahora sobre los jesuitas y otras congregaciones, y contra su hacienda especialmente.—La consigna parece que es debilitar por la sangría del bolsillo, que no da aureola ni prestigio como la sangría de las venas...

Me hizo gracia esta última frase del "abbé", relativa al martirio económico, y como cruzásemos las Landas, vi que mi interlocutor señalaba á los innumerables pinos que mostraban la entalla de su tronco, fluyendo resina rojiza.

—¡Siempre saugrados, siempre heridos y

siempre en pie!—añadió con un impulso fervoroso, unido á bastante énfasis meridional.—No crea usted que se desalientan. Los jesuitas, por ejemplo... ni aun saldrán de Francia. Se repararán en las casas amigas, á título de alojados; sus colegios no se cerrarán: pasarán á manos de profesores embebidos en los métodos de enseñanza de la Orden. Esto revela que tienen detrás de sí fuerza social. Los tiempos cambiarán, y ellos esperan. Mire usted—prosiguió sacando un periódico del bolsillo—lo que dice un eminente predicador jesuíta: "Si nos prohibiesen predicar, como ya alzarán la prohibición, tendremos tiempo de estudiar y perfeccionar nuestros sermones, que ahora hacemos algo deprimosa... Y cuando reaparezcamos en escena, vendremos tan mejorados, que nuestros caros amigos de las logias se caerán de espaldas. Pero somos buenos chicos, y les ayudaremos á levantarse."

—Ese tono ingenioso y de cortés ironía es para mí una agradable sorpresa—exclamé,—porque vengo de donde no existe y porque revela urbanidad y criterio elevado. También—proseguí sacando otro periódico—me suena con extrañeza dulce por lo patriótico, lo que dice el dominico padre Raynal: "Somos ciudadanos franceses encargados de una sagrada misión; la obra de la educación de la infancia... No cambiaremos... Nuestra escuela de Soréze permaneció libre y en pie durante la revolución y sostendrá su gloriosa bandera que luce la enseña tricolor, los colores de la patria... Ante todo,

seamos buenos franceses... Digamos con el padre Lacordaire: ¡Plaza al sol francés para nosotros! La escuela de Soréze ni se arrastrará ni provocará... ¡Ah! Francia nos importa más que nosotros mismos..."

—Es que los dominicos—observó el cura—son la extrema izquierda de las Ordenes religiosas. Algunos llegan á alarmar por su liberalismo; recuerde usted al pobre padre Didón, que fue desterrado á Córcega...

—El caso es tanto más notable, cuanto que los dominicos llevan consigo la tradición inquisitorial. ¡Vea usted una Orden española, los hijos de Santo Domingo de Guzmán! Un elemento español de la Iglesia...

Apenas hube nombrado á España, como por magia se transformó la fisonomía del buen bordelés. Sus ojos brillaron, irguió la cabeza y pronunció:

—¡Ah! ¡Espero que van ustedes á tener su épica guerra muy pronto!

—¿Pero no sería mejor—objeté—que allá penetrase ese bendito "espíritu nuevo", la calma, la transigencia, ó al menos la lucha cortés en el terreno de la inteligencia, de la educación y de las buenas obras?

—No tal—afirmó el "abbé" sacando su libro de rezo, encuadernado en negro con cantoneras de plata.—Ustedes tienen otro papel. ¡España "es otra cosa"! ¡Aquí, bueno; pero allá! Ustedes deben permanecer en su puesto; ustedes mantendrán lo que no debió morir.

Comprendí que reaparecía la estirpe del te-

jedor Méraut, que actuaba el espejismo, y callé, mientras el sacerdote, persignándose, se enfrascaba en sus horas canónicas, arrullado por la trepidación del tren que, despacioso, entraba en la estación de Burdeos.

IV

EL PAÍS DE LA PINTURA

A Aureliano Beruete.

Este viaje belga, que emprendo por el rápido de las ocho de la mañana, á fin de no perder la vista del paisaje, desconocido para mí, es realmente, por lo que hace á las distancias, un viaje de muñecas; todo está tan cerquita que, según noticias, el trayecto más largo, el de París á Bruselas, dura unas cinco horas, y los restantes comprendidos en el billete circular—á Lovaina, á Malinas, á Amberes, á Gante, á Brujas, al mismo puerto de Ostende—son expediciones recreativas, meros paseos en tren ó en tranvía eléctrico. Pero en el reducido espacio de los veintinueve mil kilómetros de superficie y las nueve provincias que forman la pequeña nacionalidad belga, y en la parte de Francia que con ellos confina, ¡qué mundo de recuerdos para nosotros, qué ecos marciales de choque de corazas y tronido de arcabuces, despertándose al resonar los mágicos y profundos nombres de San Quintín, Breda, Amberes, Maestricht y

Gante! Como dice el *Aguilucho* en la escena más épica del poema de Rostand, si los hombres se han olvidado, la tierra se acuerda, y bajo este terreno bien cultivado, de aspecto pacífico, se me figura que aún rebullen, ceñudos y coléricos, los enjutos veteranos del tercio viejo de Flandes, que dejaron sus duros huesos en tierra de herejes, y no se avienen á dormir así, bajo la superficie calada por la bruma, lejos del suelo castellano ó aragonés, que el sol penetra y calienta con sus besos de oro.

Y más aún que la historia, ensancha los términos del país flamenco y lo magnífica elevándolo á la región de lo eterno y lo infinito, el Arte, con mayúscula; el Arte, cima y corona de la vida sensible; el Arte, ante el cual todo es sombra y vanidad y miseria, — las luchas, los adelantos, la misma evolución de la humanidad hacia el progreso general, evolución que el Arte desdén — ¡como que no va con él, pues es condición del artista llegar de una vez, por modo divino, por instantánea efusión del alma en la belleza, á los ápices de lo sublime accesible, cualquiera que sea el estado social que le rodee. Para el Arte, bien mirado, es indiferente el estado de la sociedad — aunque el Arte lo traduzca con intensa emoción y expresiva fidelidad. — No sabré decir cuánto me puso pensativa este problema del Arte, al mirar detenidamente, hará dos ó tres días, en el Museo del Louvre, la reconstrucción y los trozos auténticos de un extraño monumento antiguo que, gracias á la diligencia y á la paciencia de Mr. Dieulafoy y de su esposa,

misioneros científicos, fue desenterrado y limpio de la arena que lo cubría, en los desiertos, un tiempo jardines, de la Bactriana, en Susa. Los aficionados ya adivinarán que me refiero al curioso y bellissimo palacio de Artajerjes Memnon. Ni el arquitecto que ideó el palacio, ni el adornista que diseñó su decorado, ni los ceramistas que lo ejecutaron, tienen nada que aprender, en su línea, de ningún artista del Renacimiento ni de la Edad Moderna. Creencias, mitos, instituciones, concepciones sociológicas, aspiraciones inmensas y tumultuosas de las razas y los pueblos, allá y atrás quedan; no guardamos memoria de las dinastías ni de los poderes que erigían estos palacios colosales; hasta la Naturaleza varió: era un oasis y es un erial; si resucitase Artajerjes Memnon, lo enseñaríamos por dinero como á Rama-Sama... pero al arquitecto, al decorador, á los que dibujaron y dieron color y cocieron en esmalte vítreo esos maravillosos arqueros, esos leones del friso del palacio, ¿qué haríamos en buena ley, sino saludarles respetuosamente? Cuanto hayamos podido adelantar no les importa: se ríen de ello, mostrando los blancos dientes realzados por la barba negrísima, rizada en simétricos y encaracolados bucles.

Y así como no se ha dado un paso "adelante", aunque sí muchos "en otro sentido", en ciertos aspectos del Arte, desde Artajerjes Memnon, tampoco la pintura (á pesar de todos los esfuerzos de los artistas modernos devorados por la fiebre de la indagación y transcripción fiel y el

ansia noble y legítima de emitir su nota personal) irá más lejos que fue en los Países Bajos desde el siglo xv, y casi podemos decir que desde el xiv.

Ya en el xiv, el minnesinger ó trovador Volfrango de Eschenbach, en su "Parsifal", ensalza á los pintores flamencos. A un pintor de esta tierra, uno de los Van Eyck, se atribuye la invención de la pintura al óleo. Y á partir de las tablas de los primitivos, ¡qué hueste de maestros, qué hormigueo de obras! El patético Van der Weyden (ahí está una de sus elegías más tiernas, dos veces reproducida en el Museo del Prado, una en el Escorial), el soñador Memling, el fuerte Matsys, el insinuante y sugestivo Patinir (¡qué "Tentación de San Antonio" existe ahí también!), la dinastía de los Brueghel, y después, con el Renacimiento, Rubens, cuyo nombre lo dice todo; Van Dyck, Cornelio de Vos, Gaspar de Crayer, Snyders el animalista, Jordaens, David Teniers, Rembrandt! ¡Rembrandt y su "Lección de anatomía", que me llevará, como tirando de mí por un hilo invisible, hasta el Museo del Haya! Y no se queden en el tintero Alberto Cuyp, Pablo Potter (único en su género), Franz Hals, Terburg, Metzú, y ese Ruysdael que ha sentido la luz y la frescura de los árboles y de las praderías con tal encanto.

Me prometo gran goce en los museos chiquitos, ó al menos, de proporciones razonables. Porque en las visitas á los museos fundamentales, como el de Madrid y el del Louvre (no hablo de los de Londres, hace mucho tiempo

que los ví y necesitaría verlos otra vez), se sufre fatalmente una sensación de cansancio, de agotamiento, una pérdida de fluido nervioso, de que llega á resentirse la salud. Comprendo muy bien (aunque no dejo de presentir las incalculables dificultades que ofrecería suprimirlos) la cruzada hoy emprendida contra los museos. No sólo mutilan la realidad y almacenan lo que no se hizo para estar almacenado, sino colocado en su atmósfera propia—el cuadro en la iglesia ó en el palacio, la estatua en la plaza ó en el monumento, el relicario en el altar, el retrato en el hogar,—sino que son un instrumento de desgaste de los más terribles. Entramos en el museo; se apodera de nosotros un insano afán; queremos verlo todo, poseer la belleza por sorpresa y raptó; nos estamos allí horas y horas, y á la salida las impresiones se han confundido, como las palabras cruzadas en el rollo fonográfico. No hace daño ver árboles y playas cinco horas, seis, ni diez, pero las obras de Arte, á las dos horas, han generado calentura, excitación insana, ó un abatimiento semejante á la neurastenia. En mis recientes visitas á los museos de París he recordado una frase que solía repetir Tamayo y Baus: "El Arte es el diablo".

Y para ver á Rubens, por ejemplo—me preguntarán,—¿qué necesidad hay de llegar hasta Bruselas, Amberes y Malinas? Nuestro museo nacional conserva algunas de las perlas más nacaradas del estuche. En París han instalado á Rubens como merece, como á un rey, y ocu-

pa él solo un salón opulento, donde sus grandes composiciones decorativas, Historia de Enrique IV y María de Médicis, sirven para lo que deben servir: decoran. — No importa: á los pintores flamencos en general, á Rubens en particular, hay que buscarles donde tienen la raíz. Por viajero que haya sido Rubens, su educación pictórica, su formación, son flamencas, flamencos sus maestros, y hasta el eclecticismo de su pintura pudo ya encontrarlo en uno de éstos, el que más acción ejerció sobre el glorioso alumno. El día en que la fuerza, el vigor adquirido y reconcentrado por la moderación y la paciencia, virtudes de la raza, se depositan en un alma, ese día nace Pedro Pablo Rubens. La pintura flamenca es calma, es lentitud, es observación, es sincerísima reproducción de lo que rodea al pintor; no sé si alguien lo habrá dicho, pero creo notar que todo flamenco es retratista, aunque lo que retrate sea una cacerola; su arte rebasa lo genérico de la copia y llega á lo expresivo, á lo particular del retrato. Este resultado no se obtiene sino trabajando despacio, y la flema, poco á poco cuajada, se vuelve sangre. La explosión de la raza en el ardor y el ímpetu desenfrenado, temperamental, de un sanguíneo: eso es Rubens. Quiero verle en su casa, en su fondo, en su cielo; encontrar en Bruselas "La Subida al Calvario", en la soñolienta Malinas la soberbia "Adoración de los Magos" y "La pesca milagrosa", y en Amberes —la propia patria de Rubens,— en Nuestra Señora, "El descendimiento" y "La crucifixión"...

¿En qué quedamos? ¿Voy á admirar cuadros ó á enterarme, para enseñanza mía, y quiera Dios que de alguien más, de lo que sucede en Bélgica, nación católica y progresiva, emporio de cultura? Yo misma no sabré nunca hasta qué punto me llama siempre el Arte, distrayéndome de cualquier preocupación, de cualquier interés de la existencia. Es el ópio, es el Lefeo, es la esencia de cáñamo indiano, que en su vapor difuma las demás representaciones, embriagando suavemente. Para todo habrá lugar, sin embargo, y la prueba es que no empiezo mi peregrinación por ningún museo, sino que bajaré en Taminés para seguir á la Abadía de Benedictinos de Maredsus.



V
LA ABADÍA DE MAREDSUS

A Boris de Tannenberg.

Llego aquí á las cinco de la tarde, me apeo en la estación de Dené Maredsus, y no habiendo coche, á pie me dirijo á la hostería, que está á dos pasos del monasterio, cuyas puntiagudas monteras de pizarra y cuyas innumerables ventanas ojivales de lanceta asoman entre denso cortinaje de arbolado. Un valoncito, como de doce años, rojo, pecoso y plácido, engancha á una carretilla un perro (en Bélgica el perro trabaja punto menos que el borrico) y carga en la carretilla mi equipaje. Guiada y acompañada del chico y el laborioso animal, en quince minutos, por un camino como una sala, festoneado de espesura, subo á la hostería de Emaus. De allí, borradas aprisa las huellas de un viaje de ocho horas, me acerco sin temor á la romántica abadía. Segura estoy de que no vendrá un hato de brutos á amarrarme codo con codo y á tenerme una noche bajo la benigna impresión de una amenaza de muerte—como sucede toda-

vía en nuestra semi-rifeña patria á los que, por ejemplo, quieren estudiar arqueología y arte en Santo Domingo de Silos.

Maredsus es una casa de la gloriosa y erudita orden de San Benito, fundada hará treinta años y construída, con esa piedra del país que pulimentada es mármol, al estilo gótico primitivo, caracterizado por su prolongada ventaneria. El convento es vastísimo, la iglesia amplia, suntuosa, con vidrieras y pinturas murales, obra de los monjes, que son artistas, vidrieros, pintores, forjadores de hierro, adornistas; con los locutorios desahogados, con huellas de la cariñosa intimidad, propia de los interiores flamencos. El escritor católico que me ofreció una carta de presentación para Maredsus, me dijo: "Por ahí debe usted comenzar su visita á Bélgica. Contemplará un cuadro interesante de la vida religiosa y conocerá al padre Primado de la Orden, que en ese convento reside. Verá usted qué abiertos, qué inteligentes y qué tolerantes son los monjes."

Con dos he hablado detenidamente (el padre Primado no está aquí: estos Prepositos viajan mucho). Mis dos benedictinos, *Dom* Mauricio y *Dom* Gregorio, forman perfecto contraste: el uno parece un entusiasta, un estático; el otro tiene corte de intelectual y es profesor del colegio. Estos monjes enseñan á los niños de las clases acomodadas mediante retribución y están edificando otro colegio-escuela de artes y oficios, para instruir gratuitamente á los pobres, costeándoles la estancia. El colegio ya

existente es alegre, higiénico; encierra un *hall* inmenso para recreación y fiestas y tiene su museo de antigüedades, sus gabinetes de historia natural, física y química bien surtidos, su sala de música. No puedo decir más del colegio porque no funciona ahora: son vacaciones; pero auguro muy bien de él, si me guio por la favorable impresión que los monjes causan.

Aunque he recogido de sus labios precioso testimonio acerca del estado social, político y religioso de Bélgica, no lo creé decisivo hasta completarlo con el de monseñor Mercier, el eminente pensador, á quien muchos tienen por la primera personalidad de Bélgica desde el punto de vista intelectual. Gracias á un azar venturoso para mí, mañana llega á la abadía monseñor Mercier y podré oírle á mi sabor en la tranquilidad de este retiro. Hoy atiendo preferentemente á la fisonomía peculiar de Maredsus, al cuadro de la vida religiosa de que hablaba mi amigo. Los detalles, los signos externos revelan el espíritu tanto ó más que los discursos; los lugares y el aspecto de las cosas son elocuentes.

Y que se me perdone, ahora y después, si hasta involuntariamente me veo obligada á comparar. Procedo de un país católico y estoy tratando de estudiar otro católico igualmente; ¡pero sospecho ya que por un estilo tan distinto! Quien haga aplicaciones, con su pan se lo coma.

No estoy, no, en España, aunque estoy al pie de una abadía como las de la Edad Media, cen-

tro mitad agrícola, mitad docente, que extiende sus dominios y su fincabilidad sobre un buen pedazo de tierra, y es la señora territorial y moral, la ilustradora y bienhechora de la comarca. No estoy, no, en España, donde á tres pasos de la abadía se hubiese alzado la taberna, no porque los religiosos beban, sino porque no irradian, no influyen en esto, y bebe y continúa siendo inferior, quizás degradada, la gente circunvecina. No estoy, no, en España, porque acabo de ver lo que en España no se ve nunca: seglares, hombres de treinta años, persignándose y recogiendo para una breve oración antes de empezar á almorzar en una fonda, entre una multitud desconocida... No estoy, no, en España. No pululan, á la sombra de este convento mendigos ni engurrinadas viejas de pueril espíritu devoto: sólo un pordiosero, muy limpio, comía hoy la sopa conventual; á las hermosas y solemnes misa y visperas asisten tantos varones como hembras; la devoción, practicada naturalmente y sin respeto humano, no es como suele ser entre nosotros, cosa abandonada desdeñosamente por los hombres, aun por los que más se precian de católicos, para que la recoja, á título de distracción inofensiva, el femenino sexo.

Y este botón de muestra de los católicos belgas reluce de aseo, de pulcritud moral y material, de formas escogidas y correctas. ¿Quién se atrevería aquí á ensartar ternos, blasfemias ni palabras soeces? ¿Quién á fumar en un comedor? ¿Quién á escupir? En la iglesia no se suelta

33705

la puerta sin mirar si alguien viene detrás; en los lindos paseos que van de la abadía al convento de Benedictinas, Santa Escolástica, los que se encuentran se saludan, aunque no se conozcan. Hay ambiente de fraternidad, algo de buen sabor cristiano. En el tren nos ayudamos todos a bajar y subir, a cargar y descargar las maletas. Nadie alza la voz, nadie molesta a nadie.

Donde más brilla el espíritu para mí nuevo, es en la templanza del lenguaje, en la tolerancia, en la carencia de farisaísmo. Los dos Padres *Dom* Mauricio y *Dom* Gregorio, en este particular, al pie de la letra edifican. Su conversación es franca, explícita, leal, pero la caridad la impregna y la cultura la realza. ¡Dios mío, cuando pienso en las polémicas y el estilo que se gasta por ahí dentro del catolicismo profesional! Les pregunto si aquí existen tales polémicas entre católicos. "Nunca con injurias, calumnias ni personalidades. Sólo hace algunos años empujaron acalorada discusión sobre ideas los demócratas y los conservadores católicos. Se debatía una ley. Ya votada, acordaron acatarla unánimemente."

Decía uno de ellos, el más joven, el espiritual, que es francés y ha sido oficial de Marina: "Nosotros tenemos que acusarnos de haber descuidado, de haber olvidado al pueblo. El socialismo nos ha hecho un gran bien, recordándonos nuestra misión y las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo. Hoy hemos entrado de lleno en nuestro deber social, y nada omitiremos

para cumplirlo. Al estimulante del socialismo hemos de agradecer la dirección actual de nuestros esfuerzos. El catolicismo belga no descansará hasta mejorar la situación de las clases pobres cuanto quepa en lo humano. Cristo lo quiere."—Y añadía el otro, el intelectual, el profesor: "En el socialismo hay su parte irrealizable, pero su parte excelente y justa. El partido democrático católico es dueño del porvenir, si le sostienen la fe y la buena voluntad. A él deben los proletarios el derecho al voto y un sinnúmero de mejoras y reformas que los católicos se apresuran a establecer antes que las establezcan los socialistas enemigos del catolicismo. El error de los católicos fue la tendencia nimiamente conservadora en las cuestiones políticas y sociales. La sociedad evoluciona; el catolicismo, en su aspecto social, también." Y como yo le hablase del diputado socialista Vandervelde, muy anticatólico, y de su libro *El socialismo belga*, repuso el monje: "¡Ah, sí! Vandervelde, una lumbrera. Su convicción sincerísima es acreedora al respeto. Yo le estimo por su convicción."

Salía del convento creyendo apenas a mis oídos, cuando, sin duda para que resaltase mejor la belleza de este modo de ser, basado en otra convicción robusta y serena, la casualidad me presentó una escena pintoresca, peculiar.

Anocheía casi. En una de esas praderas aterciopeladas de la tierra flamenca pastaban las vacas y los bueyes del convento, blancos con negros tachones, ó color de caoba, como los que

vemos en los cuadros de Pablo Potter y de Snyders. El pastor era un lego, con sombrero de anchas alas y cayado. Las campanas dulces y argentinas de la abadía tocaron el *Angelus Domini*. El lego se descubrió y levantó la cabeza para rezar; el sol poniente, un sol pálido, benigno, le alumbró de lleno la cara y las rizosas barbas de cobre. Era aquello un entrepaño de tríptico, y su fondo, minucioso y bien señalado, la cortina de vegetación que los pintores flamencos reproducen prolijamente. Un soplo de misticismo tranquilo é intenso pasaba por el aire...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

UN OBISPO

Al Padre Castellanos.

Lieja es una población industrial, de aspecto más bien triste, á pesar de la bonita campiña que la rodea; el polvo de carbón tiñe de gris sucio sus arrabales y sus barrios obreros; hay calles fundadas sobre antiguas galerías mineras; en su recinto reina Vulcano, ó—dejándonos de mitologías—se funden cañones, se fabrican máquinas y armas; las iglesias—excepto la de Santiago, que aquí consideran del tipo español y antes parece manuelina, análoga á los afligranados Jerónimos y á otros edificios portugueses—no tienen mucho que ver; en el Museo, por único atractivo, cuatro ó seis páginas de pintores franceses: Ingres, Díaz, Daubigny... En suma, no me hubiese yo detenido en Lieja por Lieja misma, á dos pasos de los sugestivos Museos de Amberes, El Haya y Amsterdam. Lo que me trae á Lieja es el deseo de conversar con el señor Obispo, quien por telégrafo ha avisado á Maredsus que me recibirá á las seis.

El tren en que voy llega á Lieja á las cinco y cuarenta y nueve minutos; salto á un coche en la estación, y antes de las seis estoy llamando á la puerta del patio-jardín que rodea el palacio episcopal. Me hacen entrar en una sala baja, amueblada sin lujo ni elegancia, presidida por un Crucifijo; y cuando el "carillon" de la Catedral anuncia las seis con su aérea y melodiosa sonata, "Monseñor de Lieja", puntual como todos los grandes trabajadores, se presenta alargándome la mano que lleva el anillo—un pobre topacio sin pedrería alrededor.

Nos sentamos. Yendo derechamente al asunto que sabe me interesa, el Obispo empieza á explicarme con detalles su obra de titán. No da indicios de tener prisa (otra señal característica de los muy ocupados y en cosas muy útiles), y más de hora y media habla con claridad y método, adelantándose á mis preguntas. En la explicación andan mezcladas graciosamente las indicaciones del orden práctico, hasta familiares, con las altas miras de moralidad y caridad social, bien como en las tablas flamencas de místico asunto se ven los más humildes utensilios domésticos.

—Aquí—refiere el Obispo—no todos los católicos estaban conformes con nuestra campaña. Cuando repetíamos que el pueblo sufría, que se cometían abusos con él, que padecía miseria, que las mujeres, con incesante menoscabo del pudor, trabajaban semidesnudas en la profundidad de las minas, que las fuerzas del niño eran explotadas antes de tiempo, que el

obrero envejecía y moría sin socorro, después de una existencia de ruda labor, que almas y cuerpos andaban abandonados igualmente,—esos católicos llamados conservadores, no por mala intención, por error, suponían que acaso hubiese exageración en el cuadro, ó que los resultados de nuestro espíritu democrático serían peores que el daño que tratábamos de remediar. Hoy se me figura que van convenciéndose y que caminamos á la unidad de fines. No conocemos otro medio de atajar los progresos del socialismo dentro de la ley de Dios; porque el socialismo nació de esas injusticias y de esos abusos, de la desgraciada condición de los trabajadores; y hoy es tan pujante aquí, como en ningún país del mundo.

Adviértase que, para cumplir nuestro deber, es preciso que no miremos á atajar el socialismo; eso ha de ser un fin indirecto, un resultado natural, por decirlo así, de nuestra obra. No somos políticos, sino economistas cristianos, que combaten la miseria, el alcoholismo, el vicio en las clases populares. Lo demás lo hará Jesucristo. Nosotros también somos obreros, obreros de la viña... Nuestro rumbo nos lo ha señalado el Papa con la Encíclica *Rerum novarum*... Ella ha orientado la acción social católica. Por mucho que en beneficio de las clases laboriosas haga el poder civil, la mejor y mayor parte en esta tarea, á la Iglesia compete.

La tarea es vasta... Diré á usted cómo he procedido, por ejemplo, en la cuestión de las aso-

ciaciones agrícolas, para mejorar la condición del aldeano. ¿No tengo ahí—pensé—en cada aldea un párroco que puede dedicarse con celo á fundar la asociación? Pues instrucciones concretas al párroco. El párroco busca un laico, la persona más capaz y digna de la localidad; éste señala otros dos ó tres vecinos, y ya tenemos formado el comité. El bien que han hecho estas asociaciones y el que están llamadas á hacer, es incalculable. Gentes ricas adelantaron el capital para los Bancos agrícolas, que han redimido al aldeano de la usura, facilitándole dinero secretamente, sin más garantías que su honradez, y á un rédito insignificante. Ya sabe usted que á esas buenas gentes cualquier incidente imprevisto las arruina: una granizada, una epizootia. Conjurado está el peligro, que no se remediaria repartiendo limosnas al producirse la catástrofe; y por otro lado, aspiramos á que no tengan nuestras obras carácter de "socorro" arbitrario; que en ningún modo lastimen la dignidad de los trabajadores, sean del campo ó de la fábrica. La cooperación y la mutualidad salvan el inconveniente. Nos hemos consagrado á evitar que los intermediarios esquilmasen el provecho que al labrador corresponde. Una lechuga ó una col, supongamos, le vale al labrador cinco céntimos, y en el mercado la adquirirá usted por veinticinco. Malo para el productor, que vende á ínfimo precio, y malo para el comprador, que paga más de lo justo. Hemos quitado esa explotación, estableciendo depósitos y agencias que adquieren los artícu-

los en buenas condiciones para el productor, y los colocan, librando al aldeano de una preocupación y de una esclavitud. La leche, los huevos, las legumbres, el queso, los gorrinillos, las vacas,—á todo hemos atendido, y todo se resarce en dinero, porque antes se cometa el abuso de pagarles en especie, perjudicándoles una vez más en la calidad de los artículos que se les obligaba á aceptar, en concepto de remuneración. Como el alcoholismo nos preocupa mucho, por los estragos que hace en las clases trabajadoras, hemos gestionado proporcionarles cerveza buena, una bebida higiénica, sana, porque el trabajador no vive con agua sola. Y ya la tienen, barata, de la mejor calidad...

Observé que el Obispo sonreía, obrero satisfecho de la labor, del terreno ganado en la clase agrícola, poco minada por el socialismo aún, según confiesan Destreé y Vandervelde. En la Biblioteca de economía cristiana que á la mañana siguiente tuvo la bondad de remitirme Su Ilustrísima (sobre cuarenta y cinco libros y folletos, que guardo como oro en paño), encontré después los testimonios de la especial atención que merece la cuestión rural á este apóstol infatigable. Estudios sobre el seguro y el contra-seguro del ganado; sobre las queserías y fruterías cooperativas; sobre los sindicatos cooperativos agrícolas; sobre el seguro de mutualidad contra el pedrisco; sobre el sindicato de lecherías; monografías extensas de elementos de economía social agrícola para uso de las escuelas de enseñanza doméstica y de agricultura.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

de los sindicatos agrícolas; todo responde a un mismo pensamiento, que debe de ser el predilecto del Obispo de Lieja.

—Se ha luchado bastante; la idea ha cundido —declaró con sencillez; pero sería malo que creyésemos haber hecho ni aun lo más urgente: el campo es ilimitado, la labor lo mismo, y hay puntos en que encontramos resistencia y esterilidad, sindicatos y gremios—aquí en la propia Lieja, verbigracia, el de los sastres—que marchan penosamente. Sin embargo, la extensión social de la obra es tan continua, la organización se ramifica tanto, que tengo por nuestro el porvenir. Vendrá un día en que, ante la suma de beneficios y de bienestar obtenido para labradores y obreros, acabarán por comprender que la salud, abajo como arriba, está en Cristo.

En toda la conferencia—que extracto en espíritu y no literalmente—había yo preferido no interrumpir al Prelado, que de suyo, adivinando lo que podía importarme, lo desarrollaba con precisión y con una riqueza de pormenores digna de un pintor de la escuela holandesa, realista. No obstante, tres preguntas recuerdo haberle dirigido. He aquí la primera:

—Monseñor dice que cada párroco, para organizar la cooperación á favor de los agricultores, busca en la parroquia un laico de capacidad. Ese laico, ¿es lo que allá llamamos "el cacique", ó sea la persona á quien el Gobierno presta influencia á cambio de servicios electorales?

Y el Obispo, extrañado, me contestó:

—Aquí no sabemos qué es eso. No comprendo á qué clase de personas alude usted.

Segunda pregunta:

—En las obras que realiza la democracia católica, ¿se excluye á los trabajadores no católicos, ó son generales, sociales, en toda la extensión de la palabra?

Respuesta:

—Preferimos, en atención á la armonía de los esfuerzos, actuar sobre la masa católica; pero tenemos un criterio amplísimo, mucha latitud, y á nadie negamos el agua y el fuego. Para combatir el alcoholismo—supongamos—¿qué necesidad hay de saber cómo piensa y lo que cree nadie? Pero la compacta organización socialista, á su vez, deslinda los campos, y sin que seamos exclusivistas, por ley de las cosas, nuestra fuerza es nuestra fuerza.

Tercera pregunta:

—Encarece Monseñor, y encarecen aquí en general los católicos, la conveniencia de respetar la dignidad del obrero, de no dar á los beneficios carácter de limosna. ¿Es que se ha transformado la caridad cristiana, rompiendo los moldes de la Edad Media?

Al formular esta interrogación estábamos de pie hacia un rato en la puerta, temerosa y de molestar al señor Obispo prolongando la visita, y prosiguiendo él, como quien habla *ex abundantia cordis*, su exposición de hechos. La luz que venía del patio del jardín daba de lleno en el rostro grueso, linfático, de marcado

tipo de raza. Y al contestarme, el azul claro de las pupilas se vidrió un poco, con la humedad de las emociones propias de un alma que es toda entusiasmo y ardor, bajo la corteza del sentido práctico, de la atención estricta á la vida real,—cualidades de la raza también.

—¡Ah!—murmuró.—Lo más hermoso de la Edad Media no lo hemos desechado. ¡Si viese usted este año á las señoras de la Asociación para enfermos, lavando con sus manos unas úlceras cuyo aspecto me impidió comer aquel día, se acordaría usted de Santa Isabel y de San Francisco!

Con mayor veneración que al entrar, besé el deslucido topacio, despidiéndome del buen Pastor, jefe de los demócratas católicos y alma del movimiento que rescata diariamente de la miseria y de la inmoralidad á tantos semejantes nuestros y contribuye á fortalecer la patria (1). Y al cruzar el silencioso jardín, volviéndome una vez más para saludar desde lejos á Su Ilustrísima, que continuaba en el umbral, resonaba dentro de mí la afirmación oída en París: "El Catolicismo es una fuerza social enorme."

(1) Pocos días después de esta entrevista murió súbitamente Monseñor Doutreloux, Obispo de Lieja.

VII

AMBERES.—UN MUSEO CATÓLICO.—UNA PROCESIÓN

A Elena Español.

Estoy en el pueblo de Rubens—al cual le han despojado de esta gloria, probando, según noticias, que el mágico pintor nació en Stiegen.—Sea como quiera, la memoria de Rubens aquí persiste; aquí está su sepulcro; en la catedral se guardan los dos soberbios y populares trípticos de la Crucifixión y el Descendimiento; en el Museo Plantino retratos á granel, y en el Museo del Estado tales obras, que bastarían ellas solas para labrar la reputación de un artista menos fecundo. A este Museo le llamo un Museo católico, porque predomina en él el sentimiento de la poesía y de la magnificencia religiosa, y de antemano sé el contraste que forma con los Museos protestantes que visitaré, compuestos de representaciones de la vida humana, civil y doméstica.

Por conceptos especiales, otros pintores habrán realizado la belleza con más intensidad ó finura que Rubens; pero ¿quién reunirá en con-

tipo de raza. Y al contestarme, el azul claro de las pupilas se vidrió un poco, con la humedad de las emociones propias de un alma que es toda entusiasmo y ardor, bajo la corteza del sentido práctico, de la atención estricta á la vida real,—cualidades de la raza también.

—¡Ah!—murmuró.—Lo más hermoso de la Edad Media no lo hemos desechado. ¡Si viese usted este año á las señoras de la Asociación para enfermos, lavando con sus manos unas úlceras cuyo aspecto me impidió comer aquel día, se acordaría usted de Santa Isabel y de San Francisco!

Con mayor veneración que al entrar, besé el deslucido topacio, despidiéndome del buen Pastor, jefe de los demócratas católicos y alma del movimiento que rescata diariamente de la miseria y de la inmoralidad á tantos semejantes nuestros y contribuye á fortalecer la patria (1). Y al cruzar el silencioso jardín, volviéndome una vez más para saludar desde lejos á Su Ilustrísima, que continuaba en el umbral, resonaba dentro de mí la afirmación oída en París: "El Catolicismo es una fuerza social enorme."

(1) Pocos días después de esta entrevista murió súbitamente Monseñor Doutreloux, Obispo de Lieja.

VII

AMBERES.—UN MUSEO CATÓLICO.—UNA PROCESIÓN

A Elena Español.

Estoy en el pueblo de Rubens—al cual le han despojado de esta gloria, probando, según noticias, que el mágico pintor nació en Stiegen.—Sea como quiera, la memoria de Rubens aquí persiste; aquí está su sepulcro; en la catedral se guardan los dos soberbios y populares trípticos de la Crucifixión y el Descendimiento; en el Museo Plantino retratos á granel, y en el Museo del Estado tales obras, que bastarían ellas solas para labrar la reputación de un artista menos fecundo. A este Museo le llamo un Museo católico, porque predomina en él el sentimiento de la poesía y de la magnificencia religiosa, y de antemano sé el contraste que forma con los Museos protestantes que visitaré, compuestos de representaciones de la vida humana, civil y doméstica.

Por conceptos especiales, otros pintores habrán realizado la belleza con más intensidad ó finura que Rubens; pero ¿quién reunirá en con-

junto, con semejante equilibrio y salud, tal suma de cualidades? La rapidez de su ejecución jamás degenera en debilidad. La abundancia es robustez. La sensualidad, la carne, resplandeciente y rica en Rubens, no triunfa del espíritu. La trivialidad (el vicio del pincel holandés) es desconocida para ese príncipe de la pintura, gran señor al par que obrero laborioso, incansable. Su naturalismo es dramático, ni bajo ni grotesco. Sabe componer, sabe pensar; pero la inspiración, que acude dócil, ardiente, al momento de llamarla, se sobrepone á ese elemento intelectual que hiela y petrifica las obras plásticas visiblemente "pensadas". Esto y aun mucho más que guarda relación con la técnica, con el manejo del color, puede decirse en elogio de Rubens.

En el Museo, imponiéndose, Rubens triunfa. Sus regios amarillos, sus púrpuras sombrías, sus hondos azules, sus verdes, sus oros tostados, la victoriosa sinfonía de su paleta, se meten por los ojos, exaltan ó regocijan los sentidos. De sus cuadros, al pronto, me impresionaron dos: la "Lanzada" y el célebre "Cristo sobre la paja". Este último me infundió una mezcla de admiración y horror. A pesar de las severas censuras que le dirigen algunos críticos de arte, la cabeza, el cuerpo y la actitud de Cristo muerto, con los coágulos de sangre que asomando por las fosas nasales manchan el rostro, se me grabaron en la memoria—el genio español no ha concebido nada más terrible. Porque Rubens, que pinta para la vista y no para la ima-

ginación (Rembrandt pintaba para lo uno y para lo otro), subyuga la imaginación por la magia del colorido y la maestría "natural" de sus composiciones. Si se reuniesen en un solo Museo los cuadros cristológicos de Rubens, desde sus "Adoraciones de los Magos" hasta sus "Entierros"—la serie de páginas de la Pasión,—se vería que nadie trató con más fuerza, con más continua lucidez de visión semi-divina, el drama de la Vida sublime.

Y al lado de lo horrible está lo gracioso y tierno—tierno al modo de Rubens, cantado en himnos y estrofas y poemas de color que son una delicia.—Encuentro en Amberes dos joyas de esta clase: la "Educación de la Virgen" y una hoja de tríptico, "La Visitación", en la Catedral. El adaptable genio de Rubens no ha dado mejor muestra de su singular facultad de asimilación que esos dos trozos de pintura, si exceptuamos un cuadro, del Museo de Amberes igualmente, cuadro no muy estimado hasta el día, y que ahora ha llegado á considerarse sobresaliente, por el sentimiento y la emoción, entre los de Rubens. Es una página franciscana, un encargo de los frailes para su iglesia, por el cual abonaron al maestro un puñado de florines, una miseria hoy y también quizás entonces, pues al cabo Rubens era famosísimo, capitaneaba el arte; pero Rubens, que pintaba con facilidad y felicidad, sin cansarse, admitía lo que le daban, y muchas obras suyas manifiestan en la precipitación de la factura que respondían á encargos de este género. Sin duda

los discípulos ayudaban al maestro á despachar la labor. En el cuadro, hoy rehabilitado, "Última comunión de San Francisco", no se ven indicios de colaboración: todo procede de la mano, en esta ocasión contenida, depurada y como espiritualizada, del propio Rubens. Si continúa subiendo la ola de admiración que ha llegado á producir este lienzo, le veremos al frente, y á mucha distancia, de todo lo demás que nos dejó el pincel del mago de Amberes. "Nunca—dice Fromentin—fue aquel grande hombre más dueño de sí mismo, de su corazón y de su mano; nunca su concepción tuvo mayor alcance; nunca su noCIÓN del alma humana fue mas profunda, ni su paleta más rica en color sin exceso; nunca su diseño más puro. En esta obra se transfigura Rubens, y después de haberla mirado no cabe mirar otra cosa: hay que irse del Museo". Para aquilatar el valor de la alabanza, recordemos que en el Museo de Amberes están el "Cristo muerto", de Van Dyck; el "Cristo muerto", de Matsys; la "Santa Bárbara", de Van Eyck, y últimamente el colosal tríptico de Nájera, obra de Memling—ó de quien sea—traído de España, de donde jamás debió salir tal maravilla!

Con la impresión reciente de este Museo, donde todo habla á la sensibilidad en el lenguaje brillante y conmovedor del arte impregnado de catolicismo, no hay cosa que mejor se avenga que una procesión, la gran procesión del año, en honor de la Virgen. La casualidad me ofreció este espectáculo, como me había ofre-

cido el mucho menos interesante de la cabalgata á la luz de hachas y faroles, con los delfines y sirenas del Escalda, y la giganta y el gigante que vuelven la cabeza mirando á los balcones. (Aquí se mueren por cabalgatas y comparsas históricas: leo en un diario que para festejar la toma de posesión de un párroco, se ha organizado en una aldea una comparsa donde salen archiduques, barones y damas del siglo XVI.) La procesión es diferente: nada de teatral; la tradición tan sólo.

En el hotel me avisa el portero, todo alborozado, que habrá procesión á las once en punto. Es domingo: en la Catedral se agolpa á oír misa la endomingada muchedumbre, las señoritas de azul y rosa, los burgueses con chisteras planchadas. Amberes parece una ciudad española: nuestros soldados, en los tiempos de la "furia española", deben de haber cortejado asaz á las blancas flamencas: hasta el tipo fisiológico es semejante al de España; entre los que alumbraban he visto muy pocos rubios. El modo de estar en el templo me recuerda el nuestro: no excesiva compostura, sonrisas, saludos, animación, aire de fiesta; casi nadie atiende al sermón flamenco, cuyos períodos salen de un púlpito de talla prolija y aparatosa, con árboles, hojarasca y un ángel que toca la trompeta. Y el flamenco, con su pronunciación de la jota aspirada, análoga á la nuestra, tiene un sonido tan castellano, que en la calle suelo volverme creyendo que detrás de mí hablan el patrio idioma.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

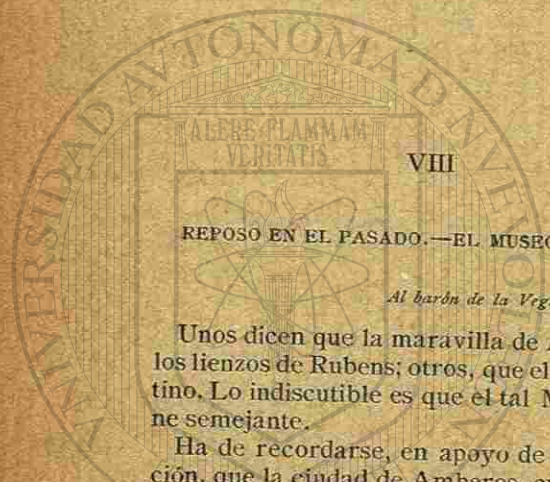
Acábanse misa mayor y sermón, y en la plaza, ante el pórtico que guarnecen las desiguales torres, una completa y la otra sin terminar, y que adorna como broche de orfebrería el encantador brocal de hierro forjado por Quintín Matsys, se organiza la procesión. En la cervecería donde me siento á una mesita para ver los preparativos, entra á refrescar la charanga, y los músicos apuran la "chope" riendo y bromeando con las camareras. El día es espléndido: los balcones no están colgados, sin duda no es costumbre aquí, pero de lado á lado de la plaza flotan á cientos banderolas que blasonan el león de Brabante y las manos cortadas de Amberes. El suelo se cubre de espadaña, hojas y olorosas hierbas, profusamente traídas en canastillos. Me dan una palmada en el hombro: es una viejecita, prendida con el extraño tocado de Lovaina, que parece una mantilla española de seda negra coronada por una diadema de flores artificiales. "En la otra plaza verá usted mejor el conjunto", me advierte con la oficiosidad expansiva de "allá".—Sigo el consejo. Ya la procesión desfila.

Primero, las Sociedades obreras con sus estandartes é insignias; las asociaciones y congregaciones, algo que no tiene fin; las cofradías principales de cada parroquia; las cofradías especialmente marianas; el clero, con cruz alzada; las linternas doradas y plateadas de cada iglesia, que equivalen á las mangas y las recuerdan por su forma. Y, fulgurante bajo el sol que arranca chispas á la pedrería de su co-

rona, regalo de la ciudad de Amberes y tasada en muchos miles de francos, la Virgen, con un manto que Rubens se hubiese gozado en pintar: de tisú de oro recamado de rosas de mil tonos purpúreos. Al paso de la Virgen, los niños, aupados por sus madres, envían besos. El rico estandarte que sigue á la Virgen representa el acto de su coronación por el Arzobispo de Malinas.

Cuando pasa el Santísimo, bajo ostentoso palio, me fijo, observo las actitudes, y veo confirmadas noticias que monseñor Mercier me dió en Maredsus. "Si alguien no quisiese descubrirse, echaría por otra calle. No es obligatorio, ni á nadie se reprende porque no lo haga; pero, en efecto, todos lo hacen." Así era: en aquel momento el bullicio se extinguía, la multitud se inclinaba respetuosa.

Me acordé de esas nuestras procesiones novísimas, á las cuales, ni más ni menos que en tiempo de la Liga, se asiste armado hasta los dientes, y donde llueven mojicones, palos y aun tiros... y una vez más el problema de nuestra religiosidad é irreligiosidad peculiares se me presentó como otro aspecto de la "furia española", de que aquí se habla todavía á la vuelta de tres siglos.



REPOSO EN EL PASADO.—EL MUSEO PLANTINO

Al barón de la Vega de Hoz.

Unos dicen que la maravilla de Amberes son los lienzos de Rubens; otros, que el Museo Plantino. Lo indiscutible es que el tal Museo no tiene semejante.

Ha de recordarse, en apoyo de esta afirmación, que la ciudad de Amberes, cual noble dama de trágicos destinos, ha corrido vicisitudes, gozado prosperidades, padecido decadencia y ruina; que después de disputar á Venecia la soberanía del comercio y del lujo y ver su puerto henchido de navíos y sus almacenes abarrotados de mercancías orientales y los productos de sus fábricas y talleres exportados á subidos precios, cayó sobre ella de improviso una granizada de infortunios, de la cual se nos hace responsables á los españoles, al "demonio del Mediodía" especialmente; quedóse despoblada, emigraron sus laboriosos hijos, la entramos á saco, la infligimos los horrores de un asedio que duró más de catorce meses, cerramos su

puerto, aniquilamos su industria, redujimos su población á menos de una tercera parte. En medio de tanta calamidad, mientras la gloria de Amberes se sepultaba, como gallarda esfinge de pórfido, bajo la arena del desierto, una especie de institución permanecía en pie; una dinastía pacífica, fundada por el trabajo, consolidaba su extraña dignidad, y al visitar el Museo Plantino nadie creería que Amberes no hubiese permanecido siempre al abrigo de los huracanes de la historia.

La impresión del Museo Plantino la identifico con la peculiar del Renacimiento. A la distancia que nos separa de este período de la humana evolución, como sabemos que el Renacimiento era sano y fuerte, nos parece armonioso y apacible. Nunca, sin embargo, se agitó el hombre con más dramática violencia. Arte sumo, vigor viril, intensidad científica, acción individual—condiciones del Renacimiento que encuentro en el Museo Plantino, fuertemente representadas.—Y los grandes nombres, la mayor parte familiares á nuestros oídos, que en él resuenan—Arias Montano, Justo Lipsio, Pico de la Mirándola, Alfonso de Aragón, Cosme de Médicis,—despiden el aroma característico del Renacimiento, á vino rancio y generoso.

Digamos ya cómo se formó y en qué consiste la colección Plantina, caso único de Museo "natural", realización del sueño de los aficionados á quienes subleva que la obra de arte sea arrancada de su medio y de su fondo, para hacinarla ó encasillarla entre otras mil en los almacenes

y necrópolis que suelen conocerse por Museos, Colecciones y Galerías.

Hacia mediados del siglo XVI, un francés, oscuro aprendiz de tipógrafo, vino con su joven esposa á establecerse en Amberes. Era primoroso en esas encuadernaciones de piel repujada con artísticos hierros y en esos diminutos baúles de badana y suela que hoy se buscan en casa de los anticuarios. Los refinados eruditos le llevaban sus Horacios y sus Antologías griegas á vestir de tafilete con elegantes cabos y estampados de oro. Zayas, secretario de Felipe II, hubo de encargarle un cofrecillo para remitir una piedra preciosa destinada al monarca español. Al dirigirse á entregar el cofre, el encuadernador (cosas de aquel siglo) fue acometido, acuchillado y herido gravemente. Curó, pero quedó imposibilitado para la labor en cuero; hubo de consagrarse otra vez á la imprenta y se estrenó publicando un librito sobre "educación de una doncella noble", tema de actualidad.

Como la vid al olmo, el hábil Plantino se arrimó al árbol gigante de Felipe II, formidable sombra para cobijar á un industrial en los Países Bajos. Aunque varios testimonios autorizan para incluir á Plantino en la lista de los heterodoxos y hasta de los iluminados, lo cierto es que, por influjo del gran Filipo, un privilegio exclusivo de la Santa Sede para publicar libros litúrgicos fue raíz de su fortuna. Felipe II solía andar entrampado con Plantino; pero, en cambio, cuando asoló y saqueó á Amberes la "furia española", los establecimientos

de Plantino fueron respetados; el águila bicípite de Austria, dominadora del mundo, tendía la proyección misteriosa de su heráldico y negro plumaje sobre la habitación del prototipógrafo del Rey.

El impresor se había establecido en una casa próxima al mercado del Viernes—la misma donde hoy existe el Museo, y que ha sido poco restaurada.—Dígase la verdad: el Museo nació cuando Plantino clavó en ella la pierna fija del compás de su blasón intelectual y artístico. Insensiblemente todo fue Museo allí. Es el encanto de la notable colección: se hizo sola, día tras día.

No dejó el fundador hijos varones y fue encargado de continuar la dinastía su yerno Juan Moreto, el cual, pensando en perpetuarse, erigió la imprenta en mayorazgo electivo, vinculándolo para el más digno y capaz de sus descendientes. Por eso encontramos en el Museo Plantino ese lento y constante acarreo de arte y de recuerdos, que únicamente realizan el tiempo y la paciencia conservadora de muchas generaciones—la famosa pierna fija del compás plantiniano.

Aquellos impresores se hacían retratar por Rubens; eran millonarios; se enterraban en la catedral; se llamaban, como los soberanos, Baltasar II, Baltasar IV; poseían su ejecutoria, y en sus armas campeaba un águila de sable en áureo fondo. En su tipografía componían, en honra del oficio, los monarcas. A diferencia de ciertos aristócratas que malrotan la casa y mal-

baratan la hacienda, los Moretos se respetaban, porque trabajando se habían formado. El semi-dios Hércules y la Constancia eran los tenantes de su escudo, y trabajando se sostenían. Cuando faltaba el jefe y quedaban pequeños los hijos, á la cabeza de la imprenta se colocaba la mujer. Hasta los últimos años del siglo XIX, sin interrupción, funcionaron las prensas de Moreto.

¡Derecho tenían á descansar, á entrar en la historia las valientes prensas que arrojaron á la circulación tantas páginas! La ciudad de Amberes adquirió la imprenta, la morada, las colecciones, el material... y todo, exactamente como lo dejaron los más ilustres dinastas, con su flor de pátina de los siglos XVI y XVII, se visita hoy é infunde al espíritu la alucinación de que existimos y nos movemos, durante algunas horas, en el reinado de Felipe II, hijo de Carlos de Gante, ó del poeta Felipe IV.

La ilusión es perfecta. Todo subsiste íntegro, guardado cariñosamente. Como tesoro de arte brilla el Museo Plantino, pero de arte "orgánico", inherente á las paredes que lo encierran. Dispersad el Museo y lo habéis matado. Cada objeto, de por sí, no significa gran cosa: ni aun los mismos retratos de Rubens. Es la sinfonía, no la nota, lo que constituye el valor de colección tan extraordinaria, que reseñaré por el orden en que voy visitándola y anotando en mi cartera lo que más me llama la atención entre la profusión y riqueza del contenido.

Tres salones encierra el piso bajo, tendidos

de damascos y de viejos tapices flamencos, en cuya cenefa diviso el compás simbólico. El mismo emblema de tenacidad y laboriosidad decora la chimenea del primer salón. Muebles ricos y viejos, porcelanas curiosas adornan la estancia; en el salón contiguo, también decorado con las iniciales de Moreto, un suntuoso contador soporta el reloj que regalaron al impresor aquellos archiduques Alberto é Isabel, que significan para Bélgica la edad de oro. En este segundo salón decoran las paredes doce ó trece pinturas de Rubens, la mayor parte retratos de la dinastía. No son obras maestras, ni Rubens hizo jamás obra maestra en el retrato, aunque la aseveración sorprenda, que á los entendidos no les sorprenderá. Ni en el atento estudio de la personalidad, ni en el parecido exacto, traducción de la vida individual, descollaba el mago de Amberes. Retratada de prisa, á la ligera, de un modo indeterminado, convencional, brillante, engañoso y atractivo, lo más opuesto al método de los excelentes retratistas de Flandes. Y si no fuese así; si Rubens retratase como Franz Halsó Rembrandt, ¿quién calcularía el valor del segundo salón del piso bajo en el Museo Plantino?

No son, pues, los retratos, á pesar de su procedencia, lo que más se graba en la memoria de este Museo. Es lo relacionado con el arte de imprimir. Son los diseños (de Rubens hay también algunos) destinados á frontispicios de obras; las marcas de imprenta; las páginas de Breviario; las viñetas; las planchas de cobre y

xilográficas para ilustrar los antifonarios, misales, oficios diurnos y nocturnos, Biblias, devocionarios y tratados eruditos; los códices con miniaturas, que precedieron á la imprenta, y los que encarnan la transición, impresos los caracteres y miniadas aún las capitales; los manuscritos raros, los incunables, las ediciones de precio, entre las cuales veo varias en castellano—por ejemplo, el "Florilegio", de Séneca, traducción española de Juan Martín Cordero.—Casualmente me fijo en una acuarela del siglo XVI y encuentro en ella la demostración de que no ha sido Parmentier, como se cree, el introductor de la patata, sino que Felipe de Sivry en 1588 conocía, recomendaba y retrataba—dígámoslo así—el precioso tubérculo, debiendo este conocimiento á un Legado pontificio en Bélgica. Otra curiosidad: los años 1620 y 1622 de la primer *Gaceta*, ¡el primer periódico que ha visto la luz en el mundo!

Como estudio retrospectivo, la tienda y la trastienda, conservadas en su primitivo estado, son interesantísimas. En la tienda veo la efigie de la Virgen, los anaqueles llenos de libros, los pesos de la moneda prontos á funcionar, las tasas de librería expuestas, y á la vista el índice de obras prohibidas—impreso de orden del duque de Alba por el mismo Plantino, y en el cual figuran obras publicadas por Plantino también.—La oficina de correctores presenta su mobiliario auténtico, el pupitre donde trabajaban aquellos á quienes, más que obreros, deberíamos llamar sabios, gramáticos, humanistas y

filólogos, capaces de anotar los clásicos latinos y de redactar papeletas de diccionario ó corregir textos griegos. El hoy modesto oficio de corrector fue ejercido aquí nada menos que por Arias Montano. Los primeros Moretos no se desdenaron de figurar al frente de sus correctores.

Recorridos tienda, despacho y oficina de corrección, me enseñan el aposento de Justo Lipsio, vestido de sombrío cuero de Córdoba con ricos arabescos dorados, y de allí sigo á contemplar la colección de extraños y decorativos alfabetos romanos y góticos, las cajas de caracteres, las prensas ¡sagradas prensas! algunas contemporáneas de Plantino, los estatutos de la Imprenta en un marco, y luego salas y salas con ejemplares y ejemplares de libros y de grabados soberbios, tesoros en autógrafos expuestos en cristalerías, encuadernaciones admirables—aunque ninguna en piel humana como las que existían en la Exposición el año pasado;—la fundición con todos sus útiles y herramientas, moldes, matrices, punzones, hornillos, tres bibliotecas y un archivo atestado de documentos...

Al bajar la escalerita blasonada, al salir á respirar en el pintoresco claustro ó patio que enrama la hiedra y adornan los bustos de la dinastía, experimentaba en sumo grado el sentimiento de la veneración. Todo el robusto esfuerzo intelectual del Renacimiento, al cual debemos la expansión de la Edad Moderna, se me había aparecido bajo la forma artística, selec-

ta, noble, que revistió la Imprenta en sus dos primeros siglos, cuando aún la inspiraban las tradiciones de los códices, de la caligrafía y la miniatura medioeval. Si Plantino resucita y le enseñamos nuestro vil libraco de á tres pesetas, sin ilustraciones, sin márgenes, sin colofón, sin frontispicio, con su papel de estraza y sus erratas á docenas, ó nuestro periódico de á cinco céntimos, con su tinta que se borra y mancha, ¿qué gesto de desdén haría el prócer architipógrafo, el del "Compás de oro", gran señor y gran intelectual?

IX

TRABAJADORES DE LA VIÑA

Al Cardenal Sancha.

Mi excursión de Bruselas á Lovaina no tiene por objeto contemplar retratos de orondos burgomaestres y regordetas fregatrices, ni Casas Consistoriales bordadas en piedra. Según la Guía, las curiosidades de Lovaina están vistas en dos horas; pero el organismo de la tranquila ciudad universitaria requeriría, para ser debidamente estudiado, un mes de residencia. Dos instituciones me importaban: la Universidad Católica y la "Gilde" ó Sociedad cooperativa.

Son los dos aspectos del catolicismo belga: el pensamiento y la acción, la ciencia y la caridad. Del segundo había visto en Lieja muestra tan maravillosa que aún no me encontraba respuesta de mi asombro. El océano de "obras" catalogadas en el "Manual del visitador del pobre", de Laumont, me aturdió con su eco profundo. Las palabras del Obispo, que ya ha subido al cielo, permanecían grabadas en mi memoria: "Es tanto lo hecho, que no cabe duda; nos

ta, noble, que revistió la Imprenta en sus dos primeros siglos, cuando aún la inspiraban las tradiciones de los códices, de la caligrafía y la miniatura medioeval. Si Plantino resucita y le enseñamos nuestro vil libraco de á tres pesetas, sin ilustraciones, sin márgenes, sin colofón, sin frontispicio, con su papel de estraza y sus erratas á docenas, ó nuestro periódico de á cinco céntimos, con su tinta que se borra y mancha, ¿qué gesto de desdén haría el prócer architipógrafo, el del "Compás de oro", gran señor y gran intelectual?

IX

TRABAJADORES DE LA VIÑA

Al Cardenal Sancha.

Mi excursión de Bruselas á Lovaina no tiene por objeto contemplar retratos de orondos burgomaestres y regordetas fregatrices, ni Casas Consistoriales bordadas en piedra. Según la Guía, las curiosidades de Lovaina están vistas en dos horas; pero el organismo de la tranquila ciudad universitaria requeriría, para ser debidamente estudiado, un mes de residencia. Dos instituciones me importaban: la Universidad Católica y la "Gilde" ó Sociedad cooperativa.

Son los dos aspectos del catolicismo belga: el pensamiento y la acción, la ciencia y la caridad. Del segundo había visto en Lieja muestra tan maravillosa que aún no me encontraba respuesta de mi asombro. El océano de "obras" catalogadas en el "Manual del visitador del pobre", de Laumont, me aturdí con su eco profundo. Las palabras del Obispo, que ya ha subido al cielo, permanecían grabadas en mi memoria: "Es tanto lo hecho, que no cabe duda; nos

pertenece el porvenir".—La "Gilde" me presentaría, prácticamente, la función social, y la Universidad la función docente, explicada por persona de tanta competencia y dignidad como Monseñor Mercier, director del Instituto superior de Filosofía.

En la Abadía de Maredsus habíamos concertado la visita a Lovaina, cuando Monseñor Mercier se encontraba allí practicando ejercicios, "une retraite", como dicen. Estas prácticas piadosas, realizadas por un pensador, sin sombra de afectación, sencillamente, revelan la vida moral, cuya savia alimenta la vida intelectual. Nadie ignora que Monseñor Mercier es á la vez que un sabio respetado en Europa, un ejemplar y digno sacerdote. Por eso sus opiniones acerca de España—que visitó no hace mucho tiempo—fueron para mí inestimables. Confirmaron plenamente cuanto yo creo y profeso respecto á nuestro modo de ser en materia tan grave y capital como la religiosa, y me quitaron el recelo peculiar de los que se sienten contrapuestos á la opinión, extraños al ambiente. No sé si me resolveré por fin á comunicar al público las observaciones españolas y las iniciativas, españolas también, del desinteresado viajero; ahora sólo voy á explicar lo que caracteriza á la Universidad Católica de Lovaina.

De ella dijo con exactitud el Agustino Padre Marcelino Arnáiz, que siendo "resto viviente de las instituciones científicas del pasado, ha tenido la suerte de conservar, al través de los accidentes de la historia, su completa auto-

mía, sus prestigios y sus tradiciones". Pero ya veremos cómo, al abrigo del pasado y de la tradición, difícilmente podría el espíritu moderno exigir más de lo que en Lovaina se le ha concedido. El Instituto superior de Filosofía, cuyas aulas y dependencias acabo de recorrer, se debe originariamente á excitaciones y donativos de León XIII. El Congreso católico de Malinas, en 1900, inscribió la fundación del Instituto en su programa. Fue objeto del Instituto la renovación de los estudios filosóficos en el sentido señalado por Santo Tomás de Aquino, dirección en la cual, á primera vista, diríamos que coinciden todos los Institutos de enseñanza católica.

Sin embargo... Que esto es "otra cosa"; que no es el tomismo, según se entiende por allá, y contra el cual fulminó Monseñor Mercier, en nuestra plática, dura reprobación—lo gritan los laboratorios donde, no sin admiración mía, aprendo que se estudia la "psicofísica" y la "psicología experimental". ¿Lo oyen bien mis lectores? A la sombra del "Seminario León XIII"; bajo los auspicios del Papa y del eclesiástico de edificante vida; siguiendo é invocando las doctrinas del Angel de las Escuelas—se estudia la psicología, no en libros, entre abstracciones y fantasmas, sino al modo positivo, según las últimas imposiciones atrevidísimas de la ciencia moderna.

De ese modo lleva á la práctica el Instituto las intenciones enunciadas terminantemente por Monseñor Mercier, de romper el fatal aisla-

miento, el círculo polar donde se encuentran bloqueados los científicos católicos; de evitar el divorcio entre las dos verdades fundamentales; de cultivar la ciencia por sí misma, sin fin profesional y sin fin apologético directo, trabajando de primera mano, contribuyendo, si es posible, á la labor del siglo, entrando de lleno en el movimiento irresistible y magnífico que nos lleva hacia el porvenir, y manifestando así "el respeto de la Iglesia hacia la razón humana".

Ni en el laboratorio de Laureano Calderón, ni en labios de Ramón y Cajal pudo resonar himno más entusiasta á la razón y á la ciencia, del que entona este hombre de continente austero, vestido con la ropa semiepiscopal de los Prelados domésticos de Su Santidad, y que se inclina al entrar en la capilla, con la unción del creyente.

—Es preciso—repetía—que el católico comprenda la significación de la ciencia y no se empeñe en reducirla á arma de combate en defensa de su credo. La Iglesia ha sido fuerte cuando (como en la Edad Media y durante el florecimiento de la escolástica) se abrazó á la ciencia sin pueriles temores. Hoy, por desgracia, muchos se habían obstinado en amoldar la ciencia á las necesidades apologéticas, según ellos las entendían, y el vigor científico se retiraba de nosotros. La ciencia "es en sí"; tiene valor, belleza y dignidad propia, y en tal concepto debe cultivarse; y si procediésemos de otro modo, con justicia nos desdeñarían los incrédulos. Y además, ¿hemos de cerrar los ojos á las transformaciones y adelantos del humano

conocimiento? ¿Qué hacía Santo Tomás? Discutir con los sabios de su época; ahondar los problemas propuestos á su época. Imitémosle: no nos atrincheremos en la época de Santo Tomás. Ahí está la nuestra, que nos llama. Desde Kant acá, la filosofía va por nuevos rumbos. No se adelanta nada con aplicar á los filósofos modernos calificativos que expresen que nos molestan sus doctrinas. En ellas tampoco es todo error, ni aun teológicamente considerado. El error es á veces camino para la verdad, y el alma de verdad que encierra cada doctrina irradia al través de los errores. Y ante verdades científicas cumplidamente demostradas, ¿qué significaría una caprichosa protesta? Los moldes antiguos son estrechos; tenemos que romperlos. La psicología, sin ir más lejos, es un brote joven de las ciencias de observación; si la psicología se hace sin nosotros, se hará contra nosotros. Es preciso que en este campo como en los demás tengamos investigadores y maestros: sólo así ganaremos el derecho de dirigirnos al mundo intelectual y que nos escuche.

—En nuestro Instituto—añadió después de una pausa el ilustre filósofo—no se estudia para aplicar los diplomas al adelanto en la carrera. Considero que los estudios superiores se caracterizan así: son de alta cultura, no exigida profesionalmente; son la parte libre y facultativa de la instrucción. Un año, dos años, diez ¡la vida entera! puede durar el ejercicio de los estudios superiores. ¿Por qué no ha de consagrarse la existencia al estudio por el estudio?

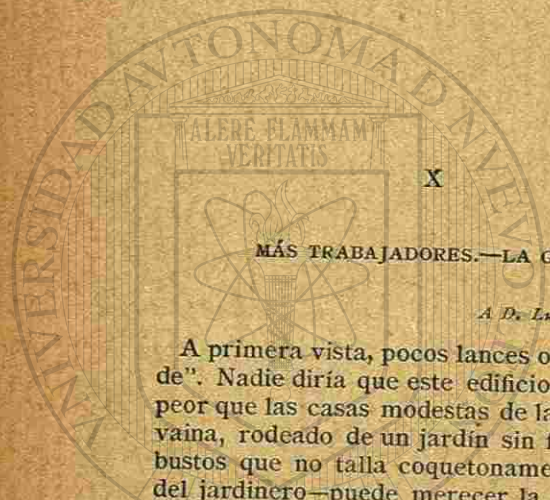
Y como pasásemos á la cuestión de medios y recursos, al sostenimiento de la Universidad y de la Facultad, supe que en el mundo entero se ha iniciado un movimiento generoso; que los millonarios dan á puñados el oro, con preferencia quizás para lo intelectual, la enseñanza,— pues la beneficencia hoy se realiza principalmente por medio de la cooperación. En la protección del Estado, especie de sacramento de la Extremaunción en las naciones agonizantes, apenas se piensa, aun cuando el Estado en Bélgica se muestra propicio siempre á las obras sociales. El ejemplo de las dádivas de millones viene de Norte América. Esos yanquis para nosotros tan fatales (no más fatales que nuestra propia incuria é indiferentismo) derraman torrentes de dollars fundando Universidades; las instituciones docentes crecen como los retoños de la oliva en ese suelo que, á juicio de muy conspicuas personas, allá en 1898, sólo torreznos producía.

—¡La ciencia! — repitió pensativo Monseñor Mercier cuando, terminada la visita á los laboratorios, jardines, capilla y aulas, nos sentamos un instante á descansar en una salita modesta, antes de emprender el camino de la "Gilde".— ¡Fuerza incalculable, aliento vital de nuestro siglo! Todo en él se ha renovado: todo evoluciona. Y particularmente, en la hora crítica que atravesamos, las ciencias sociales se presentan armadas y arrolladoras, dispuestas á realizar en la sociedad completa metamorfosis. El socialismo se organiza donde quiera: es un "he-

cho" gigantesco, el "hecho" por excelencia de nuestra edad. ¿Habíamos de presenciarlo sin enterarnos? Por eso en nuestros Institutos docentes superiores hay que dar cabida á los estudios comparados de derecho político y economía social; hay que examinar analíticamente la familia en sí misma y al través de la historia; las asociaciones, la corporación, el Estado, la propiedad y sus formas... y abarcar en una concepción más comprensiva las sociologías positivistas de Comte, de Spencer, de Schäffle, y las enseñanzas de la sociología cristiana, cuyo código general se halla en la Encíclica "De conditione opificum..." Y también es necesario levantar mucho el nivel de la instrucción femenina, educar más y mejor á las mujeres, cuya acción social reviste tal importancia!

Yo oía atentamente, con religioso respeto. La idea y la imagen de la patria no se apartaban de mí, y eran la raíz de la emoción, más bien depresiva y melancólica, que me embargaba poco á poco. Tenía sed. Veía por las anchas ventanas flamencas, entreabiertas, la viva verdura del jardín, pero dentro de mi alma se desarrollaba una procesión de eriales, de mesetas amarillentas, calcinadas por el sol, sin riego, sin árboles, sin casas. ¡Sequedad, sequedad infinita! Y me estremecí cuando el filósofo, resumiendo en una frase el sentido de todo aquello—laboratorios, aulas, actividad, estudio—pronunció firmemente:

—La Iglesia belga asume una gran responsabilidad... Lo sabemos. ¡Somos responsables!



MÁS TRABAJADORES.—LA GILDE

A Dr. Luis Chaves.

A primera vista, pocos lances ofrece la "Gilde". Nadie diría que este edificio, ni mejor ni peor que las casas modestas de la pacífica Lovaina, rodeado de un jardín sin flores, de arbustos que no talla coquetonamente la mano del jardinero—puede merecer la visita. Y sin embargo, en el tono de satisfacción con que mi ilustre guía murmuraba: "Aquí tiene usted nuestra Gilde"... comprendí que estábamos en uno de esos focos de vida moral, cuyo descubrimiento es el encanto de mi viaje, y cuya existencia es honor de Bélgica y de su militante y civilizador catolicismo.

La "Gilde" iba á mostrarme, en funciones, el organismo que desempeña el papel de "fagocito" social; el microbio salutarífico ó conservador que lucha con los microbios destructores de la sociedad tal cual hoy se encuentra constituida. No encuentro comparación más apropiada para las "Gildes" que esta de los fagocitos, los

cuales, según recientes afirmaciones de la biología, se consagran, dentro del cuerpo humano, á neutralizar la acción morbosa de otros microorganismos que pronto darían al traste con él. Minada Bélgica por el colectivismo, que presumía, no sin visos de razón, de tardar poco en implantar sus soluciones desde las esferas del poder, suprimiendo la propiedad privada, nacionalizando el suelo y los instrumentos del trabajo, y que no sabemos si todavía llegará á implantarlas, pues es poderosísimo allí—las humildes instituciones cristianas de mutualidad y cooperación agrícola vinieron á poner dique á la ola invasora.—Lo que Holanda hizo con el terreno material, arrancando una patria al Océano por medio de esclusas, canales, escolleras y diques, saneando pantanos y fertilizando dunas arenosas, lo ha realizado Bélgica con el terreno moral, inculto y abandonado hacía tiempo. El secretario que me enseñaba la "Gilde", lo repetía: "Nuestra apatía, nuestro retraso en interesarnos por la clase obrera, ha dado al colectivismo ventajas que aprovechó en los centros industriales. Fuimos en ese respecto como las vírgenes necias: dejamos apagar la lámpara y nos dormimos. Como ellos no maduraron tanto en dirigirse á la población agrícola, nos hemos adelantado, y ahí ya no caben; es la ley de la impenetrabilidad física: no hay sitio. Se hace tanto por los aldeanos, que dada su situación venturosa no se les ocurre soñar otra mejor, problemática de seguro."

Las "Gildes", cuyo modelo y matriz es esta de Lovaina, son asociaciones de compañerismo que pueden extender más ó menos su esfera de acción. En Lieja, por ejemplo, mientras la "Gilde" de San Pablo es un círculo obrero antisocialista y antialcohólico, afiliado á la Liga democrática belga, y que encierra una sección dramática, otra de ahorro, con el 4 por 100 de interés, una sección de mutualidad y una sociedad para los sorteos municipales—la pequeña "Gilde" de San Gervasio sólo se dedica al ahorro (el ahorro es una pasión nacional en Bélgica) y á socorrer á los enfermos.—¡El ahorro! repito. Aquí se le encuentra en todas partes. El Estado se lo inculca á los individuos; los padres á los hijos; los patronos á los obreros; los amos á los criados; los maestros á los alumnos. Al que impone en la Caja de Ahorros cinco francos, la municipalidad, la nación, las asociaciones, cualquier fuerza social de las que vigilan, le añade tres, ó cuatro, ó cinco, y resulta que quizás el ahorro le ha producido, de golpe, el cien por cien. Limosna propiamente dicha, no se da; socorro sí; hay quien cree que la miseria "profesional" cabe perseguirla como delito; la verdadera beneficencia toma forma de invitación y estímulo al ahorro. Se ahorra pegando sellitos á un papel, y á los chicos de las escuelas se les permite pegar sellos de á dos céntimos. Hay premios para los maestros cuyos alumnos han ahorrado más durante el año.

Volviendo á la "Gilde" de Lovaina, y recorridas en un minuto sus oficinas—Banco popu-

lar, Caja de Ahorros, Centro de informes, Secretaría del pueblo, etc.,—me senté á escuchar la explicación del modesto funcionario que nos acompañaba en la visita. Uno de los oficios que con mayor actividad se cumplen aquí, es el de prodigar—especialmente los domingos—las conferencias útiles al pueblo. Es la beneficencia verbal, ampliación de la obra de misericordia: "dar buen consejo al que lo há menester"; así se desarrolla y fructifica plenamente la doctrina, por extensión (como todo lo que vive).—El funcionario de la "Gilde" debfa de hallarse muy avezado á conferenciar, pues tendió airoosamente el paño del púlpito y explicó el mecanismo de la institución con suma claridad y orden. Siento no poder reproducir al pie de la letra sus palabras. Las traduzco respetando el fondo.

La "Gilde" mira desinteresadamente por los intereses prácticos del aldeano, con el fin de mejorar su condición, elevar el nivel de su moralidad y su cultura, y convertir, si es posible, al proletario agrícola en pequeño propietario. La "Gilde" se encarga de suministrar á los agricultores, al precio mínimo, los mejores abonos, semillas, instrumentos y maquinaria. La "Gilde" les enseña el modo de servirse de todo ello, á la altura de los recientes adelantos, prestándose á la enseñanza personas competentes y difundiendo revistas populares, donde se contesta á cualquier duda que al cultivador pueda ocurrirle. La "Gilde" asegura los ganados y previene los siniestros. A la "Gilde" se recurre para la ven-

ta de los productos, legumbres, aves, ganado, leche: antes eran explotados los productores; hoy sacan el rendimiento máximo con la menor exposición y esfuerzo posible, y sin que sus hijas corran el riesgo de andar por caminos y mercados, llevando el cántaro que tan fácilmente se vuelca... Gracias á las enseñanzas de la "Gilde", la manteca que actualmente se elabora es muy superior á la que se elaboraba hace un cuarto de siglo, y entre la ganancia de la mejor colocación y la de la mejor clase, los recursos de los aldeanos han crecido en más de la mitad. Añádase á este incremento el ahorro y el seguro—columnas del hogar del proletario—y no sorprenderá que las clases agrícolas—aun en las propias Ardenas de Flandes, lo más atrasado y pobre de Bélgica—disfruten de un bienestar satisfactorio. Dedicase también la "Gilde" á la propaganda antialcohólica, luchando á brazo partido contra ese vicio, entre todos funesto, al cual hacen la guerra de consuno socialistas y católicos—porque en muchas campañas y propagandas saludables, dígase en honor del pueblo belga, coinciden los dos grandes partidos en que la opinión se divide.—Mucho hacen las predicaciones, las conferencias, los folletos (aquí se reparten folletos y hojas como agua), las mil maneras de demostrar al pueblo que el alcohol es la enfermedad y el crimen embotellados; pero todavía se consigue más con suministrar á precio módico excelente cerveza, bebida sana, que haga olvidar el "schiedam" y otros alcohólicos

de esta tierra, donde es rareza y artículo de lujo el vino.

Y así extiende el catolicismo en el campo su influencia y su espíritu, combatiendo al socialismo con armas de buena ley. Los párrocos compiten en celo y actividad. "Tenemos—me habían dicho los monjes de Maredsus—tal vez el mejor clero de Europa. Sin él la moralización y el saneamiento de las aldeas hubiese sido imposible." Y el funcionario de la "Gilde", confirmando esta aseveración, repetía: "Los párrocos son admirables. Se pasan la noche ajustando las cuentas y haciendo el balance de los productos de la manteca, el aceite de colza, las madejas de lino vendidas por sus feligreses. Son nuestros institutores, consejeros de todos, y hay párroco que á estas horas puede haberse las con el mejor ingeniero agrónomo".

Al escuchar este dato que tantas cosas permite comprender, acudían á mi memoria fragmentos de la obra del socialista Vandervelde, leídos en el tren, desde Bruselas á Lovaina. Veía al cura de aldea trazando con su paraguas en la tierra, ante los feligreses, la señal del reparto con que el colectivismo amenaza á la pequeña propiedad, y escuchaba al aldeano de Maredsus, que preguntado si era colectivista, respondía únicamente: "Tengo dos vacas". En el propio libro del teórico elocuente y docto del socialismo hallo esta noticia: "La Liga de Aldeanos (Boerenbond), cuya sede social está en Lovaina, se fundó en 1889, y en 1895 ya tenía 207 sociedades afiliadas, con un efectivo de más

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1825 MONTERREY, MEXICO

de 10.000 miembros. Después han aumentado considerablemente: sólo en la Flandes oriental se cuentan hoy 190 "Gildes". Reconociendo que estas "Gildes" y "Boerenbonden" se han hecho contra el colectivismo socialista; dando á entender lo que yo resumiré en una sola frase en mi conversación con el inolvidable Obispo de Lieja "Aquí la manteca es católica, y socialista la remolacha"; confesando que en el campo no hallan favorable acogida los principios de la revolución agraria, Vandervelde no puede menos de ensalzar la obra de las cooperativas, los beneficios que se las deben, el impulso que han comunicado á la vida rural, hasta en las Ardenas, el trozo de tierra belga bravío y estacionario. Y otra frase de Vandervelde se me aparecía sobre la página blanca: "Las corporaciones cristianas vacunan al aldeano contra el socialismo, inoculándole un poco de virus socialista".

XI

GANTE.—RELÁMPAGO ROJO

A Sanz y Escarín.

No se comprendería lo que llevo dicho de la acción social católica en el país belga, á no recordar las causas que determinaron el movimiento, los estímulos que actuaron sobre la conciencia. En nación alguna brotó con tal vigor el socialismo. Después de la "Gilde" de Lovaina, había que ver el "Vooruit" de Gante.

Llegué á Gante de noche. Apenas clareó el día y brilló un sol de victoria, un sol para Carlos V—antes de visitar la catedral, el Municipio, el ceñudo castillo de los Condes, los típicos "Beguinages" ó Beaterios—me dirigí á un vulgar edificio en reconstrucción, cercado de andamios: la Cooperativa colectivista ó "Vooruit".

Nadie me acompañaba. La casualidad quiso que los socialistas intelectuales para quienes llevé cartas, anduviesen de viaje de vacaciones. No pude, pues, seguir el consejo de los Benedictinos de Maredsus, que con su habitual es-

de 10.000 miembros. Después han aumentado considerablemente: sólo en la Flandes oriental se cuentan hoy 190 "Gildes". Reconociendo que estas "Gildes" y "Boerenbonden" se han hecho contra el colectivismo socialista; dando á entender lo que yo resumiré en una sola frase en mi conversación con el inolvidable Obispo de Lieja "Aquí la manteca es católica, y socialista la remolacha"; confesando que en el campo no hallan favorable acogida los principios de la revolución agraria, Vandervelde no puede menos de ensalzar la obra de las cooperativas, los beneficios que se las deben, el impulso que han comunicado á la vida rural, hasta en las Ardenas, el trozo de tierra belga bravío y estacionario. Y otra frase de Vandervelde se me aparecía sobre la página blanca: "Las corporaciones cristianas vacunan al aldeano contra el socialismo, inoculándole un poco de virus socialista".

XI

GANTE.—RELÁMPAGO ROJO

A Sanz y Escarín.

No se comprendería lo que llevo dicho de la acción social católica en el país belga, á no recordar las causas que determinaron el movimiento, los estímulos que actuaron sobre la conciencia. En nación alguna brotó con tal vigor el socialismo. Después de la "Gilde" de Lovaina, había que ver el "Vooruit" de Gante.

Llegué á Gante de noche. Apenas clareó el día y brilló un sol de victoria, un sol para Carlos V—antes de visitar la catedral, el Municipio, el ceñudo castillo de los Condes, los típicos "Beguinages" ó Beaterios—me dirigí á un vulgar edificio en reconstrucción, cercado de andamios: la Cooperativa colectivista ó "Vooruit".

Nadie me acompañaba. La casualidad quiso que los socialistas intelectuales para quienes llevé cartas, anduviesen de viaje de vacaciones. No pude, pues, seguir el consejo de los Benedictinos de Maredsus, que con su habitual es-

píritu de transigencia me habían dicho: "Vea usted á los colectivistas. Hay que oír á todos. Eso es la indagatoria."

La plaza donde se me aparece en forma tangible la organización socialista es aquella célebre del "Viernes", en la cual, hacia fines de la Edad Media, se organizaba la democracia gantesa, briosa y levantisca, y la voz de Jácome de Artevelde electrizaba á las masas y congregaba una hueste de herreros y tejedores dispuestos á seguirle y reivindicar sus franquicias. La estatua del tribuno domina la plaza; su mano extendida aún parece convocar á los compañeros de la lanzadera y el martillo. Aquí, más que en otra parte, tiene su asiento la casa roja: aquí la tradición se abraza á la revolución.

Ante el edificio que reconstruyen, grupos de albañiles sentados en la acera descansando de su primera faena matinal, charlando y comiendo un bocadillo, señalan sonrientes á la obra, como si dijese: "es nuestra". Entro en los almacenes cooperativos. Son—en humilde y barato—reproducción de los grandes Almacenes de París. La modesta coquetería de las obreras encuentra en ellos todo el "tralalá" de la moda. Hay bajos con encajes, corsés con moños, calzado curvo, sombreros de botánica; pero abunda lo fuerte y feo, las prendas de abrigo, las indianas oscuras. Ocupan los Almacenes el piso bajo; arriba tienen sus oficinas la Caja de Ahorros y el Banco popular.

Dentro de la evolución del socialismo belga,

algo especial representa esta Cooperativa. Gante es la cuna del socialismo, el primer bastión que izó bandera roja, y no hay barrio del viejo "guante" del emperador donde, como lengua de incendio, no ondee los días festivos esa bandera. Los precursores del socialismo belga son tejedores ganteses, progenie de los que acudían al llamamiento de Artevelde en el siglo XIV. Asociados desde 1857, se adhirieron á la Internacional y más tarde fundaron el "Voorruit", raíz de la federación. La tela de las primeras huelgas, de las cuales apenas se hizo caso, fue obra de los tejedores ganteses; ¡vaya una tela ancha! Bajo las tablas del piso de un bodegón de Gante estuvo oculto el primer fondo de resistencia, unos setecientos francos, que la policía descubrió y decomisó. Los huelguistas, no obstante, triunfaron. De allí salió la "Federación de los obreros ganteses", primera asociación no gremial, sino general, que la clase constituyó en Bélgica. Hasta 1867 y la Internacional, el reguero de pólvora de Gante no se extiende al resto de la nación.

En cambio, desde 1869 ya las cajas de resistencia pululan—la frase es de un colectivista—como en sombrío matorral los hongos. La disolución de la Internacional, el desastre de la Commune de París, las disensiones entre marxistas y anarquistas, retrasan el desarrollo del colectivismo belga, el cual, por fin, adopta su símbolo de Nicea bajo la designación conciliadora de "partido obrero", é inicia dos campañas á cual más fértil en resultados: la agitación

en favor del S. U. (sufragio universal) y la organización cooperativa.

Fijémonos bien: el sufragio universal, que aquí se nos cayó en la boca, verde y duro, una mañana, y nos era tan imprescindible que lo transformamos en el encasillado; el sufragio universal, digo, esa libertad escrita, especie de doña Blanca de Navarra, que se pudre en la sombría torre de Gobernación sin que su esposo, el pueblo, se acuerde de visitarla nunca, es desde hace veinte y pico de años la aspiración incumplida de un país infinitamente más adelantado que nosotros. El partido obrero belga, al reclamar el S. U. (contra la corriente de los anarquistas, muy antiparlamentarios), se anticipa á reconocer que el S. U. no debe concedérseles sin la base de la capacidad. El analfabeto, el falto de instrucción, no puede votar, y en Bélgica todavía muchos ciudadanos carecen de instrucción primaria. Doble campaña, por consiguiente: á votar los capaces, á procurar que aprendan todos. Y los socialistas trabajan por la enseñanza, antesala del voto.

Los católicos, en vez de alejar sistemáticamente á los socialistas del Parlamento, les abrieron la puerta. El desventurado ministro Nyssens (que puso á su vida trágico fin estando en Bruselas) fue quien proporcionó un triunfo á la democracia revisando el voto censitario y convirtiéndolo en plural. Y ahora, en este instante —tiemblen las esferas— son los católicos los que tratan de conceder el voto á las mujeres. ¡A las mujeres! ¿Lo han oído ustedes bien?

Al rumor de la marea socialista despertaron los poderes públicos, y no despertaron sólo ellos, que no sería bastante, sino las fuerzas colectivas que mantienen la organización social. El socialismo tenía ya invadidas las regiones industriales: el esfuerzo católico se concentró, como sabemos, en los agrícolas.

Una impresión extraña me acompañó durante mi viaje belga, y voy á apuntarla aquí. Sin duda por la tendencia del artista á transformar las ideas en imágenes sensibles, á aquel país superficialmente tan pacífico lo veía en guerra; en cuanto me rodeaba parecíame olfatear y respirar la lucha: árboles, sembrados, chimeneas de fábricas, galerías de minas, hasta el suelo, estremecido por el duro talón de los combatientes. Hay naciones militaristas donde se masca la modorra de la paz. En Bélgica, que apenas tiene ejército y aspira á tener menos, la pugna enciende el aire. Porque la guerra, quién lo negará, es ley de la vida: mas la profunda guerra moderna ya no se hace con ejércitos, y un escritor colectivista dice donosamente que, gracias á las Cooperativas, los socialistas pueden bombardear á sus adversarios con sacos de patatas y panecillos.

Las dos corrientes de la opinión en Bélgica empezaron irreflexivamente fiando el suceso á la violencia; los socialistas, perseguidos, encarcelados, disueltos á balazos, dieron en quemar fábricas y cometer desmanes. Pronto se comprendió que por ahí no se iba al olimpo. Hoy podrán ocurrir colisiones, represiones exagera-

das, pero ya no son sistema, ó son sistema des-acreditado (1). Distintas armas y más reñida la lid. Los soldados no visten uniforme ni entienden el litigio como lo entendía San Pedro al rebanar la oreja de Malco...

Contra la inmensa mutualidad católica, los colectivistas han hecho prodigios. Han previsto hasta las pensiones de retiro de los obreros que cumplen sesenta años. Las farmacias, las panaderías populares, han conjurado el espectro de la enfermedad que arruina y el del hambre que genera la enfermedad. Las Cooperativas facilitan todo, el sustento, la enseñanza, el recreo. Alguna se ha construido un palacio que vale millones de francos, y la Caja de Ahorros—institución oficial—adelanta á los socialistas dinero para el edificio. Aquí, en Gante, los obreros se han permitido el lujo de adquirir en el barrio más aristocrático, el local para su "Sala de fiestas", que una Sociedad burguesa ya abandonaba por caro. La vida del obrero se ha embellecido, su condición es más llevadera y dichosa: ahí tenéis una guerra cuyos resultados son el mejoramiento de la raza, la disminución de la tristeza y del infortunio, concurriendo á este fin, con igual perseverancia, las dos partes beligerantes. Ventaja para la patria y ventaja para la humanidad.

Las Cooperativas socialistas son centros de propaganda y cajas de resistencia en caso de paro; reparten folletos á millones (lo cual sería

(1) A la hora en que esto escribo ha vuelto á encenderse la lucha.

inútil donde el pueblo ni quiere ni sabe leer); trabajan el artículo "mantequerías modelo", á fin de llegar á tener "vacas rojas" (ya recordarán los lectores que en Bélgica la manteca es católica y la remolacha socialista), y confían más en el esfuerzo económico que en el político y electoral, á pesar de la campaña del sufragio, á la cual llevan ya un contingente de quinientos mil votos. Sin duda entre los colectivistas belgas dominan los elementos republicanos; no obstante, habría que decir que muchos católicos no son monárquicos entusiastas, y la cuestión de forma de gobierno para unos y otros es adjetiva, subordinada siempre á la de reformas sociales. ¿Cómo sienten los belgas de su monarca? En dos palabras puede resumirse.

Leopoldo II, que cuenta sesenta y siete años de edad y de reinado treinta y seis, es mirado con indiferencia, que fácilmente se trocaría en desvío. Él paga en la misma moneda y reside en Bélgica lo menos que puede: como el "Cristián" de "Los reyes en el destierro", siente la nostalgia del gozoso Paris y allá vuela con cualquier pretexto, y mejor—una de las quejas de los católicos—si está cerca la Pascua florida y es tiempo de cumplir las prácticas religiosas. La apreciación de los actos de los soberanos varía mucho, justo es decirlo, según el estado de la opinión, influida por los fenómenos sociales, y en Bélgica se juzga con bastante severidad lo que en otra nación acaso se calificase de humorada y lo que los italianos, benévolo, encontraron gracioso en el "galantuomo" Víctor Manuel.

Reconocen los belgas en su monarca clarísima inteligencia y aptitud comercial sorprendente. Cuando le ofrecieron la soberanía "absoluta" del Estado del Congo (Leopoldo II ofrece la anomalía de ser á la vez monarca constitucional y absoluto, lo primero en Bélgica, lo segundo en Africa, y esto sugiere reflexiones), ningún político olfateó la mina de oro que con tal proposición se abría. El rey, desde el primer momento, quiso aceptar; y habiendo aceptado, bajo su responsabilidad personalísima, emprendió negocios en la tierra negra, y cuéntase que es fabuloso el rendimiento que saca. Poco amiga de aventuras coloniales, Bélgica se inclina á rehusar el legado de Leopoldo, que desea dejarle el Congo en testamento; y los socialistas, con su tenaz oposición al aumento de fuerza armada, son el principal obstáculo... Es verdad que tampoco "los otros" verían complacidos que se gastase en fantasías africanas el presupuesto nacional, pues aquí rige una ley singularísima: los adversarios suelen querer "lo mismo"—aunque "no para lo mismo".

XII

EL DESCANSO DOMINICAL

A D. Antonio Maura.

Debo este artículo á los dependientes de comercio, porque es deuda lo prometido, y ningún sitio más indicado para pagar que Bélgica, donde al franquear el manuscrito de mis artículos leo bajo los sellos la clásica fórmula: "Niet bestellen op zondag.—Ne pas livrer le dimanche". (No entregar en domingo.)

No seré yo quien arranque del sello el letrero. Muy contadas son las personas que, en atención á la necesidad de que llegue pronto su correspondencia, lo arrancan. Gracias á la ingeniosa idea del letrero, los carteros de Bélgica ven aminorarse un día á la semana su penoso trabajo.

Tiene el Estado obligación de servir el correo el domingo como los demás días; tiene el cartero el deber de repartir el domingo, pero el público puede excusarle sólo con dejar adherido el letrero al sello que pega. A ver si algún diputado de nuestro país propone en las Cortes

esta reformita. Como el letrado se coloque al pie de los sellos, no lo quita ningún compatriota mío; en primer lugar, por bondad, pues no somos perversos de corazón; en segundo (favor con disfavor), por no molestarse, por no ejecutar al día un movimiento más. El arte de renunciar derechos debiera enseñarse como gimnasia moral, acompañado del arte de conocerlos, ejercitarlos y defenderlos con uñas y dientes. Renunciarlos en favor del que está abrumado; hacer una pequeña concesión para producir un bien incalculable... repito que sería enseñanza utilísima. Representantes de la Nación, ministros de la Corona... dadles, en Navidades, este aguinaldo á los carteros. "¡No entregar en domingo!" (1).

Habréis oído—hemos oído todos—que en Inglaterra, y generalmente en los países protestantes, el domingo se observa y guarda con estricta severidad. Hacíase de esto argumento contra la religiosidad de los países católicos, donde el domingo apenas se respetaba. La de-

(1) Este capítulo se escribió en Septiembre. En Febrero recibí un prospecto de la «Liga para el fomento del descanso dominical», en el cual me incluyen unos cuantos sellos que llevan una golondrina y el letrero «No repartir en domingo». El prospecto advierte que «no siendo práctico de momento pedir á los poderes públicos que se fabriquen los sellos en la forma que es ya usual en Bélgica (¡por qué no sería práctico? lo ignoro), se ruega á todos los asociados á la Liga se sirvan poner en sus cartas el sello de la Liga, que se reparte á los asociados».

Aun cuando yo creo menos práctico, por las razones arriba apuntadas, lo del sello suelto, me avendría á ello si supiese cómo dirigirme á la Liga. Por desgracia, el prospecto impreso que recibí ni trae dirección ni firma, de modo que no me es fácil expresar mi adhesión.

coración ha cambiado. En Londres ya se quebranta el reposo dominical; en Francia y Bélgica á cada paso se guarda más escrupulosamente. París, en domingo, recuerda á Londres. El hecho pide explicación.

Decíame un religioso de Maredsus: «El socialismo nos ha sido provechoso, recordándonos nuestra misión y las enseñanzas de Cristo.» La observancia, cada vez más rigurosa, del domingo, en las naciones católicas, de diez años acá, confirma la aserción del benedictino. No se producen fenómenos sociales sin causa. He observado que París está, en este respecto, desconocido: el domingo no se abren las tiendas, cerradas siempre á las siete en punto y el sábado á las seis: es imposición socialista. Una directora de sección del «Bon Marché» insistía en repetírmelo: «Imposible hallar operario que vele; ya no se vela. Imposible hallar operaria que venga el domingo, ni por favor, ni para sacarnos del mayor ahogo.»

El tiendeo á boca de noche, característico de Madrid; el ir á comprar justamente cuando los dependientes están rendidos y disimulan con forzada sonrisa el agotamiento, la fatiga, las ganas de plegar los géneros y marcharse, no cabe en París. Yo confieso que he incurrido en lo que censuro; ¡yo he ido de tiendas en Madrid á las nueve! Soy como los demás, y por eso no digo «enmendaos», sino «enmendémonos».

Uno de los resultados beneficiosos de que se cierren pronto tiendas y oficinas y de que se acabe pronto la jornada, es que se vive más

al campo á pasar el día cuando hay corrida de toros. Ahí tenéis un ejemplo de humanificación del domingo. La propaganda contra la ginebra, el juego, el Carnaval, es activísima en los socialistas belgas, y en esto ¿qué disentimientos van á surgir entre ellos y los católicos? Frecuentemente, en esas semi-alucinaciones que basta una taza de café fuerte para producir, he creído ver el suelo belga rayado por dos surcos, uno rojo, otro azul, que parten de la frontera desde extremos opuestos, y, sinuosos, pareciendo que se desvían, llegan por fin á juntarse. La dirección de ambos surcos converge fatalmente. Son el catolicismo social y el socialismo. Van derechos á la entraña y en el calor de sus pliegues habrán de reunirse.

Si he de decir la verdad, nunca me causó ilusión aquel domingo inglés, pietista, en que se cerraban los Museos y los pianos. Pertenezco á mi raza; partidaria del reposo dominical, no lo soy de la mortificación y aburrimento, contrarios á la plácida idea del reposo. Reposar es hacer bien á los demás ó á sí mismo, porque la "autocaridad" la recomienda la Escritura, y los goces de la inteligencia, del arte, del juego físico, la sociabilidad, caen en domingo como anillo al dedo. Nuestro domingo latino, ¿á santo de qué va á ser mal engestado y tedioso? No; sea regocijado, dulce, verdadero paréntesis á los cuidados y las labores de la semana. Brutal y crapuloso, nunca; porque entonces, lejos de restaurar las fuerzas para el trabajo del lunes, las agota.

Respeten los patronos la santidad del domingo, y aun hagan concesiones la tarde del sábado; pero sean inexorables con "San Lunes", y en general con todas las fiestas postizas. Fiestas postizas llamo á las que inventan los holgazanes. En mi aldea son numerosísimas. Unas veces toma por cómplice la haraganería á verdaderos santos de la corte celestial, que la Iglesia conmemora sin precepto; otras inventa santos indocumentados, como "San Pedro de Ois", y allá va la romería. El pueblo madrileño prolonga seis ú ocho días la juerga de San Isidro... y ya sabemos que no es precisamente "humanificarse" lo que se hace en la pradera. La justa campaña del reposo dominical no tiene peores enemigos que los falsificadores de fiestas, más papistas que el Papa, que suelen obstinarse en seguir "guardando" á su manera fiestas ha mucho suprimidas por la Santa Sede.

Esta misma benignidad de la Iglesia, que redujo el número de días festivos en atención á los nuevos tiempos, al desarrollo de la industria, al aumento del trabajo, á sus exigencias (se tienen tan en cuenta, que yo he visto en Cataluña fábricas como la de tejidos de Güell, de patrono muy católico, autorizada competentemente para no apagar sus calderas nunca); esta benignidad, digo, refuerza, para los católicos, la obligación de respetar estrictamente el descanso dominical. "N'achetez pas le dimanche!" Cuando nadie compre en domingo; cuando las amas de casa piensen en surtirse el sábado por la tarde, los dependientes podrán

disfrutar de un descanso á que moralmente tienen pleno derecho, cualquiera que sea la estipulación y el contrato con sus patronos. Señoras, un poco de previsión y de orden. ¡No compremos los domingos!

Y ahora reparo que estoy emborronando los presentes renglones la tarde de un domingo, en lugar de salir por ahí á "humanificarme," en un Museo... Verdad que ésta no es obra servil.

XIII

GANTE.—EL CORDERO MÍSTICO

A Joaquín Sorolla.

A un lado preocupaciones económicas y sociales. Hay horas y días en que eso reviste amarillez de estepa, por la cual avanza, arrastrándose, un hormiguero de millones de hormigas. Otras regiones me llaman; necesito descansar en el ensueño; mi romántico individualismo me asalta, sugiriéndome el convencimiento repentino, terrible, de la diferencia del valor de hombre á hombre, de la impotencia de las multitudes para escalar ciertas misteriosas cimas accesibles al individuo. El arte, lo supremo, lo excelso, lo digno del hombre... el arte es creación del individuo, del "único". Y acaso (hondo problema) no sólo es el "único" quien lo realiza, sino quien lo paladea y gusta. Para la muchedumbre no existe. En una iglesia de Gante acabo de tocar con las manos esta verdad.

De propósito había estado retrasando la visita á lo que en Gante más me preocupaba. Al llegar á verlo no sólo dejaba atrás el "Vooruit",

disfrutar de un descanso á que moralmente tienen pleno derecho, cualquiera que sea la estipulación y el contrato con sus patronos. Señoras, un poco de previsión y de orden. ¡No compremos los domingos!

Y ahora reparo que estoy emborronando los presentes renglones la tarde de un domingo, en lugar de salir por ahí á "humanificarme," en un Museo... Verdad que ésta no es obra servil.

XIII

GANTE.—EL CORDERO MÍSTICO

A Joaquín Sorolla.

A un lado preocupaciones económicas y sociales. Hay horas y días en que eso reviste amarillez de estepa, por la cual avanza, arrastrándose, un hormiguero de millones de hormigas. Otras regiones me llaman; necesito descansar en el ensueño; mi romántico individualismo me asalta, sugiriéndome el convencimiento repentino, terrible, de la diferencia del valor de hombre á hombre, de la impotencia de las multitudes para escalar ciertas misteriosas cimas accesibles al individuo. El arte, lo supremo, lo excelso, lo digno del hombre... el arte es creación del individuo, del "único". Y acaso (hondo problema) no sólo es el "único" quien lo realiza, sino quien lo paladea y gusta. Para la muchedumbre no existe. En una iglesia de Gante acabo de tocar con las manos esta verdad.

De propósito había estado retrasando la visita á lo que en Gante más me preocupaba. Al llegar á verlo no sólo dejaba atrás el "Vooruit",

sino—como contraste—el “Beaterio chico”, en la calle de las Violetas: curioso fósil, impresión extraña de calma y de perpetuidad, una taza de plata repujada, antigua, muy limpia, sobre una servilleta de encaje; y por supuesto, el Hotel de Ville, y el Museo, y el Castillo de los Condes, y el “Café de la horca”, y á “Margarita la rabiosa”, y la Universidad, y el templo flamante de Nuestra Señora de Lourdes, y el Canal, y en suma, cuanto un viajero que se respeta tiene forzosamente que recorrer en todo pueblo... Cumplido el deber, me dirigí á la Catedral, San Bavón, uno de los edificios gótico-flamígeros que en esta tierra abundan.

Un grupo de turistas esperaba ya que el sacristán abriese las capillas para recorrerlas. Componían el grupo una pareja seca y entrada en años, con varios vástagos del sexo femenino; un inglés alto y frío; tres franceses expansivos y bulliciosos, y un barbirrojo desaliñado, que sería pasante de colegio, ayo ó cosa así, acompañante de dos jovencillos imberbes, muy pulcros, muy parecidos. Era el sacristán, que acudió por fin con su manójo de llaves, de éstos que explican, en voz nasal, la historia abreviada de cada objeto de arte, y tienen establecido orden invariable para recorrer la iglesia. Quieras que no, seguí al grupo, el cual seguía dócilmente al sacristán, y tuve que tragar dos cuadros de Gaspar de Crayer, pálido artista de un período de agotamiento, un Porbus el viejo, donde asoman las cabezas de Carlos V, Felipe II y el Duque de Alba, y hasta un Van der

Meyr... Llegamos por fin á la capilla sexta: Abren el tríptico que forma retablo en el altar, y allí echan raíces mis pies. Estoy ante el “Cordero místico”.

Cuando es uno español y conoce el Museo del Prado, los Velázquez; cuando ha recorrido mil veces el del Louvre; cuando ha visto los Murillos de Sevilla; cuando recuerda los “Uffizi” de Florencia; cuando acaba de contemplar en el Haya lá “Lección de anatomía” de Rembrandt y el “Toro” de Pablo Potter, y en Amberes algunas páginas de Rubens, ya no cree que la pintura le reserve grandes sorpresas. En efecto, después del “Toro”, nada nos mostrarán que sea más igual á la “vida” en el sentido fisiológico; después de la “Lección de anatomía”, ese plagio genial (en cuanto al asunto), nada hallaremos que represente con tal energía plástica y lumínica una idea: el advenimiento de la ciencia positiva y su influjo en los destinos de la humanidad... (1) En su género, estas dos obras maestras no cabe que sean superadas, como no lo serán, ciertamente, “Las hilanderas” de Velázquez, el “Retrato rojo” de Rafael, “La comunión de San Francisco” de Rubens y la “Fiesta galante” de Watteau. He dicho en su género... Lo del “género” me conduciría á una larga disertación de estética. La sola enumeración de cuatro obras maestras que acabo de hacer basta para que se comprenda la distancia incal-

(1) Yo prefiero la *Lección* á la *Ronda nocturna*. Si tuviese tiempo, alegraría mis razones.

culable que las separa; de cuán diferente ideal nacieron.

Yo estimo en la pintura lo que en mí causa. La crítica de taller, que ningún literato hace á gusto de los pintores, pero que siempre deslumbrá á los profanos; la definición técnica de tonalidades, luces, claro obscuro, pastas, esencias, pinceladas, ajustes, que á sangre fría cualquiera emprende—no se me ocurre, ni guarda relación con lo que experimento ante una obra maestra.

Ese análisis vendrá luego. Acaso alguien lo realice á primera vista: es la involuntaria apreciación del experto ó del chalan. Yo percibo la obra de un modo sintético; la siento en mí entera, avasalladora. Realmente ¿qué es el arte sino condensación de nuestra sensibilidad? ¿Se concibe el arte como algo perfecto fuera de y sobre nosotros? ¿Para quién se haría el arte entonces?

Estoy ante el "Cordero místico". Los autores de este tríptico, de vastas proporciones, los hermanos Van Eyck, aparecen tan cerca del mantual, en los orígenes de la pintura, que una leyenda les atribuye la invención del procedimiento al óleo.

La Edad Media que va á desaparecer—los Van Eyck son de la primera mitad del siglo xv—lega al Renacimiento, por medio de esos dos hermanos, la fórmula de un arte, y con razón puede decir un crítico eminente refiriéndose á ellos: "En veinte años, gracias á los Van Eyck, cuanto había que hacer se hizo. Piedra angular

de la pintura debe considerarse este tríptico de San Bavón, comenzado por Humberto y terminado por Juan Van Eyck." Y ved el signo característico del arte ¿para qué necesita la obra lenta del tiempo; para qué los tanteos penosos, la marcha á tropezones, en tinieblas, que exige el descubrimiento ó el adelanto científico? Este tríptico del siglo xv, este primer vuelo caudal de la pintura al óleo, llega á lo más alto. Nadie superará á los dos artistas flamencos; nadie, en cierto respecto, les igualará siquiera.

Los Van Eyck llegan después del florecimiento "enorme y delicado", como diría Verlaine, del siglo xiii, después del agitado y sangriento crepúsculo del xiv; cuando ya las gestas guardan silencio, cantaron los poetas místicos franciscanos, y se alzó con magnificencia de catedral la "Divina Comedia"; cuando la exquisita mano de los iluminadores misalistas ha sembrado sobre la vitela las flores del jardín del alma; cuando la escolástica ha cincelado y afiligranado el dogma. En los Van Eyck se cumple la fusión de ese arte prolijo, refinado hasta el bizantinismo, muy aristocrático, con otra corriente aún insensible y que ya no cesa de fluir derivando hasta llegar al naturalismo de Rubens y Jordaens, al realismo holandés. ¿Quién dirá que esa fatal derivación fue un "progreso"; quién preferirá, á no ser por antojo del gusto, la impresión causada por el pintor contemporáneo de Carlos V, á la que producen los contemporáneos de Carlos el Temerario?

Ah, el "Cordero místico"... Habría que verlo

de rodillas. Aunque el tríptico entero—en lo que conserva de original—puede interesar, me refiero sobre todo al tablero central, de la mano de Juan Van Eyck. Las dos figuras simiescas—que por otra parte son copias—de Adán y Eva, no parece sino que están allí para expresar cuánto va de la tierra al cielo. Y ni el imperial Padre Eterno ó Cristo glorioso, con sus joyas y brocados; ni la deliciosa Virgen de céruleo ropaje; ni el bello San Juan Bautista; ni la orquesta de ángeles—que recuerda la del tríptico de Nájera, atribuido á Memling;—en suma, ninguno de los demás tableros existe para mí cuando tengo presente el cuadro de lo inefable, el Cordero, la divina perspectiva eucarística, la magia indescriptible, suave y arrebatadora, del Misterio de la Sangre.

Ya no es el fondo de oro de los bizantinos. La escena se desarrolla sobre un campo jamás hollado, cubierto de una vegetación primaveral, que el artista reprodujo tallo por tallo y salpicó de innumerables florecillas, abiertas con gracia juvenil y como impregnadas de rocío puro.

En último término, dejando entrever las torres y murallas de la Jerusalem celeste, bosquetes de rosales, mirtos y naranjos en flor: una naturaleza igual á la verdadera (este cuadro anuncia ya á los grandes paisajistas flamencos), pero sorprendida en la hora mística de su comunión con lo sobrenatural, cuando la acaricia el soplo del espíritu. Salen de los bosquetes dos teorías de figuras ejecutadas con minucioso detalle: á la izquierda, los mártires; á la derecha,

las vírgenes, con ropajes azules, rosados, como bañados por reflejos del éter y de la aurora. En primer término, vestidos á la usanza del tiempo, lujosamente, los Profetas, los Patriarcas, los personajes del Antiguo Testamento, los Apóstoles, los Papas, los Obispos, los monjes, los defensores de Cristo, emperadores y monarcas, los solitarios y peregrinos, guiados por San Cristobal. Alrededor, una milicia angélica, dando guardia á la "Fuente de la vida", claro surtidor que cae en pilón de mármol, y sobre un altar guarnecido de púrpura, en el centro de la composición, el blanco inmaculado Cordero, de cuya herida mana el licor prodigioso que ha de colmar el santo Grial y embriagar á las generaciones.

Es, en breve espacio, la revelación y la redención; es la Iglesia toda, la militante y la triunfante; es teología pintada, y, como advierte un escritor francés, Emilio Montegut, misticismo celeste, sin mezcla de pasión humana, sin ese elemento dramático que se nota hasta en las castas Anunciaciones... ¡Y qué factura la del cuadro! ¡Qué expresión y verdad en la más insignificante figurita, qué respeto, qué unción, qué amor descubren! ¿Cabe superar á Van Eyck? ¿Le superarán los que le sigan? Pregunta con razón Montegut: ¿Dónde están los progresos del arte? ¿No se reducen al charlatanismo, al efectismo, para sorprender y cautivar?

El licor del Cordero cae en un ánfora de labor maravillosa. Después de mirar este cuadro noto

una especie de repulsión contra los torsos y las musculaturas de Rubens, contra la carne brutal; y el mismo recuerdo de Velázquez es "tierra", tierra roja y de la de Castilla.

Sentada frente al cuadro, desoigo la voz del sacristán, que nos avisa para concluir la *tour-née*. El grupo que me rodea, sin objeción, se pone en movimiento; han consagrado al "Cordero místico" igual mirada inerte, han pronunciado iguales palabras, han hecho idénticas preguntas que si se tratase de un Crayer. Lo que más ha parecido interesar á estos "Philister" son las vicisitudes materiales del tríptico (y eso que el sacristán se las refiere en abreviatura); las ganas que se le pasaron á Felipe II de apropiárselo, que siendo como era dueño del orbe, no entiendo por qué no las satisfizo; los peligros que corrió de arder ó hacerse astillas; el cómo lo arrumbaron, porque el emperador José II se escandalizaba de la desnudez de Adán y Eva; el cómo fue llevado á París y escondidos los tableros laterales; el milagro de que pueda conservarse aún algo de la concepción de los Van Eyck...

Sólo aquel desaliñado barbirrojo no se mueve: su cara juanetuda y tosca se ilumina de estática satisfacción al ver que yo sigo quieta, resuelta á no marcharme sin llevarme el cuadro fijo en la memoria. Me mira, y murmura en flamenco una frase de complicidad. "Vengan ustedes"—repite el sacristán,—"les falta ver un Crayer, y el "San Bavón" de Rubens..." Ni por esas. Allí inmóviles ambos entusiastas; y

cuando por último nos resignamos á despedirnos del "Cordero", con unánime impulso, en diferentes idiomas, los dos manifestamos al sacristán que renunciábamos generosamente á ver lo demás que en la Catedral enseñan.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

PROVINCIANOS FRANCESES

I

UN SARAO

Al volver á Francia después de tiempo se experimenta una impresión singular: creemos que hemos salido de allí la víspera, porque lo encontramos todo exactamente como lo dejamos al partir. Francia, en lo referente á costumbres, se diría que se ha estacionado: desde la caída del Imperio, está amanerada. El gran movimiento ascensional que emprendió hace dos siglos no prosigue: la nación adquirió hábitos, una rutina, y de ahí no sale, ó al menos el viajero no nota que salga, por lo cual debe suponer que Francia es ya como esas acartonadas vejezuelas, por las cuales, según suele decirse, *no pasa un día*.

En demostración de lo que afirmo me fijaré en una cosa bien típica de Francia, en que el resto del continente la toma por modelo: las fondas, antaño tan celebradas, para los extranjeros tan atractivas.

No satisface ya la fonda francesa, por lo general (entiéndase que no me fijo en excepciones), las exigencias legítimas de la comodidad y del adelanto. Obstínanse los fondistas, por ejemplo, en escatimar la luz eléctrica, en no llevarla á las habitaciones y en seguir condenándonos al régimen de la apesosa pajueta de azufre—porque tampoco las cerillas han conseguido triunfar de semejante porquería—y de la bujía más ó menos esteárica, que equivale á las tinieblas. Con la bujía ni se puede escribir, ni hacer *toilette*, ni cosa alguna. Y es indudable que la resistencia de los fondistas franceses á la luz eléctrica en las habitaciones no reconoce otra causa sino la socaliña que usan de cobrar aparte la luz y poner por cada bujía un franco. Si se resolviesen á *desamanerarse*, ese franco lo cargarían al total del precio de la habitación, y no nos tendrían á obscuras y tropezando con los muebles cuando volvemos de la calle, mientras buscamos á tientas la pajueta. Nos molestan, nos irritan al contarnos tan cara una luz que no alumbra, y todo por no decir de una vez: "El cuarto valía diez pesetas: ahora valdrá diez y media, once, pero lo alumbraremos como Dios manda."

Cuando se ve que en Vizcaya, en aldeitas ó pueblos del fuste de Guernica y Galdácano, lucen espléndida iluminación eléctrica las casas más humildes, y se llega en Burdeos al *Hotel de France*, el mejor de la capital, donde se aloja S. A. la duquesa de Montpensier, y se atufa uno las narices con el vaho de la pajueta... dan

ganas de repetir que en esto del progreso material el que se detiene se retrasa, y el que se retrasa se queda tan anticuado como las señoras que se visten de diez modas hace.

Anticuados están aquí en Burdeos los hoteles por otros muchos conceptos. La comida, reducida á veintitantos platos que turnan, es de una monotonía insufrible: han aprendido unos guisos pronto, y los ejecutan al desdén; cuecen la carne toda junta para hacer ese *consommé* que parece el agua en que remojan la suela los zapateros, y después, sobre aquella vianda desabrida, extienden una salsa chocolate, amarillenta ó color rosa, y tan campantes. Al que vaya á fondas así, le recomiendo que se atenga á los *beefsteacks* y huya de salserías y pinques. Cuanto más retumbante sea el nombre en la lista, ¡peor! Huevos pasados y lomo asado; lo demás es farsa.

También la proverbial tacañería de los *hoteles* forma parte de ese amaneramiento á que me he referido. En el *Hotel de France*, de Burdeos, pedí huevos pasados y me trajeron uno, no sin advertirme que el encargar platos *extraordinarios* tenía que pagarse como comida á la lista. Es de advertir que antes de pedir el extraordinario de un huevo, yo había renunciado á dos platos del *menú* oficial. Estuve por contarle al camarero la historia del hidalgo portugués, que llegó á dormir á una posada y dispuso que á cada criado de los que traía le diesen de cena medio huevo.—Les daré uno, señor—contestó el mesonero asombrado.

—Sea, repuso el hidalgo... pero si revientan... acuérdesese que de usted será la culpa.

El amaneramiento se nota en los muebles de las habitaciones (todavía subsisten el eterno reloj de sobremesa, siempre parado, y los reputados candelabros de artístico zinc); en la construcción de las casas, que privadas de maderas en las ventanas, son doblemente frías en invierno y calurosas en verano; en los ferrocarriles, que son de los peores de Europa; en los ómnibus, tan inferiores á nuestros excelentes tranvías; en los teatros, donde se padecen mil molestias; en detalles de esos que no extrañan al pronto, pero que si el paso de los años no los modifica, revelan en un pueblo escasa iniciativa y tendencia á convertir en tradiciones las malas costumbres, cuando la tradición es á modo de harnero en que sólo debe quedar el buen grano, lo hermoso y lo simpático y lo firme de cada civilización y de cada edad.

Tampoco me dió alta idea de las costumbres francesas provincianas, en su aspecto social, una recepción ó sarao del *maire*, á que asistí. Tenía por objeto el sarao agasajar á los miembros de los varios Congresos que se reunieron en Burdeos con motivo de la Exposición, y estaban convidados á ella, como es natural, los funcionarios y la oficialidad de la guarnición bordelesa. Los salones de la Casa Consistorial de Burdeos son vastos y bien decorados; el aparato de la entrada, las plantas y flores que mezcladas con pabellones de banderas tricolor adornaban el vestibulo, la doble fila de guar-

días con reluciente casco y magnífico uniforme, inmóviles como estatuas; la profusión del servicio de helados y bebidas, la iluminación dentro y fuera del palacio, la concurrencia de extranjeros... todo pudo contribuir á que la fiesta fuese digna de un pueblo refinado y culto, como á pesar de estas observaciones mías no ha de negarse que es el francés. Pero cabalmente esa flor de cortesía y de delicadeza que es el último toque de la sociabilidad, faltó en la recepción del señor alcalde. Permitióse entrar en ella—á pesar de las restricciones de la invitación—á una porción de sujetos tan mal trajeados y de traza tan burda, que daba risa verles discurrir atónitos por aquellos salones. Serían gente quizá muy honrada; lo cierto es que no vestían como se viste para asistir á ceremonias tales, pues parecían cargadores y faeneros del muelle. En señoras hallé ejemplares curiosos, de caricatura; y en cuanto al elemento militar, ví no sin extrañeza que los oficiales, en sitio donde había damas y también generales del ejército, sus superiores jerárquicos, hablaban á gritos, empujaban, manoteaban, permanecían con el chacó fijo en la cabeza, lo mismo que si llevasen dentro algún pajarito que se pudiese volar. ¡Ah! ¡cuán difícil es pulir, afinar, prestar barniz á una nación!

Ya sé que no falta quien crea que carecen de importancia estas cuestiones. Los que tal creen están ya á dos dedos de echar al sombrero un tornillo; los que tal creen olvidan que la civilización no es sino una lenta y difícil victoria so-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

N.º 1625 MONTERREY, MEXICO

bre los instintos groseros y anárquicamente egoistas del estado salvaje, y que esas fórmulas de buena educación, repetidas un día y otro, llegan á constituir hábito, ese hábito á transformarse en *carácter*, y el carácter á hacer veces de rectitud y bondad, que no poseen en igual grado todos los individuos. La buena educación es gracia, es dulzura y es también virtud. Decíame un amigo legitimista (como muchos que hay en Burdeos): "Todo lo puede improvisar una república—ejército, marina, instrucción, agricultura, hacienda—todo, menos la sociedad. Ya no tenemos sociedad en Francia."

II

UN CONGRESO

Sólo pude asistir á una sesión del *Congreso de lenguas romances*, el único de que quise formar parte entre los muchos que se reunieron en Burdeos con motivo de la Exposición Universal; pero la sesión fue interesante y el Congreso merece que se le dedique alguna atención.

Como no he de engañar á mis lectores ni aun con buen fin, confesaré que al Congreso apenas acudió gente. Adhesiones hubo unas sesenta ó setenta; concurrentes, unos veintiocho, poquísimos para un Congreso internacional. De las naciones invitadas respondió Rumanía: Portugal, Italia y España no. Yo era el único español asistente al Congreso; y en realidad, no era congresista, era invitada especial que recibía cortés y entera hospitalidad de la *Société philomatique*. El personal del Congreso lo componían franceses, entre los cuales destacaba el ilustre hispanófilo Ernesto Merimée. Y los organizadores del Congreso mismo fue-

ron españoles, como el entusiasta navarro Sargadoy, é hispanófilos como el muy docto Armando Tréverret, que nos presidía con tino y competencia. De todo sabe este profesor francés, y en todo interviene, y todo le agrada en siendo español. Le debemos amistad y gratitud los nacidos aquende el Pirineo.

Las sesiones del Congreso se celebraban en la *Faculté des lettres*, en cuyo vestíbulo el mausoleo de Montaigne—que adorna la estatua yacente y armada de punta en blanco del gran moralista—inspira ideas estudiosas y parece que convida á las elevadas tareas del espíritu. Los congresistas que nos saludábamos cordialmente á la puerta y hablábamos todos á la vez—á fuer de legítimos meridionales—desde que entrábamos en sesión nos poníamos graves y pedíamos la palabra, según la parlamentaria costumbre. Había tres señoras y un sacerdote entre los congresistas: el sacerdote, poeta felibre, semejante hasta en la figura á Mosén Collell.—El día que me tocó en suerte hubimos de examinar una comunicación que nos dirigía el inventor de un nuevo idioma universal, que para construir la algarabía de su cosecha tomó por base el latín, y estropeándolo hizo una jerga, una especie de *lingua franca*, sumamente salada y cómica. Para muestra nos enviaba el Padrenuestro escrito en este idioma especial, y las risas del sacerdote provocaron las de los demás congresistas, porque lo cierto es que no se concibe un Padrenuestro más raro que aquel.

Algunos opinaban que ni se debía discutir el

proyecto; otros creían que sí, y la cosa dió pretexto á una disertación sobre el *volapük* y las reiteradas tentativas de fundación de una lengua con la cual puedan entenderse todos los hombres de cualquier raza y nación. Convini-mos en que no se verá realizado jamás este sueño: en primer lugar, porque la inmensa mayoría de los hombres no sabe ni su propio idioma y carece de capacidad para aprenderse otro de adorno casi; en segundo, porque las diferencias fonéticas, los modos de pronunciar, bastan para hacer ininteligible un idioma en dos países diferentes. Sólo las personas que ya poseen cierto grado de cultura pueden darse el lujo de tener dos lenguas... El comunismo intelectual es acaso el más imposible de los comunismos; es preciso resignarse á que así como infinitos individuos son toda la vida feos, grotescos, enfermizos, malos, antipáticos y viciosos, otros muchísimos han de ser ignorantes, inductos y legos. A bien que para lo que había de servirles á las nueve décimas partes el idioma universal...

Sin transición pasamos á un idioma viejísimo, al más castizo de los romances, hasta en el nombre—el rumano.—Esta pequeña nación, que ha llegado tarde al famoso y no siempre armónico *concerto* de las civilizadas, fue la que mejor respondió á la convocatoria del Congreso filológico. Rumanía tiene empeño en lucirse, y proyecta nada menos que reunir ella otro Congreso latino, celebrar fiestas y convidar á Bukarest á alguna gente de pró, llevándosela

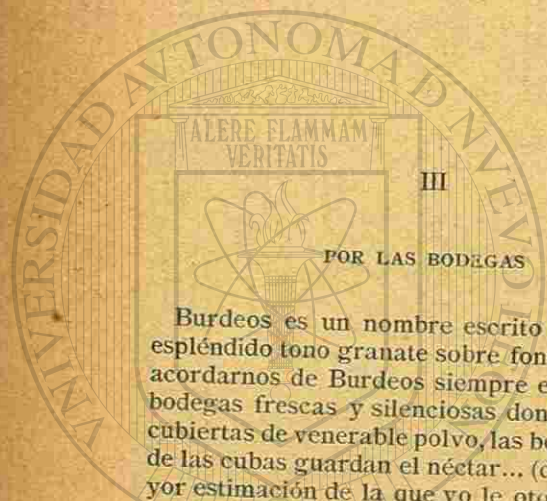
después de excursión á Constantinopla. Nadie ignora la influencia benéfica ejercida en la civilización rumana por la ilustre señora que ocupa el trono; la mejor obra de *Carmen Silva* son sin duda las escuelas, colegios, hospitales, Universidades, clínicas y talleres de que ha sembrado un territorio atrasadísimo aun á mediados de este siglo. Hay mucho de simpático en el afán de la recién venida Rumanía por no desperdiciar ocasión de distinguirse y brillar.

Cuatro rumanos han venido al Congreso. Uno de ellos, profesor, nos leyó una Memoria sobre el estado actual de la literatura en su patria; otro, cuyo apellido es Stevanu, explicó y analizó la lengua rumana, y nos admiró demostrándonos cómo una pequeña colonia de gente latina, perdida entre eslavos y turcos en los confines del bárbaro Principado de Montenegro, sometida hoy á una nación y mañana á otra, conservó inalterable su hermosa y noble lengua, y habla ahora un latín apenas modificado en las desinencias, construyendo frases que casi son latín del más puro.

Cuando al día siguiente di mi conferencia sobre Literatura española contemporánea, ante un público que me alentaba con su religiosa atención y sus aplausos, los rumanos eran sin duda de los que mejor me *seguián*. En estas naciones jóvenes de puro viejas hay una ilusión, un entusiasmo que va extinguiéndose en las otras. Rumanía se ganará sus espuelas de oro. Dios sabe si está reservado á este rezago de la augusta Roma un glorioso porvenir.

No es el Congreso de las lenguas romanas el único que se ha reunido en Burdeos con motivo de la Exposición. A la gira por las viñas del Médoc asistieron más de sesenta miembros de Congresos diferentes. La excursión báquica, que detenidamente contaré, nos permitió cerciorarnos de que las ciencias y las letras inspiran templanza. Se necesita poseer en alto grado esta virtud cardinal para pasarse dos días visitando bodegas y catando añejos vinos (cincuenta y dos clases de ellos nos sirvieron en un almuerzo tan solo) y no marearse. Eramos cerca de ochenta excursionistas, y entre tantos bien podía haber alguno á quien se le subiesen á la cabeza las continuas libaciones. Los bordeleses afirman que con Burdeos no se embriega nadie; que es tan honrada la condición de ese vino, que alegra, fortifica, sostiene y no trastorna el seso. Lo seguro es que en esta ocasión el Burdeos dió pruebas de su excelente indole.

Más que las bodegas—porque soy una *aguada* incorregible—me agradó el lindo castillo de Beychevelle, un tiempo residencia del duque de Epernay. Preguntando el origen del nombre de *Beychevelle*, dijéronme que los barcos que surcaban el Gironda, al pasar ante el castillo del gran almirante de Francia, en señal de respeto y saludando bajaban las velas, y que de *baisse voile* se hizo *Beychevelle* que hoy se pronuncia.



Burdeos es un nombre escrito con tinta de espléndido tono granate sobre fondo verde: al acordarnos de Burdeos siempre evocamos las bodegas frescas y silenciosas donde duermen, cubiertas de venerable polvo, las botellas y donde las cubas guardan el néctar... (digno de mayor estimación de la que yo le otorgo, porque prefiero el agua). Burdeos, en suma, tiene cifrada su gloria, más que en ser patria de Montaigne y Montesquieu, en producir los vinos de mesa más renombrados y exquisitos de todo el orbe, y cualquiera, por poco devoto que sea de Baco, acepta gustoso si le convidan á visitar esas *caves* famosísimas.

La invitación era nada menos que para dos días. Nos ofrecían que por espacio de cuarenta y ocho horas recorreríamos los *chais*, sin otro intervalo sino el indispensable para almorzar, comer y dormir. El tiempo consagrado al sueño sería el único en que no nos rodearían botellas y vasos; por lo demás, en la mesa y fuera de

ella los cosecheros se proponían ahogarnos en olas de lo añejo, declarando que cuanto más bebiéramos mayor sería su satisfacción y gusto. El alojamiento se nos brindaba en los castillos y quintas de los mismos cosecheros. ¡Gran programa para un ferviente adorador del zumo parral!

Parecióme algo excesivo, y juzgué que con unas horas de expansión por los *vignobles*, bastaría para ver el país, enterarse de cómo se guarda el precioso vino, probarlo de algunos de los más ensalzados *crus*, y cerciorarse de que *Chateau Lafite* y *Chateau Margaux* están en el mapa. Dejamos, pues, que se nos adelantase el grueso de los expedicionarios, y la mañana del segundo día, acompañados por el sabio literato Armando de Treverret, catedrático en la facultad de letras de Burdeos y presidente del Congreso de lenguas romanas, salimos, aprovechando un ferrocarril vinatero, hacia la privilegiada comarca del Médoc.

Nos bajamos en Pavillac, y un cochecillo nos llevó, por entre viñedos cultivados lo mismo que jardines, al *Cos d'Estournel*, donde nos aguardaba la primer libación excelente de 1887. La bodega y el castillo dominan amplia extensión de feraz llanura formada por esas *graves* pedregosas, en apariencia infecundas, y donde en realidad se produce el mejor vino. El verdor alegre de los viñedos, donde el racimo aún no negrea, contrasta con el tono de acero del caudaloso Gironda, que corre sesgo y apacible al pie de Pavillac. Esta perspectiva la disfrutamos

encaramándonos por una escalera asaz estrecha al mirador del mal llamado castillo, que es en realidad una vivienda de caprichosa arquitectura, con pabellones chinescos y torres aisladas y pseudo-góticas. He podido convencerme en esta excursión de que en Francia dan el nombre de *chateau* á cualquier cosa; después de recorrer *chateaux* un día entero, no he visto sombra de *castillo*. Quintas muy amenas, sí; los cosecheros viven bien y entre la bodega y la casa sitúan el jardín y el parque.

Del *Cos d'Estournel* resolvimos volvernos á Pavillac, por acudir puntualmente á la hora del banquete, que había de celebrarse á las doce en las Casas Consistoriales. La *Pavillacus* romana es una villita, cabeza del Médoe, y en su *mairie* aguardamos á los demás congresistas, siendo testigos de los afanes que el alcalde monsieur Perier—pariente del presidente de la república que reemplazó á Carnot—se tomaba para arreglar la mesa y acomodar en ella á los sesenta ó setenta convidados que llegarían muy pronto. No tardaron en estallar las formidables bombas, que allí como aquí anuncian las solemnidades en los pueblos, y una cáfila de coches soltó su carga á la puerta de la *mairie*, donde hizo irrupción la alegre tropa de congresistas (no se tome por donde quema esto de *alegre*), que lucía en el pecho ó en el ojal el distintivo del lacito rosa, y nos condecoró inmediatamente con él.

Entre la comitiva había damas, el presidente del comité de la Gironda, el marqués de las Ca-

ses, el ex ministro Yves Guyot, y no pocos cosecheros ricachones, entusiasmados, deseosos de embriagar al Universo.

Para describir el banquete había que robar la pluma á un Flaubert. Nunca tendré ocasión más propicia de reconocer hasta qué punto es fiel la pintura que de las costumbres provincianas trazó el autor de *Madama Bovary*. Las diferencias entre la provincia y la capital en ninguna parte se señalan tanto como en Francia, uno de los países más estacionarios que existen. ¡Cuánto candor, cuánta inocente pedantería en los brindis y discursos! ¡Qué perfume tan arcaico y tan realmente provinciano exhalaban las frases del señor alcalde, persona por todos estilos respetable, de blanco mostacho, farmacéutico de profesión, cuando al dirigirse á las señoras y sobre todo á las señoritas allí presentes hablaba de la *douce faiblesse* que inspira *ce sexe charmant!* ¡Qué de madrigales á los ojos, madrigales sugeridos por la comparación entre los efectos de esos mismos ojos y los del generoso y rancio vino! Y tampoco Yves Guyot se quedaba atrás: en opinión suya, el vino de Burdeos es origen de todas las ideas galantes y de todas las militares proezas.

Mezclando lo dulce á lo útil, allí se habló despacio, entre anacreóntica y madrigal, de enología, de abonos minerales, de la filoxera, de la libertad de comercio y hasta de la importación de caldos españoles. Un químico, viejecito, arrugado, casi exangüe, se irguió con una copa de Saint Stéphe en la mano, para dar á los bodegueros

la desagradable noticia de que el sulfato, en que se gastaban tantos millones, era su mayor enemigo; ¡sí, su mayor enemigo! ¡Un traidor, un canallita hipócrita, el tal sulfato! Y el ex ministro nos sorprendió diciéndonos que al Burdeos sólo le faltaba para ser estimado ser conocido. Todos brindaban, y los vivas resonaban estrepitosos. Yo estaba viendo la famosa escena de los comicios agrícolas, de Flaubert.

No es mi propósito ridiculizar estas costumbres. La apoteosis de lo que enriquece á una comarca es muy natural en los que aprovechan la mina de oro, y yo pagaría mal la hospitalidad y el puesto de honor que se me concedió en el banquete de los cosecheros, si no reconociese que este espíritu local, en apariencia estrecho, es una fuerza y permite á una región engrandecerse, ayudando á engrandecer la patria. No empleo la ironía para describir aquella fiesta típica y curiosa; si algo sentí fue envidia. De estos banquetes deseo muchos para España.

Por otra parte, no sé qué prueba más alta de cultura cabe dar, que resistir al embate de cincuenta y una clases de vinos diferentes, sin que nadie se descomponga, ni á nadie, al levantarse de la mesa, le flaqueen las rodillas ó la lengua se le trabe. Hubo cordialidad y regocijo, y no mareo ni vértigo. Desfilaron, como digo, cincuenta y una marcas selectas: la más reciente, de 1890; la más añeja, de 1864—un *Laucassade Milon*, más fuerte que un toro de Veraguas.

Eran todos los vinos tintos, á excepción del *Chateau Loupdal*, que se sirvió con el pesca-

do, y que se asemeja al Saunterne. El señor alcalde, que estaba á mi lado, se escandalizaba de verme poner trozos de hielo en un *Cos d'Estournel retour de l'Inde*, que se vende á veinte duros botella, y que ganó fortaleza, color y aroma especial con haber pasado el Trópico, y navegado y corrido aventuras. Me guardé muy bien de confesarle al señor alcalde que apenas distingo unos de otros estos vinos, que, á no dudarlo, serán diferentísimos para el inteligente. Aquí convenían catadores tan expertos como los del *Quijote*; sin embargo, no creo que el probar tantos vinos juntos sea el mejor modo de diferenciarlos.

Aseguran los entendidos que no hay un Burdeos igual á otro; que cada cual tiene su carácter, su fisonomía, su sensación propia, hasta su olor peculiarísimo y su matiz más ó menos encendido. No acierto á explicarme por qué ha de haber diferencia tal entre las marcas. El clima, la situación y la elaboración son exactamente idénticos, al parecer.

El banquete terminó á las dos, y hubo en él más discursos que platos y más vino que discursos; nos esperaba ya la fila de coches para visitar otras *caves*, es decir, para empalmar las libaciones del almuerzo con nuevas libaciones y probaturas. Comenzó la procesión, en la cual los que habían sido prudentes y sobrios con exceso por la mañana pudieron atreverse á catar los vinos, y los que habían cargado la mano antes se abstuvieron, dando evidente muestra de cordura. En este terreno jamás elogiaré bas-

tante á los expedicionarios; merecieron las palmas de la templanza y el lauro de la discreción. La sugestión era poderosa. Cuevas sombrías iluminadas sólo por un farolillo, el vaso preparado sobre la cuba, el licor sin tasa, fresco y con todo su perfume..., y no obstante, nadie apuraba el vaso: lo llevaban á los labios, lo elogiaban, bromeaban, lo devolvían...

Cuatro horas duró el viaje báquico. Cada cinco minutos nos bajábamos al pie de algún *chateau*, cuyos dueños, solícitos, nos ponían en inmediata relación con las cubas. El paisaje, lindo, pero uniforme, se extendía en infinita sucesión de viñedos y más viñedos, *graves* y más *graves*. Al fin encontramos algo que ni era bodega, ni cuba, ni vino, ni viña; y fue el precioso *chateau* del duque de Epernon, que tampoco es castillo, según entendemos en España la palabra, pero una bellísima quinta de las que se ven en los países de abanico de Watteau, y en las cuales suceden los lances de las novelas de Octavio Feuillet: una terraza espléndida, con balaustre y esfinges de piedra, y detrás un ideal pabellón Luis XIV; al frente una serie de prados que tienen por horizonte el río; á uno y otro lado de los prados, altas coníferas y estatuas blancas de diosas; enfrente, en primer término, la escalinata de piedra, con vasos por donde trepan enredaderas floridas; más abajo, sobre la fina *pelouse*, el pilón y el surtidor, que asciende jugueteando y cae en aljofarada lluvia...

Agradable fue el regreso, que la bandada de

mosquitos verificamos por el río, en un vaporcito que se deslizaba como una barca. Después de tanto vino, no hay cosa más agradable que tanta agua, y la frescura que de ella sube y la doble cortina de árboles que guarnece sus orillas. Al Poniente vemos como el reflejo de un incendio, una luz purpúrea, vinosa, que abrasa el cielo, y á cada momento nos deslumbran exhalaciones de calor, relámpagos que no asustan, que no alteran la serenidad de la hermosa tarde. Sobre el puente, la gente joven juega á prendas, entre risas y cháchara, y se celebra el naufragio y repesca de un sombrero, como se celebraría el más divertido sainete. La noche sobreviene cuando ya avistamos las luces del puerto de Burdeos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

NOTITAS PORTUGUESAS

I

EN LISBOA

Cuantas veces vengo aquí, otras tantas me llevo la impresión de que nada efectivo y real nos separa á españoles y portugueses; de que somos un pueblo mismo, una misma raza, es decir, que de razas en otro tiempo pobladoras del suelo ibérico, descendiendo igualmente los extremeños y los portugueses de *alem Tejo*, los gallegos y los portugueses riberanos del Miño. —Por qué razones se separó Portugal de España y quiso ser independiente, mientras Aragón ó Galicia se adherían más y más á la nacionalidad española, es cuestión que á primera vista no se resuelve de un modo satisfactorio; hay que leer despacio la historia, y todavía, después de leerla, atribuir gran papel en este fenómeno á la acción de sucesos ignorados, á pequeñas intrigas y á la ambición personal, que fomentó aspiraciones populares y ahondó abismos entre el viejo *Portucale* y las demás regiones de la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960 1825 MONTENEGRO, C.M.

Península, al fin asociadas bajo el nombre genérico de *España*.

Y fueron España y Portugal, al separarse, como hermanos gemelos y enemigos que todo lo pueden conseguir por medio de un ímpetu fratricida, excepto borrar la semejanza extraordinaria que les denuncia en las venas la misma sangre. El sabio y malogrado escritor portugués Oliveira Martins demostró en su importante libro *Historia de la civilización ibérica* que España y Portugal separados han corrido igual suerte que si continuasen juntos, pues si es fácil realizar la división política y geográfica, es inasequible infundir alma distinta en pueblos que la tienen idéntica y cuyos elementos tradicionales en nada difieren. A un tiempo y por conceptos análogos desempeñaron Portugal y España brillante papel en el mundo; á un tiempo decayeron y murieron también... *Morir* es el verbo que Oliveira Martins emplea, y nadie ha de protestar ya por creerlo demasiado riguroso.

Una ventaja nos lleva Portugal: y es que se resiste algo más que nosotros á dejarse deponer yerto y helado en el sepulcro. Portugal desea revivir. Se da cuenta de su atraso, de sus deficiencias, de los peligros que el porvenir le guarda, y ansía ser nación europea, fuerte en su línea, con cultura á la moderna, cosa que nosotros jamás hemos ansiado y que hasta hemos repugnado, en nombre de un falso y funesto casticismo. En Portugal se vive, por decirlo así, más cerca de Europa. Evidente síntoma de

esta vida europea es el conocimiento y fácil manejo de varios idiomas, en España privativo de la *high-life*, y en Portugal extensivo á la clase media más ó menos ilustrada, y no extraño hasta en el pueblo. En cuanto á los españoles, no hablan sino su lengua: son como aquel cura que sólo sabía leer en su misal. Conozco literatos insignes que se jactan de ello, cual si la ignorancia pudiese ser mérito nunca. No haber leído autores franceses es diploma que algunos reclaman, y que no les exime de cometer galicismos ni de escribir un castellano duro y pobre. Pero se alaban de su estólida virginidad, y hay quien la cuenta por gloria. Préciáanse de legos, y contribuyen á que su patria lo sea, y se aduerma, indolente odalisca, recogidos los brazos tras de la nuca, cerrados los negros ojos, dejando correr el tiempo, que no vuelve.

Los portugueses aprenden el francés desde niños. El español lo saben, lo hablan si llega ocasión, pero le hacen poco caso. Comprenden que de España no han de venirles destellos de luz. Nos devuelven y pagan la amodorrada indiferencia con que miramos aquí la literatura y el arte lusitano. Digo *miramos*, pero á cada uno lo suyo: por mi parte, siempre he seguido con interés el movimiento literario de esta España chica que llaman Portugal. Estoy familiarizada con los libros de los mejores escritores actuales, por lo cual debo de haberme ganado nota de fantástica y antojadiza. A Madrid, en efecto, van Compañías dramáticas italianas y Compañías francesas, y el público llena el tea-

tro; pero en actores portugueses no se piensa. ¿Quién diablos ha de abonarse para oír declamar *en gallego*?

A su vez, los portugueses se han plantado en las traducciones de Pérez Escrich. Los escaparatés de las numerosas y bien surtidas librerías lisboenses, atestados de obras inglesas y francesas, italianas y alemanas, apenas muestran, vergonzante y corrido, algún título español. Se diría que nos separan de Portugal miles de leguas. Y es que nos separa algo que aísla más que la distancia: la frialdad, el desvío, el convencimiento de que, tal cual estamos, no sacáramos nada en limpio con tratarnos íntimamente. Somos como esas familias que viven pared por medio y al encontrarse en la calle ni cruzan saludo. Al Congreso de la Prensa ahora celebrado en Lisboa, concurrió un solo representante español; en esto estamos á la altura de la República del Transvaal, también representada unipersonalmente en dicho Congreso.

No ocultemos nuestras flaquezas de literatos. Sentí profunda pena al ver que tantos portugueses conocen mi nombre..., por mis trabajos de colaboración en la *Revue des revues*, trabajos que á veces, por miedo á traductores pésimos, redactó en francés. En cambio experimenté alegría pueril, rejuvenecedora, al encontrar en Portugal alguien que lee mis crónicas como *el árabe lee el Korán*... Descontemos la hipóbole inspirada por la cortesía, y aún quedará bastante para servirnos de consuelo.—Y el que no se consuela es porque no quiere.—

¡Sería tan triste creerse desconocido en un país que miramos con predilección!

Ya han corrido años desde que por primera vez hojeé el poema de Camöens á bordo de un barquichuelo que seguía la corriente, entonces apacible, del Tajo. Todos mis viajes á Portugal me hacen evocar un cuadro de marina, un maravilloso fondo azul ó verde glauco, la extensión de la espléndida bahía. Ya es la salida á bordo del *Ville du Havre*, á la hora en que el sol descende tiñendo el oleaje de púrpura; ya la torre de Belén, primoroso relicario de piedra, joyel gótico digno de conservarse en una vitrina—destacándose sobre un mar nacarado, de ópalo, á la luz de la aurora;—ya, en la encendida noche de Cascaes, un agua del tono del estaño en fusión, que por momentos, con mágica viveza, el violeta y el anaranjado de los árboles de fuego inflamaban convirtiéndolo en lago de cuentos de hadas, de libros de caballerías y encantos. Siempre asocio á Lisboa, en mi imaginación, con alguno de esos espectáculos incomparables en que colaboran la Naturaleza y el hombre. Una bahía como la de Lisboa, una desembocadura como la del Tajo, hacen ellas solas la gran capital, y el polvoriento Madrid, acurrucado en sus estepas á guisa de mendigo castellano envuelto en pardos harapos, jamás se prestará á fiestas y solemnidades.

Además, este clima es un clima edénico. Los días se bañan en oro; en terciopelo turquí se rebozan las noches; la luna, en la placidez de un

ambiente elástico y tibio, tiene una claridad argentina, misteriosa y pura; las plantas tropicales, los pimenteros de Cayena, las majestuosas araucarias, las cañas y los bambúes, vegetan al aire libre; estamos en Octubre, y las mujeres van vestidas de batista y gasa; el cuerpo pide refrescos de hielo, deliciosas *carapinhadas de tangerina*, y la piedra de los monumentos góticos, la torre de Belén, la sorprendente iglesia de los Jerónimos, adquieren al sol cálidas tintas doradas, que recuerdan la tez de los pueblos de la India descubiertos en las audaces empresas de los navegantes del siglo xv. Lisboa es siempre la seductora morena, á pesar de sus tentativas de ataviarse á estilo británico y del sorprendente cambio de sus costumbres.

Estas, en un cuarto de siglo, han sufrido notable y ventajosa transformación. Naturalmente, al transformarse las costumbres, es que evoluciona la mujer. Hará veintitantos años, aún vivía oculta y enclaustrada la portuguesa. La importancia de la ventana ó *janella*, en estos países de tradición semítica, se explica porque la *janella* es el único respiradero de la mujer, el marco de su pálido rostro de reclusa. Así es que en las *janellas* echaron el resto los arquitectos de la época manuelina, é hicieron de ellas camarines, altares, hornacinas de un *rocó* voluptuoso y naturalista á la vez. Hoy la portuguesa ha roto la valla de la *janella* y vive en la *rua*; los celos africanos del varón ya no la tienen en perpetuo encierro; sale sola ó acompañada, toma la *sege*, el tranvía ó el ca-

mino de hierro, visita, regatea, compra. Antaño, sólo se echaban á la calle las viejas, las desechadas, las dueñas haldudas y barbudas que iban á rezongar en las iglesias ó á cumplir los menesteres domésticos, cabás al brazo y sombrilla en puño. Hoy se encuentran en las aceras más mujeres que hombres.

¡Curiosa observación! La libertad ha hermo-seado á la portuguesa, que (no sé cómo decirlo, pues no parece amable) gozaba, en este particular, de una triste reputación, en términos que el donoso y humorístico escritor Ramalho Ortigao dedicó un meditado estudio á investigar las causas de la inferioridad del tipo femenino en Lisboa, y creyó descubrirlas en la escasez de agua y en la contemplación de las antiestéticas estatuas de los reyes. En el día, la portuguesa es, por término medio, lo mismo que la española: si no una belleza escultural, por lo menos una mujer agradable y atractiva.

Para atraer la mirada de un artista, las pescadoras, las aldeanas. Ninguna pasó á mi lado sin obligarme á seguirla con los ojos. Derechas como troncos de pinos marítimos; descalzo el airoso pie, ó calzado con la curva chinela veneciana y oriental; arrolladas las azules sayas y ceñidas en torno á la cadera con la faja oscura, que da á la vestimenta el plegado de un helénico ropaje; gallardamente tocada la cabeza con el bonito sombrero de terciopelo negro, bajo el cual flota el pañuelo y se destacan los enormes aretes de filigrana de oro, estas sardi-

neras, estas ribereñas, son todavía de lo poco pintoresco que queda en el mundo.

En lo que no ha variado Portugal, en lo que no cambian ni Lisboa ni Oporto, es en la afición á las joyas. Se pierde la cuenta de las platerías y tiendas de joyero que se extienden á lo largo de las calles del *Ouro* y de las *Flores*. Medallas, brincos y patenas de dimensiones inverosímiles, descomunales corazones y encomiendas de filigrana, dijes raros, sortijones de médico antiguo, de los que se lucían al tomar el pulso, arracadas que son un pináculo de iglesia, cables aureos del tiempo de Egas Moniz, ¿quién se pondrá todo esto? ¿Las campesinas solamente? ¿Será cierto que llevan su dote al cuello, en los dedos y en las orejas?

Al ver tanto oro, tanta plata, tanto amarillento brillante del Brasil, de nuevo me parece Lisboa una ciudad exótica, parienta cercana de Benarés ó de Nijni Novogorod—un país donde no existen los Bancos, ni se ha introducido el lujo á la moderna, lujo tranquilo, refinado, sólido,—lujo con pantalla y pedal.

II

THOMAR

El quinto Congreso internacional de la prensa, reunido en Lisboa, me proporcionó ocasión de asistir á espectáculos que rara vez brinda la casualidad al viajero. Prestábanse estos espectáculos á observaciones y comparaciones que no omití, y eran inevitables: resumiéndolas diré que en varios respectos, ya nos pone el pie delante hasta Portugal.

Claro es que no lo deduzco de las fiestas mismas. Aquí también somos aficionados á zambras y regodeos, y punto es ese en que no solemos descuidarnos. Lo que noté en ventaja de Portugal fue precisamente la subordinación del festejo á la utilidad de su objeto. No se perdía de vista, por lo general, el fin positivo de tales fiestas, y más aún que sus organizadores, el público tenía muy presente que recibía y obsequiaba á *la prensa*, entidad de la cual, con simpático candor, se empeñaba en hacer un numen.

Cada maestra de entusiasmo, cada ingeniosa idea, cada gasto y cada esfuerzo, quería signi-

ficar algo por este estilo: "Somos un pueblo de reducido territorio y exigua población, por tierra arrinconado, y tenemos á España atravesada en el camino de Europa. No obstante, poseemos, no sólo monumentos y recuerdos gloriosos, sino industria y agricultura, y aspiramos á acrecentarlas. Os traemos, aparentemente, á que admiréis las ruinas de un convento de Templarios, una torrecilla gótica cincelada como fino joyel de pedrería: en realidad, queremos que visitéis nuestras fábricas de papel y de tejidos de algodón, nuestras ganaderías y nuestra exportación vitícola; que conozcáis nuestro tráfico y nuestros intereses de pueblo moderno."

Y para que los demás países del mundo civilizado le otorguen el diploma, Portugal acude á los buenos oficios de la prensa, y abre á la prensa sus brazos de ingenua Selika, tostados por el sol. La fe y la esperanza en la prensa han inspirado manifestaciones extraordinarias: verbigracia, la que presencié en Thomar. Nunca milagrosa reliquia traída de Palestina en la Edad Media pudo ser mejor recibida, ni más venerada y agasajada, que lo fueron los periodistas en la villa del gran maestro Gualdino Páez. Al verse cubierto de flores, pisando juncia y pétalos de clavel, cruzando bajo arcos de triunfo, oyendo tales aclamaciones, vitores tales, algún periodista debió de decir para su colete: "¿Qué hice yo, Dios mío? ¿Qué pecado cometí, que así me endiosan?"

Todavía más significativo que el de la recep-

ción—lo notó el celebrado novelista Julio Claretie, que nos acompañaba—era el cuadro del almuerzo. Antes de pintarlo, conviene que dibuje el escenario, el fondo. Un claustro del maravilloso convento que fue residencia de los Templarios y después de los caballeros de la orden militar de Cristo. En el centro, fuente monumental; á ambos lados de la fuente, las mesas preparadas. Diríase que las amplias arquerías, las gárgolas extrañas, la fontana alta y rumorosa, protestan contra la invasión de la muchedumbre: aquella mole de granito dorado y esmaltado por el tiempo, con tonos de cálida dulzura, ricos é intensos como la coloración de la piel de la naranja, pide suspirando que respeten su soledad.

Ya no sería poco verse invadida por una turba en conjunto indiferente á las bellezas arquitectónicas; pero además esa turba representa la negación de cuanto expresa el convento de Cristo. Verdad que, según la certera observación de Alejandro Herculano, el pasado no puede reñir con el progreso, porque también el pasado fue progreso á su hora; no obstante, si algo de espíritu queda adherido á las piedras que lo simbolizaron, ¡con cuánta repugnancia sustentarían las losas del claustro las mesas del almuerzo destinado á los congresistas de la prensa!

Menos mal el claustro, que al fin es del Renacimiento; pero ¡y el misterioso templo redondo, verdaderamente templario, y la peregrina *janela* donde se enrosca y retuerce el cable ma-

nuelino, sosteniendo delicados pináculos y sirviendo de tema á la flora submarina afligranada y calada por los genios del Océano?—Mientras yo fantaseaba lo hermoso que estaría todo ello bien solitario y bien callado, la música rompía en estruendosos acordes y la gente de Thomar aflúa poblando el recinto del claustro, guarneciendo los balaustres del segundo cuerpo, y por último, coronando el remate de la cornisa del tejado;—concurrencia, en su mayor parte, compuesta de señoras vestidas con arreglo al último figurín, de traje claro y atrevido sombrero de plumas, y revelando en el regocijo de los semblantes, en la persistencia de la sonrisa, en el fulgor de los ojos, clarísimos indicios de la satisfacción que les causaba presenciar cómo almorzaban á su talante los congresistas de la prensa.

“De esto no se vé en Francia”, indicó Claretie.—Dos horas debió de durar el almuerzo, entre servicio, discursos, hurras y brindis; y las damas firmes en el balaustre ó colgadas del tejado, bajo un sol de justicia, sin mostrar cansancio, sin hartarse de aquel espiritual goce—¡la prensa extranjera, los embajadores del mundo civilizado, comiendo y bebiendo allí, en Thomar!—No de otra suerte alguna castellana, reclusa en su torreón, acogiera al peregrino venido de Antioquía ó Damasco, con noticias frescas de las Cruzadas...

Avergonzando á las flores arrojadas en la calle al paso del Congreso, andaban por allí cuatro lindas criaturas, de hasta quince años, se-

ñoritas de familia principal, vestidas con el traje pintoresco de las riberanas del Miño: pañuelo de vivos colorines atado atrás en la cabeza, plegada y repulgada camisa de lienzo, justillo de terciopelo negro, saya roja amapola con múltiples bordados de carácter oriental, escarcela recamada de canutillo, arracadas y patena de filigrana de oro, y cautivo el pie en calada media y en curvo chapín de tafíete que decoran ramos de hilo de plata. El gran instinto artístico del pueblo, el buen gusto depurado de la tradición, se lucen en este traje, algo semejante al de las campesinas gallegas, pero todavía más gayo, más luminoso y rico.

Aquellas niñas sí que eran dignas de asomarse á la fantástica *janella*. Si yo supiese *apuntar*, conservaría, en el eterno álbum de las viajeras británicas, tan graciosa aparición, y trataría igualmente de recordar á los *campinos* ó *vaqueiros* de la *tourada* de Infante, que por la mañana, al paso del tren, vimos manejando toros bravos como quien maneja y guía corderitos, y ejecutando á caballo las gallardas evoluciones de los jinetes árabes, sin más defensa contra el toro que la luenga pértiga y la maestría increíble con que rigen sus vivas jacas. Todo ello—ruinas, *janellas*, riberanas y *vaqueiros*—es sin duda merecedor de que arrostremos calores, fatigas y el polvo del Sahara, que se arremolina en los caminos de Portugal; pero he aquí que apresuradamente nos arrancan del templo y del claustro, nos dejan á media miel de contemplación de las soberbias

estatuas góticas policromadas y de los cuadros del fabuloso *Gran Vasco*, y todo para llevarnos á ver... una manufactura de tejidos de algodón, menos importante que las de Barcelona.—Y yo le digo al artista que se subleva dentro de mi alma: "Los recuerdos y la belleza pura son patrimonio de pocos... Se necesitan *ahora* muchas fábricas, mucha actividad, mucho trabajo, mucha vida moderna... A saludar á esas máquinas; tienen razón.."

CASTILLA

I

FONDAS Y POSADAS

El que reside en Madrid; el que tiene ya formado su círculo, organizada su casa, acomodado su vivir, lo pasa bastante bien en la *ciudad de la muerte*, y olvida la insuficiencia de la higiene, la deficiencia de los servicios públicos, lo mezquino y atrasado de la capital en infinidad de aspectos y relaciones; pero sobre el forastero pesan como plomo esas deficiencias y ese atraso, y tiene que abrumarle el estado primitivo de las fondas y posadas.

Si algún día se verifica el advenimiento de la razón y del sentido común en esto de las fondas, la afición á los viajes aumentará un cincuenta por ciento, y como es natural, saldrán gananciosos los fondistas futuros. Entiendo yo por advenimiento de la razón una reforma y cambio total en el mobiliario, alimentación y servicio de las fondas, y aquí no censuro á España únicamente, sino á todos los países del mundo.

estatuas góticas policromadas y de los cuadros del fabuloso *Gran Vasco*, y todo para llevarnos á ver... una manufactura de tejidos de algodón, menos importante que las de Barcelona.—Y yo le digo al artista que se subleva dentro de mi alma: "Los recuerdos y la belleza pura son patrimonio de pocos... Se necesitan *ahora* muchas fábricas, mucha actividad, mucho trabajo, mucha vida moderna... A saludar á esas máquinas; tienen razón.."

CASTILLA

I

FONDAS Y POSADAS

El que reside en Madrid; el que tiene ya formado su círculo, organizada su casa, acomodado su vivir, lo pasa bastante bien en la *ciudad de la muerte*, y olvida la insuficiencia de la higiene, la deficiencia de los servicios públicos, lo mezquino y atrasado de la capital en infinidad de aspectos y relaciones; pero sobre el forastero pesan como plomo esas deficiencias y ese atraso, y tiene que abrumarle el estado primitivo de las fondas y posadas.

Si algún día se verifica el advenimiento de la razón y del sentido común en esto de las fondas, la afición á los viajes aumentará un cincuenta por ciento, y como es natural, saldrán gananciosos los fondistas futuros. Entiendo yo por advenimiento de la razón una reforma y cambio total en el mobiliario, alimentación y servicio de las fondas, y aquí no censuro á España únicamente, sino á todos los países del mundo.

Prescindo de la necesidad urgentísima, apremiante, de que sólo se destinen á fondas casas construídas *ad hoc*, donde la traza de las habitaciones y la distribución de pasillos, escaleras y cámaras indispensables, resguarde, como es debido, la seguridad, el sueño y el pudor de viajeros y viajeras. Aparte de la construcción, se impone la reforma del mobiliario y de la comida.

Del mobiliario y decoración debe suprimirse radicalmente mucha parte en beneficio y acrecentamiento de la otra. Suprimanse, sin vacilar, los espejos grandes con marco aparatoso, los floreros (de flores de trapo), los relojes de sobremesa (que no rigen), el papel pintado (nido de gérmenes y microbios), los cuadros, antiestéticos siempre, las camas doradas, las colgaduras de seda y otros excesos de falso lujo, que son una ridiculez.

Las fondas deben tener todas las paredes estucadas ó vestidas de hule *lavable*; contentarse con un espejo bien colocado y en el que las personas para aliñarse puedan verse; no usar más cortinas que de terliz ó percal, *muy lavadas y planchaditas*, ni más reloj que uno *puesto en hora y rigiendo bien* en cada habitación; ni más cuadros que un calendario americano, un mapa nacional, un plano de la ciudad y un estado de las horas de llegada y salida de los trenes.

¡Hay cosa más risible que contemplar, suspendidos á la cabecera de la cama, á Peral ó á Colón; admirar la chimenea adornada con ro-

sas de terciopelo y begonias de hule, y carecer de butaca donde sentarse ó de bañadera donde proceder á las más indispensables operaciones del aseo?

Cuando los fondistas comprendan sus intereses y procuren que el "salir de su casa" no se convierta en "cruz"; cuando den á cada viajero mucha agua, muchas perchas para colgar la ropa, un armario que no se abra solo, un recado de escribir sin óxidos y que se pueda utilizar, toallas á discreción, frescura y limpieza, se acreditarán los viajes y la gente los mirará con menos horror. ¡Ah! Y además, cortesía, moderación en las cuentas, criados inteligentes, comida sana y limpia: nada de superfluo; lo necesario.

Puede dudarse que en España existan *viajeros* propiamente dichos. Yo creo que no debe llamarse viajar al trasiego de Madrid á San Sebastián y de San Sebastián á Madrid.

Aquí miramos el viaje desde dos puntos de vista solamente: el que podemos llamar *penal ó de fatalidad* (viajes indispensables y aborrecibles, verdadera amargura para las familias; traslación de empleados ó militares; telegramas que avisan que están enfermos de muerte el padre, ó el hijo, ó la esposa; pleito, cesantía, etcétera), y el punto de vista *fashionable ó elegante*: me voy porque se van las de X., las de Z. y las de R. P. L., y porque en Madrid no quedan ya más que los conductores del tranvía.

El tercer punto de vista, el del viaje *por el viaje*, tan admitido y difundido en otras nacio-

nes, verbigracia, en Inglaterra, nos es desconocido.

Viajar por vocación se considera aquí indicio de extravagancia; algo que se acerca á manía. Y es porque, en concepto del español, todo viaje representa una suma de contrariedades y de gastos muy superior á los goces que puede reportar.

Hablando en general, no van descaminados los que tal presuponen.

Para disfrutar viajando, se necesita poseer una fuerte educación, ó colectiva como la del pueblo inglés, ó individual: una cultura que comprenda nociones completas de historia, de arqueología, de crítica artística; otra cultura que dicte la urbanidad más exquisita, unida á la reserva más grave en el trato con las gentes á quienes forzosamente se encuentra y habla el viajero: la firmeza mayor para hacer valer su derecho, y la rectitud más desinteresada para respetar el ajeno; la precaución más cauta en los ajustes y la oportuna generosidad en las gratificaciones; el valor para arrostrar los peligros y la prudencia para sortearlos; y por último (no me cansaré de recordar esto á mis compatriotas) la *locuacidad* para averiguar lo que conviene saber y el *mutismo* ante todo lo que sea murmuración, impertinente curiosidad ó conato de investigar lo que á nadie importa.

El español tiene la graciosa costumbre de intimar con los compañeros de viaje, de abrirles el corazón, de hablar en las mesas de las fondas como si estuviese en su casa y disputar ra-

biosamente con gentes á quienes no conoce ni ha visto nunca, y cuya opinión, por lo tanto, debiera importarle tres cominos.

En cierta mesa redonda ocurrió años hace un curioso incidente.

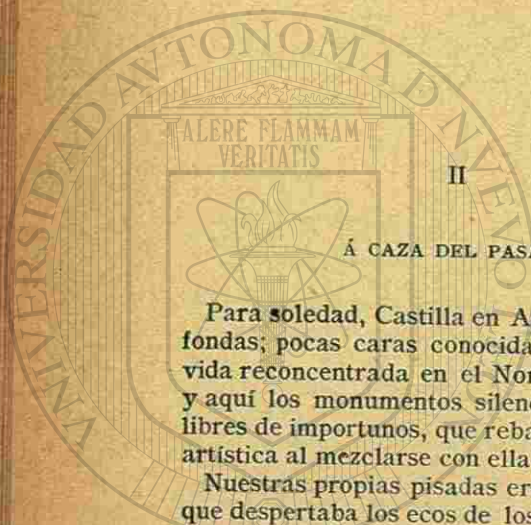
Sentábase á ella una dama, á quien mientras estuvo presente colmaron de exageradas atenciones dos ó tres caballeros (uno de ellos ocupaba puesto oficial).

Despidióse la dama á los postres y se retiró á su habitación; los... caballeros (?) quedaron de sobremesa, y entre chupada y chupada de cigarro, pusieron á la antes obsequiada señora como digan dueñas... ó varones envidiosos.

Hallábase presente un inglés, que, aunque no trataba á la señora, como no la trataban tampoco sus despellejadores, era amigo de otra dama inglesa, compañera de excursión de la española. Al oír á los maldicientes, dió el británico señales de impaciencia, y acabó por advertirles que le parecía muy inconveniente aquella conversación. Como el más calumniador de todos (el del puesto oficial) replicase con desabrimiento, el inglés se levantó: de un revés de su ancha manaza arrojó al individuo contra la pared, y sin descomponerse ni apresurarse, salió del comedor á largas zancajadas...

¿Ustedes creerán que por eso se corrigieron ni aquel ni los demás indiscretos que en fondas hablan como en el gabinete de su propia casa, y aun peor si cabe?

¡Quí! Manos había de tener el inglés que los abofetease á todos.



II Á CAZA DEL PASADO

Para soledad, Castilla en Agosto. Vacías las fondas; pocas caras conocidas en la calle; la vida reconcentrada en el Norte y el Noroeste, y aquí los monumentos silenciosos, desiertos, libres de importunos, que rebajan la impresión artística al mezclarse con ella.

Nuestras propias pisadas eran el único ruido que despertaba los ecos de los vastos y vacíos salones del Alcázar de Segovia, que á pesar de su gallarda estructura y admirable situación sobre los dos ríos, no me habla ya á la fantasía; por fuera está demasiado flamante su restauración, y por dentro el incendio devoró las maravillas de talla y adorno de los techos, la teoría de efigies reales de los frisos, las *piñas* de oro y los millares de florones que abrían su cáliz áureo en el artesonado sombrío. Al restaurar el Alcázar se han atenido—y reconozco que no podía hacerse otra cosa—al texto de la última restauración, la de Felipe II; y han renacido las monteras puntiagudas, el torreón *en paquet de*

chandelle y las ventanas sin grandeza de un edificio más flamenco ya que español. Los recuerdos del Alcázar huyen ante la cal fresca y la pizarra reluciente de puro nuevecita. Por más que miro no veo en la bóveda la señal del rayo con que castigó el cielo la famosa frase de Alfonso el Sabidor, alabándose de que "si el Creador le consultase, de otra suerte fabricara el Universo".

Deseándole al Alcázar cinco siglos más para que recobre la hermosura—porque á los alcázares les pasa lo contrario que á las señoras—tratamos de averiguar si podía realizarse mi sueño segoviano: ver el cuerpo, mejor dicho, la momia del dulce y poético San Juan de la Cruz. Desde los primeros instantes las noticias fueron desconsoladoras. Sólo en contadas ocasiones solemnísimas—me las especificó mi cortés amigo el conde de Cheste, que conserva una memoria juvenil y envidiable—se han enseñado las veneradas reliquias del discípulo de Santa Teresa; las ocho llaves de la urna las guardan distintas personas; alguna de ellas no reside en Segovia, y es preciso que todos se reúnan para proceder á abrir. Con esto abatí las esperanzas, y ya renunciaba, cuando, un cuarto de hora después, tropecé con unos amigos y parientes que al saber mi decepción sonrieron. —"Pues si es lo más fácil del mundo ver esa momia"—dijéronme.—"Como que está en un ataud de terciopelo rojo, sin cerradura, y te la enseñarán esta misma tarde. Ahora vamos á avisar; á las cinco, estáte dispuesta." Abri ta-

maño ojo, y el asombro fue mayor aún que el contento. ¿Cómo conciliar las dos versiones? Claro es que ni unos ni otros pretendían engañarme... No eran *cicerones*, no eran explotadores del viajero, sino sujetos de perfecta *honorability*, según se dice en Inglaterra...

Esperé la hora de las cinco con una curiosidad muy explicable. Llegó á buscarme un caballero, encargado de franquear la entrada del panteón en que reposaba la momia. Yo iba que no cabía en mí, porque entonces ya me parecía probable que la veríamos. —“Siempre sucede así!”—decíamos á nuestro acompañante. —“Mil dificultades, y luego resulta que las cosas están hasta á merced del curioso. No sabe usted cuánto agradeceremos tener ocasión de ver la momia...” —“Tanto más” —respondió el caballero —“cuanto que no habrá usted visto nunca cosa por el estilo.” —“¿De veras?” —“¡Vaya! Se encuentra en un estado de conservación que admira. Las carnes, frescas, como si acabasen de embalsamarla; la cara, con las facciones perfectamente señaladas y que se conocen todos los rasgos; en fin, dicen que es un asombro. Y hay sobre ella mil consejas; la mano que aparece cortada aseguran que fue una venganza de su marido...” —“¿De su marido?” —exclamé atónita. —“Habla usted del cuerpo que vamos á ver, del cuerpo de San Juan de la Cruz?” —“¿De San Juan de la Cruz?” —repitió no menos aturdido mi acompañante. —“¡Si la momia es de mujer!” —“¿Pero y San Juan de la Cruz?” —insistí. —“¡Ah! ¿Era eso lo que usted pretendía

ver? ¡Si no se puede! Hay ocho llaves...” —y aquí reprodujo, en substancia, la relación del conde de Cheste. —“¡Ya me parecía á mí!” —murmuré, olvidando que cinco minutos antes *no me parecía*. Y agarrándome á otra ilusión, —“¿Conque tan bien conservado el cuerpo? ¿Y tiene leyenda?” —pregunté con ansia. —“Porque será el primer cuerpo incorrupto que yo haya podido contemplar.” —Detúvose el coche, y nos bajamos ante unos vetustos edificios, antaño Convento de capuchinos, hoy propiedad de la duquesa de Castro Enríquez, y unas amables señoras, encargadas de cuidar las antiguallas, nos llevaron á lo que fue panteón, y nos mostraron, en viejo féretro de terciopelo galoneado de oro, la famosa momia, descubierta en un hueco de la pared. ¡Oh, nuevo desencanto! No había tal incorrupección, ni tales facciones marcadas, ni tales carnes fresquitas, ni cosa que lo valiese, y nuestro acompañante, que hablaba bajo la fe de las leyendas, se quedó más chafado que nosotros mismos. Allí sólo existía un despojo mísero

.....
que no pudo hallar reposo
ni en el seno de la muerte.
.....

Un tronco seco, apergaminado, consumido, y una calavera separada del tronco, fue todo lo que divisamos en el fondo del rojo ataúd. —“La cabeza no es suya” —nos advirtió una de las señoras, que alumbraba á fin de que distinguiésemos los denegridos restos. —“No se sabe dónde

anda la cabeza que pertenecía á este cuerpo." —Al oír tales palabras miré hacia las manos de la momia. Los brazos los tenía cruzados sobre el pecho, pero una mano aparecía cortada por la muñeca, no desprendida, sino cercenada; limpia y rasa veíase la sección. ¿Si por ventura la cabeza, que no parecía, habrá sufrido la misma suerte que la mano? ¿Si, en efecto, una venganza horrible se delatará en aquel mutilado cadáver de mujer? ¿Si, por el contrario, una reputación de santidad fue causa de que un devoto sustrajese la mano y la cabeza en concepto de reliquias? ¡Triste destino el del pobre cuerpo, y dantesco suplicio el suyo, si fue culpable, hallarse sin tierra y sin epitafio, adherido á una calavera ajena, quién sabe si la de un enemigo, quién sabe si la del propio cruel vengador!

Otro intento vano, el de admirar el celebrado Crucifijo de los marqueses de Lozoya, me valió creérmelo transportada por momentos al siglo xvii. Visitamos casas donde las puertas se abrían, al parecer, solas, empujadas por manos invisibles, y entre un silencio de encantamiento subíamos las amplias escaleras y cruzábamos salones y salones, sin que nadie nos preguntase, ni nos atajase, ni nos saliesen al paso el recelo y la desconfianza. No era que faltasen criados; era que una costumbre señorial y hospitalaria prescribía tal acogida. Supuse que en Segovia no habrá la nube de petardistas que obligan á adoptar tantas precauciones en Madrid; pero en breve me convencí de

que si no hay eso habrá cosas peores, que inspiren hasta terror. Dígolo porque, después de haber dado mil vueltas inútilmente al asunto del Crucifijo, hicimos la última tentativa penetrando á boca de noche en el más medroso, tétrico y macizo torreón de cuantos existen en el caserío segoviano: el que fue de Aguilares y Contreras, ejemplar típico, que aún amenaza al que le mira con sus saeteras y su cornisa de matacanes. Iluminaba el negro zaguán un ahumado farolillo, cuya luz macilenta apenas consentía distinguir una doble y fuerte reja, una puerta oscura y una especie de ventana de ahumados vidrios; de esta ventana salió una voz ronca y colérica, apostrofándonos porque á tales horas nos atrevíamos á preguntar por un Crucifijo. No vimos al servidor que nos gruñía: pero zaguán, farolillo, reja, paredes rojizas y torreón pardo y belicoso, hacían un conjunto muy grato para mí. Como el servidor permaneció invisible, me complazco en figurarme que vestía jubón y gregüescos.

No fuimos tan desdichados en el resto de nuestras correrías por Segovia. Nos dieron uno de esos guías inestimables, como era el malogrado Luis Llanos para Roma—el marqués de Miranda, que tiene á Segovia en las yemas de los dedos.—Con él vimos iglesias, conventos, patios y caserones, murallas, puertas, sarcófagos y retablos, paseos y monumentos romanos; localizamos sucesos históricos, recordamos las Comunidades, los cardadores de lana y los monarcas absolutos; adivinamos

detrás de las tupidísimas rejas el blanco bulto de las monjas, y en las ya gastadas piedras la sangre de los procuradores arrastrados por amotinadas turbas; y sobre todo, adquirimos una prueba más —yo no la necesitaba— de que la gran estepa ó erial de Castilla encierra oasis desconocidos y deleitosísimos, de una finura que no tiene rival, porque la lozanía y majestad de la vegetación, unida á la claridad y pureza de la luz de este cielo, hacen un paisaje especialmente hermoso. No miente el adagio: *de los huertos al Parral, paraíso terrenal*. Ved aquí un cuadro de las orillas del Eresma: el río, de un gris argentado, se desliza sesgo y mudo por entre doble hilera de gigantescos olmos, de esbeltos chopos y de sauces desmelenados, que inclinan sus ramas péndulas verde claro hasta besar la corriente. En los remansos, una cortina de elegantes espadañas cerca una pradera de mullida hierba y varias flores vestida, donde pacen ovejillas blancas y negras, y donde sólo faltan la zagaleja y el pastor de una égloga de Garcilaso... Allá arriba, dominando las peñas, la mole del Alcázar, bien destacada sobre un fondo inundado de sol; y detrás de las tupidas y sombrosas alamedas, otra cortina de afligranadas torres mudejares y de monasterios ruinosos.

III

SEGOVIA

Tomar el tren y plantarse en Francia, en las Vascongadas ó en la *tierruca* montañosa; caer en un balneario y dedicarse á la hidroterapia ó á la aeroterapia, sería hacer lo que hace en este tiempo cada quisque. Pero tomar igualmente el tren, y dejando la frescura y el plácido ambiente gallego, metérese en la abrasada Castilla, en sus caducas ciudades monumentales, hidalgas y solitarias..., eso es lo que á nadie se le ocurre, y por lo mismo tiene, aparte de otros encantos que especificaré, el indiscutible encanto de la novedad y la rareza.

Castilla está ahora desierta de viajeros; los trenes van atestados, pero nadie se queda en las estaciones: las fondas se encuentran vacías, y por las calles sólo discurre gente del pueblo, carros, galeras, perros, mulas y asnillos con carga de odres. Esa población flotante que se empuja y hormiguea en la Concha y en los bulevares de San Sebastián; esa turba de aristócratas legítimos, mezclados con *snobs* y con

detrás de las tupidísimas rejas el blanco bulto de las monjas, y en las ya gastadas piedras la sangre de los procuradores arrastrados por amotinadas turbas; y sobre todo, adquirimos una prueba más —yo no la necesitaba— de que la gran estepa ó erial de Castilla encierra oasis desconocidos y deleitosísimos, de una finura que no tiene rival, porque la lozanía y majestad de la vegetación, unida á la claridad y pureza de la luz de este cielo, hacen un paisaje especialmente hermoso. No miente el adagio: *de los huertos al Parral, paraíso terrenal*. Ved aquí un cuadro de las orillas del Eresma: el río, de un gris argentado, se desliza sesgo y mudo por entre doble hilera de gigantescos olmos, de esbeltos chopos y de sauces desmelenados, que inclinan sus ramas péndulas verde claro hasta besar la corriente. En los remansos, una cortina de elegantes espadañas cerca una pradera de mullida hierba y varias flores vestida, donde pacen ovejillas blancas y negras, y donde sólo faltan la zagaleja y el pastor de una égloga de Garcilaso... Allá arriba, dominando las peñas, la mole del Alcázar, bien destacada sobre un fondo inundado de sol; y detrás de las tupidas y sombrosas alamedas, otra cortina de afligranadas torres mudejares y de monasterios ruinosos.

III

SEGOVIA

Tomar el tren y plantarse en Francia, en las Vascongadas ó en la *tierruca* montañosa; caer en un balneario y dedicarse á la hidroterapia ó á la aeroterapia, sería hacer lo que hace en este tiempo cada quisque. Pero tomar igualmente el tren, y dejando la frescura y el plácido ambiente gallego, metérese en la abrasada Castilla, en sus caducas ciudades monumentales, hidalgas y solitarias..., eso es lo que á nadie se le ocurre, y por lo mismo tiene, aparte de otros encantos que especificaré, el indiscutible encanto de la novedad y la rareza.

Castilla está ahora desierta de viajeros; los trenes van atestados, pero nadie se queda en las estaciones: las fondas se encuentran vacías, y por las calles sólo discurre gente del pueblo, carros, galeras, perros, mulas y asnillos con carga de odres. Esa población flotante que se empuja y hormigüea en la Concha y en los bulevares de San Sebastián; esa turba de aristócratas legítimos, mezclados con *snobs* y con

haitianos, con la tribu del talco y el oropel, con las semimundanas y las bellas cursis disfrazadas de *cremosas*; esa alegre y abigarrada serie de tipos que da asunto á la caricatura y tela inagotable á los periódicos callejeros... no la busquéis en la grave Castilla, que, envuelta en su capa de paño pardo, silenciosa y altanera, ve cómo se van reduciendo á polvo sus históricos torreones, sus incomparables templos, toda su grandeza fenecida. Indiferente y estoico, el castellano vegeta sin acordarse de que *más allá* hay movimiento, industria, progreso, especulación y lucro. A él le basta con sus rudas vestimentas, iguales en verano que en invierno, y su sol de oro, que tan regiamente amortaja las viejas piedras, testigos del pasado. Diríase que para este sér de corcho no existen el frío ni el calor; en ningún punto de la Península se gasta menos percal y cotonía que aquí: los hombres no han adoptado la cómoda blusa, las mujeres ignoran la fresca chambra y la limpia faldita de zaraza; y con sus trajes oscuros de lana y de recio paño, resisten una temperatura que aun ahora, en Septiembre, puede calificarse de tórrida.

Venir en esta época del año á Castilla es, pues, como ir á una aldea donde se puedan contemplar soberbios monumentos. Si en las provincias halláis gentío, mucho gentío, todos vuestros conocidos de Madrid, sin que falte ni uno en la formación, aquí saludáis á los muertos gloriosos—los únicos que realmente viven en España, según frase feliz de un ilustre poeta. —

Aquí andáis rodeados de sombras, pero sombras de más acción y más relieve para la fantasía que los vivientes egoístas que bullen y se agitan para no dejar de sí ningún recuerdo. ¿Cómo podríamos resistir la España actual, si no nos refugiásemos en la España antigua? No tenemos otro consuelo; por eso un viaje á Castilla, en medio de esta soledad, ofrece atractivos y hasta calma la inquietud dolorosa que produce la nueva guerra de Filipinas, añadida á la ya crónica y desesperante guerra de Cuba.

En Segovia, nada me recordaba las tristísimas y azarasas circunstancias que padecemos: en Segovia es fácil recogerse en espíritu, no sólo á la Edad Media, sino á la época romana, origen de nuestra civilización peninsular. Lo que en Segovia permanece más enhiesto, arrogante y digno de admiración es una *obra de romanos*: el acueducto. Iglesias y palacios que nos parecen hoy extremadamente vetustos, cuentan doce ó trece siglos menos que el acueducto venerable, el cual se mantiene con un aire de solidez y valentía que subyuga el ánimo. El acueducto sugiere no pocas reflexiones. Mientras las instituciones y las creencias de otras edades relativamente cercanas se van y se extinguen, y caen desmoronados los edificios que surgieran á su impulso, el acueducto y su modesto y práctico fin son permanentes. El agua es hoy, como en tiempo de Trajano, la primer exigencia de la cultura, el sello de la urbanidad. Rodando y rodando, hemos vuelto al agua.

Mil veces se ha descrito el atrevimiento y la gallardía de ese largo y hermoso acueducto, formado de sillares enormes, que sólo por su exacto encaje se sostienen, sin rastro de argamasa ni zunchos de hierro: admirable disposición que sorprende más en las dovelas de los arcos, donde se diría que las claves van á resbalar y caer al suelo..., ¡y llevan diecinueve siglos así! Como los sillares son almohadillados, parece al pronto que se ha formado el acueducto apilando cojines—singular asociación de una idea de blandura y molicie con una obra tan vigorosa, tan varonil, tan latina.—“Esta es obra de esclavos”—me decía el ilustrado arqueólogo marqués de Miranda, que nos acompañaba en las correrías á través de Segovia, cuando desde la plaza del Azoguejo contemplábamos la prodigiosa elevación de la *punte seca*.—“Aquí no se ha escatimado ni tiempo ni sangre; esto es como las Pirámides de Egipto; los obreros ni se cuentan ni importan; el caso es que la construcción asombre á los siglos venideros.”

En los nichos del más alto pilar del acueducto, á vertiginosa elevación sobre el Azoguejo, colocó la piedad, en vez de las antiguas imágenes de Hércules, dos estatuas, de San Sebastián y de Nuestra Señora. Acaso la desnudez de San Sebastián, que arrostraba en cueros los rigores del duro invierno segoviano, sugirió á los cadetes de artillería un proyecto arriesgado y diabólico: el de vestir al Santo. Hay que ver la situación que éste ocupa para comprender la atrocidad. Al nicho no se puede llegar por ninguna

parte, sino suspendiéndose en el vacío, sobre un abismo, que es la plaza. Y así lo hicieron, sirviéndose de un trapecio que sostenían con las manos algunos cadetes, de pie sobre la cresta del acueducto, mientras otros, colgados en el aire, vestían al Santo blanca camisa. Que flaqueasen un segundo los puños de los de arriba; que sintiesen un segundo el vértigo de las cumbres..., y los de abajo irían á estrellarse sobre los guijarros de la plaza. No flaquearon: se consumó la temeraria proeza; el Santo quedó vestido, y á la mañana siguiente los segovianos vieron atónitos el caso, en apariencia inexplicable. Deseoso el Ayuntamiento de quitar aquel motivo continuo de asombro, burla y comentarios, ofreció dinero al que se atreviese á despojar de su camisa al bendito mártir; pero no apareció quien arriesgase el pellejo, y allí se estuvo con su camisa la efigie, hasta que la intemperie la convirtió en guñapo, y por último el viento la arrebató...

Entre las iglesias de Segovia, que son muchas y muy bellas, hay una que recuerda una leyenda sombría, de las edades en que la exaltación de la fe solía degenerar en furor. Hablo de la iglesia conocida por *Corpus Christi*, que en su arquitectura árabe con ribetes de bizantina aparece como hermana de padre y madre de la famosa *Santa María la Blanca* de Toledo. También la de Segovia fue Sinagoga, y en ella celebraban sus ritos los numerosos hebreos ricos é industriales, que pagaban al obispo de Segovia treinta dineros en oro anualmente por cabeza,

en memoria de los que Judas recibió por la cabeza del Cordero. Cuéntase que á principios del siglo xv, un judío, que por señas había sido médico del rey Enrique III, consiguió del sacristán de San Facundo, en desempeño de una cantidad prestada, una Hostia consagrada ya. La tradición afirma que los judíos buscaban las Hostias consagradas para ultrajarlas y atormentarlas, y la de Segovia fue echada á una caldera de agua hirviendo; pero al punto la Sagrada Forma se elevó por los aires, y volando salió de la Sinagoga quebrantando la pared: la hendidura se enseña toda vía en el coro de las monjas. Averiguóse el sacrilegio; fueron ahorcados varios judíos, arrastrados y descuartizados otros, y atormentado el médico, hasta que se confesó autor del envenenamiento de Enrique III: obscura serie de crímenes que también se complicó con tentativas de dar ponzoña al obispo. Recuerda esta negra historia, además de la hendidura de la pared, el nombre fatídico de *Mal consejo*, que aún conserva la tortuosa calle donde fue entregada la Hostia. Y si alguien se admira de este drama horrible á fines de la Edad media, voy á darle una noticia que acaso desconocerá: hoy, á fines del siglo xix, imputaciones análogas están dando lugar á los disturbios del antisemitismo, no en España, sino en Alemania, en Austria Hungría, en Polonia, en Rusia y en Servia; donde quiera que hay judería, en fin. No ha mucho tuve ocasión de adquirir y leer un curioso libro titulado *El misterio de la sangre*, donde se narran (autorizándolas

con documentos y extractos de la prensa) las lúgubres etapas del martirio sufrido por niños y vírgenes cristianas, á quienes los judíos secuestran y hacen sufrir todas las torturas de la Pasión de Cristo—azotes, espinas, clavos, cruz—á fin de recoger su sangre y amasar con ella los panes ázimos. Si la memoria no me es infiel, la más reciente de estas historias no se remonta á más allá de los años 1870 ó 1875. Son actuales. Sirva de excusa á nuestros antepasados de 1410, y no se les tache de loco fanatismo ni de credulidad nimia. Yo no sé depurar lo que haya de cierto en tan extraños rumores; sólo pretendo que no se acuse una vez más á España de enfermiza superstición, sin que la ayuden á llevar el peso de la acusación naciones muy cultas, en el siglo de las luces.

De las impresiones más gratas que estas ciudades viejas pueden dar al viajero que pica en artista, es la de perderse al azar por sus revueltas callejuelas, su caserío tan variado, como igual y monótono es el de los pueblos de nueva construcción. En Segovia este paseo sin objeto fijo recompensa al que lo da con deliciosas sorpresas. De pronto aparece un cuadro lleno de originalidad y de colorido, que recogemos en la cartera á modo de *apunte* de dibujante. He aquí tres de los que en la mía he archivado: 1.º Angulo de una callejuela tortuosa, de rápida pendiente, que termina en anchas escaleras de guijarro y que alumbra mohoso farol. El rótulo, en letras negras, dice: "Calle de la Judería Nueva". En escorzo, un balcón saliente de hie-

rro forjado, y en él, surgiendo de entre más de una docena de tiestos y cajones en que los claveles y los geranios aplican sobre la negrura del hierro placas bermejas, una cabeza de mujer, joven, muy morena, de ojos grandes y tristes... 2.º Patio de la casa atribuida á D. Alvaro de Luna. Altas y nobles columnas de piedra en cuyos capiteles se destaca un escudo heráldico, sostienen un corredor de madera negruzca y carcomida, casi deshecha por la vetustez. Trapos y pañales rotos y pobres cuelgan á secar del balaustre. Las enredaderas trepan hasta el techo de salientes vigas. Sobre el alero arrullan las palomas. En un lienzo de pared campea, pintado al temple, inmenso blasón de lunas menguantes. Comadres curiosas, agasajando al seno rollizos mamones, se inclinan para vernos y para comentar nuestra presencia. Un gato ético, consumido de morriña, abre á medias los párpados y vuelve á acurrucarse... 3.º Fachada de un palacio gótico, el del marqués de Alpuente. Todo el frente bordado de finos dibujos de tracería, que revisten la casa como de un velo de delicadísimo y transparente encaje. Sobre este fondo claro é ideal, los ajimeces del piso alto, del más puro estilo, de obscura pizarra, tan bruñida que parece mármol, resaltan vigorosamente. Nos detenemos á admirarlos, y una mano invisible y de seguro blanca y suave, se apresura á abrir las vidrieras para que podamos ver destacarse, sobre las cortinas de seda amarilla, el esbelto parteluz y los trebolados remates de los capiteles... Y en

sito muy visible leemos este gracioso bando arcaico, que los dueños de la casa han tenido el buen gusto de respetar, y que traslado con su ortografía: "Se proibe berter baxo pena de un ducado."

Al lado de la preciosa casa gótica del marqués de Alpuente, la tan ensalzada de los *Picos* me pareció de una pesadez y una tosquedad extraordinarias. No siempre lo que alaban las *Gulas* es lo mejor. Tampoco el Parral, si se exceptúan el retrato y los enterramientos de los marqueses de Villena, es digno de su fama. Las estatuas del marqués y la marquesa de Villena son de nítido alabastro, muy bien trabajadas al estilo del Renacimiento. Al marqués le acompaña su pajecillo llevando el casco; á la marquesa, su dueña, arrugada vejezuela, halduda y de repulgadas tocas, que sostiene el sombrero de la dama mientras ésta reza devotamente. Y más abajo, en la nave de la iglesia, existe el sarcófago de otra dama, cuya estatua yacente permanece allí, pero cuyos huesos fueron arrojados á un campo por los profanadores de la exclaustación. Años después de la profanación, un labriego que araba la heredad encontró, al lado de una calavera, una sortija de oro. La sortija la formaba un cerco de rosas, y por dentro tenía grabado en caracteres góticos este lema: *Nadie vos ama como vos ama el vueso amador*. El labriego llevó la alhaja á Segovia y le pagó por ella un platero tres duros. Compróla después un conocido aficionado español, y dió por ella cincuenta; verdad que á

poco la revendía en París por seis mil francos. Y la prenda de amor con que la noble dama había querido enterrarse, en vez de acompañarla hasta la eternidad, brillará hoy en el dedo de alguna caprichosa inglesa millonaria, ó descansará en los escaparates de algún museo.

¿Qué habrá duradero en el mundo?... Los huesos de la noble castellana han sido aventados más pronto que las vértebras de carnero con que en Segovia hacen pavimentos de mosaico en los patios y zaguanes...

IV

MISA VIEJA

Todo lo que va á leerse es pura patraña. Así lo afirman graves historiadores, que no me perdonan que recoja estas caducas niñerías. Conste que yo las creo... con media alma. La otra media... ¿qué le voy á hacer? ya no es mía. ¡Se la ha llevado el mal espíritu de la historia documental!

Si hay en los recuerdos del pasado inevitable dejo de tristeza, es porque demuestran la inestabilidad de lo que parecía más firme, y cuán presto olvidan los pueblos aquello que les apasionó hasta hacerles derramar sangre. En este fenómeno de la psicología de las razas meditaba yo mientras oía reverentemente la misa mozárabe de Toledo.

¿Se acuerda ya nadie en España de lo que significa el rito mozárabe? ¿Sabe nadie en qué se diferencia de las demás esa misa, por la cual se alborotó la entonces poderosísima ciudad de Toledo, y que hoy se ha celebrado únicamente para mí, pues ningún otro devoto asistía al sa-

crificio, sin duda á causa de que la misa mozárabe ó isidoriana es bastante más larga que la romana?

Eran los mozárabes cristianos que residían en tierra de moros, y aprovechando la tolerancia del invasor, profesaban su religión y practicaban su culto. Pagaban sus tributos al fisco, y por lo demás, vivían según les acomodaba los mozárabes, al menos en los primeros siglos de la Reconquista, que después hubo sus persecuciones y sus martirios también; y la fe de los mozárabes, que empezaba á entibiarse, se encendió al regarla la sangre de las vírgenes y de los niños. La misa que acabo de oír se celebraba en Toledo, desde los tiempos del tradicional moro Muza y del berberisco Tarik, en seis parroquias y en alguna ermita. Cuando los cristianos, con Alfonso VI á la cabeza, reconquistaron la ciudad, el venerable rito que había sostenido la esperanza de los mozárabes de Toledo por espacio de cuatro siglos (durante los cuales es preciso confesar que se elevaron monumentos primorosos, y que la ciudad quedó bordada y recamada lo mismo que el caftán de una sultana favorita), el venerable rito, digo, no fue del agrado del rey. Aunque parezca inverosímil, ya entonces venían de Francia las corrientes innovadoras y las leyes del gusto, y la reina, que era francesa, y el arzobispo de Toledo, también francés de nación, pusieron la proa al rito isidoriano, deseosos de sustituirlo con el gregoriano. No estaba conforme, ni cosa que lo valga, el pueblo de Toledo. Formaba

aquel rito, practicado bajo la cuchilla del infiel, parte integrante del alma de los oprimidos, que en él hallaban consuelo y fortaleza. La ciudad, tan dócil y sumisa á los musulmanes, se alzó en protesta contra

ese buen rey Don Alfonso,
el de la mano horadada,

y se ideó, para apaciguarla, que la solución de la pugna entre los dos ritos se dirimiese mediante el *juicio de Dios*, como entonces se decía, ó *en el terreno del honor*, como hoy se escribe. Dos adalides avanzaron á combatir en campo cerrado, y fue el defensor del rito mozárabe el que salió victorioso, derribando á su adversario mal herido. Ni por esas se convenció el monarca de Castilla. Buscando subterfugios para que el cielo se pusiese de su parte, ordenó otra nueva prueba judiciaria, la misma que fue propuesta por los franciscanos á Savonarola: la terrible prueba del fuego. Sólo que no eran hombres los que debían arrostrarla, sino libros: el breviario gregoriano y el breviario isidoriano serían arrojados á una hoguera, y el que no devorasen las llamas, sería el escogido por Dios para el culto de *Tolaitola*. Y las llamas, lamiendo mansamente el códice gótico, sin morder en la vitela de sus hojas, se cebaron como rojos dragones en las del gregoriano, y en un minuto lo redujeron á cenizas. Toledo batió palmas llena de júbilo: por segunda vez la prueba de Dios era favorable al rito popular. Alfonso VI quedó mohíno; pero determinado á

que prevaleciese su gusto, como suele estarlo el que manda, ordenó que pesia todos los juicios del mundo, el rito gregoriano sería en lo sucesivo el adoptado en Toledo. Y la gente del pueblo, con su buen sentido práctico de resignación á la voluntad del poderoso, encogióse tristemente de hombros, persuadida de que tenía en su favor la voluntad divina, y murmurando lo que después llegó á ser adagio, lo único que ya en nuestra vida actual persiste como huella de aquel episodio de nuestra historia religiosa: "Allá van leyes do quieren reyes."

Por su parte, Alfonso, que era diestro en conciliar voluntades, vió el descontento de sus vasallos y transigió, permitiendo que el rito mozárabe se siguiese en varias iglesias de Toledo, dejando al tiempo hacer su oficio y extinguir las memorias, amargas y dulces al par, que aquel rito despertaba en los cristianos. Poco á poco éstos fueron olvidando que habían sido tributarios y vasallos de infieles, que habían visto al verdugo sarraceno degollar á los mártires, y que habían recogido amorosamente sus ensangrentadas reliquias; en una palabra, acabáronse los mozárabes de Toledo—porque el mozárabe era la opresión, era el yugo—y al desaparecer el mozárabe, el oprimido de la época goda, el rito gótico fue languideciendo también entre la creciente indiferencia...

Así como á una reina viuda y destronada se la deja, para que conserve una ilusión de sus grandezas desvanecidas, un reducido palacio y una sombra de corte, al rito mozárabe, caído

en desuso, se le ha concedido asilo en la gran Basílica Primada de las Españas. La capilla donde acabo de oír esta misa, de un sabor tan primitivo, tan á lo cristiano viejo (no sé definirlo de otro modo), fue erigida por mandato del cardenal Cisneros, y es una construcción aparte, adosada á la Catedral, pero distinta de ella. Por fuera se ve perfectamente que conserva su independencia la capilla, en la cual—nuevo símbolo—trabajaron reunidos alarifes moriscos y cristianos.

Mientras el sacerdote celebraba las ceremonias del para mí desconocido rito, que son muy diferentes de las del romano; mientras dividía la Hostia en catorce fracciones, número misterioso, y consagraba y consumía sin volverse hacia *la fiel* (no puedo decir *los fieles*) ni una vez sola, que así lo quiere el rito mozárabe,—los ocho capellanes, diminuta corte de la ex reina, rezaban un canto llano tan clásico, tan castizo, tan solemne y pausado como la misa que acompañaba. Y yo pensaba en la suma sabiduría con que la Iglesia católica ha conseguido ser universal y nacional para todas las gentes. No tiene celos el rito romano del mozárabe, y conserva ese vestigio de antiguas glorias como se conserva un anillo ó un broche moruno de afiligranada labor en escarapate precioso.

Ya tan sólo la Iglesia, la gran conservadora, archiva la misa mozárabe. ¿Dónde están los honrados burgueses toledanos, la gente sana y franca, cristiana á macha martillo, indómita y briosa, la que tanto dió que hacer á los Abde-

rramanes, la que prosperó bajo Alimenón, la que acogió con gritos de júbilo á Alfonso VI, la que se atufaba cuando atentaban á sus libertades, la que dos veces fue acaudillada por mujeres, Berenguela y doña María de Padilla, y bajo el mando de las dos heroínas hizo retroceder á los moros y á Carlos V? ¿Dónde están los toledanos de antaño? En la vacía capilla mozárabe las varoniles voces de los cantores resueñan con melancolía imponente, con una severidad que recuerda las lamentaciones de los profetas bíblicos... *¡Quomodo sedet sola!...* ¡Qué solitaria la ciudad, un tiempo populosa, rica y grande!...

V

MÁS PATRAÑAS

Pasar en Toledo ocho ó diez días, sin otro propósito ni ocupación que empaparse de su ambiente y recorrer sus callejuelas intrincadas y sus costanillas y *rodaderos*; vagar por entre maravillas artísticas en completa soledad, excitar la fantasía, salir momentáneamente de la realidad vulgar y no contar alguna mohosa leyenda... no cabe en lo posible. Diréis tal vez que las leyendas no encajan bien en el marco de la vida *contemporánea*. Es un error. Nuestra vida está hecha, como decía el gran poeta, de la tela de nuestros sueños: no vivimos sólo en el sentido fisiológico, ni aun en el intelectual: también se vive por la imaginación, y de esa vida nace muchas veces el arte. No hay artista contemporáneo, no hay siquiera aficionado á la belleza artística, que no viva, por ejemplo, una semana en el siglo XIII, cuatro días en el XVI, quince en la época romana, un mes en Grecia... todo ello según los gustos, las predilecciones estéticas, las lecturas y la sensibilidad

rramanes, la que prosperó bajo Alimenón, la que acogió con gritos de júbilo á Alfonso VI, la que se atufaba cuando atentaban á sus libertades, la que dos veces fue acaudillada por mujeres, Berenguela y doña María de Padilla, y bajo el mando de las dos heroínas hizo retroceder á los moros y á Carlos V? ¿Dónde están los toledanos de antaño? En la vacía capilla mozárabe las varoniles voces de los cantores resueñan con melancolía imponente, con una severidad que recuerda las lamentaciones de los profetas bíblicos... *¡Quomodo sedet sola!...* ¡Qué solitaria la ciudad, un tiempo populosa, rica y grande!...

V

MÁS PATRAÑAS

Pasar en Toledo ocho ó diez días, sin otro propósito ni ocupación que empaparse de su ambiente y recorrer sus callejuelas intrincadas y sus costanillas y *rodaderos*; vagar por entre maravillas artísticas en completa soledad, excitar la fantasía, salir momentáneamente de la realidad vulgar y no contar alguna mohosa leyenda... no cabe en lo posible. Diréis tal vez que las leyendas no encajan bien en el marco de la vida *contemporánea*. Es un error. Nuestra vida está hecha, como decía el gran poeta, de la tela de nuestros sueños: no vivimos sólo en el sentido fisiológico, ni aun en el intelectual: también se vive por la imaginación, y de esa vida nace muchas veces el arte. No hay artista contemporáneo, no hay siquiera aficionado á la belleza artística, que no viva, por ejemplo, una semana en el siglo XIII, cuatro días en el XVI, quince en la época romana, un mes en Grecia... todo ello según los gustos, las predilecciones estéticas, las lecturas y la sensibilidad

de cada cual. Nuestra fantasía moderna es una planta que toma jugo del pasado; y este fenómeno ya no es de hoy, ni se deriva, como algunos creen, del romanticismo: en el período clásico sucedía lo propio: hoy se evoca la Edad Media, entonces se evocaban las edades paganas, el Olimpo y los Campos Eliseos, pero siempre el *ayer*, nuestro ayer, quizás hijo nuestro, engendro de nuestra fantasía. Vivamos, pues, por una hora entre los visigodos, y recordemos en qué misteriosas y maravillosas circunstancias vino al mundo el infante Don Pelayo, duque de Cantabria, iniciador de la reconquista y fundador de la nacionalidad española.—El verdadero sabor de esta leyenda lo apreciaríais bien si la escuchaseis á orillas del Tajo, en un lugar donde el río ensancha su cauce y se apresura con viva corriente, entre cañaverales espesos, salvias floridas y silvestres heliotropos, para sosegarse cuando besa el pie de la esbelta torre semi-árabe conocida por *el baño de la Cava*, como si ante el recuerdo más ó menos apócrifo de nuestra perdición, el sacro río sintiese melancolía y se deslizase tímido y callado. Allí, al pie de una noria moruna, cuyos cangilones suben llenos de agua fresquísima—mientras el labrador de la vega acomoda pimientos y berengenas en una cesta de mimbre para llevarlos al mercado al amanecer,—es donde debe escucharse la interesante historia de los amores y desventuras de doña Luz, nieta de Chindasvinto y del duque Don Favila, aquel á quien ahogó un oso cazando en los breñales asturicenses.

Ha de saberse, pues, que el rey Egica, antepenúltimo en la serie de los monarcas godos, había subido al trono casándose con la hija de Ervigio, destronador de Wamba. Egica era sobrino del desposeído rey, y Ervigio, al darle la mano de su hija Egilona, le hizo jurar que ampararía á toda su raza y que jamás trataría de vengar el destronamiento de Wamba y el veneno que le había propinado para volverle chocho y lelo. A pesar del juramento, Egica no olvidaba el agravio de su tío y el crimen de Ervigio al envenenarle y desposeerle: en términos que, muerto Ervigio ya, su yerno apeló á un Concilio para que de su juramento le desligase, y apenas desligado, apresuróse á repudiar á la reina Egilona y perseguir de muerte á toda la estirpe de Ervigio, con dura mano y saña, dicen los historiadores (que, por otra parte, no afean el proceder de Egica).

Cuando pienso en la conducta del rey, comprometiéndose á proteger la sangre de Ervigio y haciendo lo contrario, hasta el extremo de repudiar á la pobre Egilona, que de nada tenía la culpa y que ya le había dado un hijo varón, no puedo menos de creer que el busilis de los actos del godo fue que Egilona "no halló gracia en sus ojos", según la frase bíblica. Si á Egica le gustase por los gustares la señora Egilona, á buen seguro que así se acuerda de las demasías que su padre cometió con Wamba, como de las nubes de antaño. Forzosamente Egilona padecía erisipela en la cara, ó tenía cansado el aliento, ó las piernas torcidas; aunque también pudo

ocurrir que siendo la leyenda que voy á narrar verdadera y auténtica, y enamorándose Egica rabiosamente de la sin par doña Luz, le desagradase Egilona á pesar de ser un dechado de gracias y perfecciones; que si el amor es ciego, el enamorado sólo tiene ojos para lo que le cautiva y embelesa.

Era doña Luz, según se ha dicho, nieta del rey Chindasvinto y hermana de Don Rodrigo, andando los tiempos vencido en el Guadalete; y como por ser tal su calidad vivía en palacio, al lado de Egica y Egilona, encontró fácil ocasión el godo de prendarse de su candor y bellad. Pero la doncella tenía ya hecha elección, y correspondía al amor de su tío carnal el duque Don Favila, que por verla y requerirla se vino desde Cantabria á la corte de Toledo. Opuo, pues, doña Luz á las pretensiones del rey un pecho de diamante, y en cambio abrió á Don Favila las puertas del corazón, y una noche las de su aposento, con el honesto fin de prometerse por su esposa, delante de una imagen de la Virgen. En aquel tiempo semejantes promesas poseían una fuerza y un valor de que hoy carecen, y revestían cierto carácter de legalidad, especialmente cuando no había otro recurso; así es que comprometidos ante Dios doña Luz y el duque de Cantabria, viéronse otras muchas veces, á hurto de todos, en aquel mismo lugar, y la dama se encontró encinta "por permisión divina", añade algún cronista viejo.

Ya entonces el desdeñado Egica andaba receloso y barba sobre el hombro, sospechando

que doña Luz ocultaba otro amor: mas por mucho que atisbó, no sorprendió las nocturnas visitas de Don Favila, de lo cual se deduce que doña Luz estaba bien servida de medianeros, ó que Egica no nació para polizonte. Fue preciso que (como dice el doctor Lozano) empezasen las dueñas y el rey á mirar á doña Luz más á las basquiñas que á la cara, para que el contrabando se descubriese. La avergonzada y medrosa doña Luz, sintiendo que se acercaba la hora, ordenó á sus confidentes que hiciesen construir en secreto un arca embreada donde no entrasen aire ni claridad, y cuando hubo llegado el trance y venido al mundo un hermoso infante, lo bautizó con agua, le llamó Pelayo, le puso al cuello ciertas señas, cédulas y medallas, y á media noche las fieles criadas echaron el arca al Tajo, donde era más recia la corriente.

Dirás, lector, que si en el arca no entraba aire, el niño se asfixiaría. Lo mismo se me ocurrió á mí, y sospecho que deben de andar en este punto poco verídicos el moro Rasis y otros cronistas, y que doña Luz sin duda mandó hacer en la tapa del arca algún agujero por donde el chiquitín respirase. Ello es que el arca, que encerraba la salvación de España, el futuro vencedor de Covadonga, descendió llevada por las ondas, envuelta en un grande y dorado resplandor, lo cual consoló á las criadas mucho, y á la desconsolada madre cuando se lo refirieron. Y también debió de holgarse el Tajo, no teniendo ya que envidiar al Nilo su Moisés. Deslizóse el

arca suavemente río abajo, y cerca de la villa de Alcántara la vió un caballero que se divertía en cazar, y que era por señas tío de doña Luz; casualidad feliz, como lo fue que, habiendo recogido el buen caballero el arca y sacado al niño, que estaba á punto de muerte, pudiese inmediatamente descubrir á una señora recién parida que se ofreció á amamantarle. Y ya tenemos al tierno Don Pelayo sano y seguro.

Rabioso entretanto de celos el rey Egica, como había observado el embarazo de doña Luz, y notando que ya el talle de ésta recobrará su primitiva esbeltez juncal, se dió, como Herodes, á hacer pesquisa de los niños bastardos nacidos en Toledo y sus contornos desde tres meses hacía, con propósito de armar una degollina general, á fin de que el de doña Luz no escapase. Pero acació que, siendo indudablemente aquellos tiempos punto menos corrompidos que los actuales, y Toledo harto más poblada que en el día, Egica se encontró una lista de treinta y cinco mil y pico de rapaces nacidos fuera de la Iglesia en tal plazo; y como no era fácil degollarlos á todos, fue preciso no degollar á ninguno.

Frustrado este ardid, Egica, á quien no se le quitaba la mala intención, discurrió otro arbitrio para vengarse, y fue buscar un caballero felón y malandrín que delante de toda la corte acusen de incontinencia y liviandad á doña Luz, pidiendo para ella ejemplar castigo por haber cometido el pecado en el palacio real. La afligida y abochornada señora pidió que la con-

cediesen espacio para hallar un campeón de su honra; publicóse la liza según las costumbres de aquel siglo, y Don Favila, que se hallaba en sus estados de Cantabria, tuvo tiempo de venir y aceptar el reto del difamador de la dama, arrojándole la gabardina, que equivalía al guante; al otro día, en público palenque, lidiaron primero con lanza y á caballo, con espada y á pie después, hasta que Favila, sujetando al traidor boca á tierra, le cortó la cabeza á cercén y lanzó el sangriento trofeo á los pies de su secreta esposa.

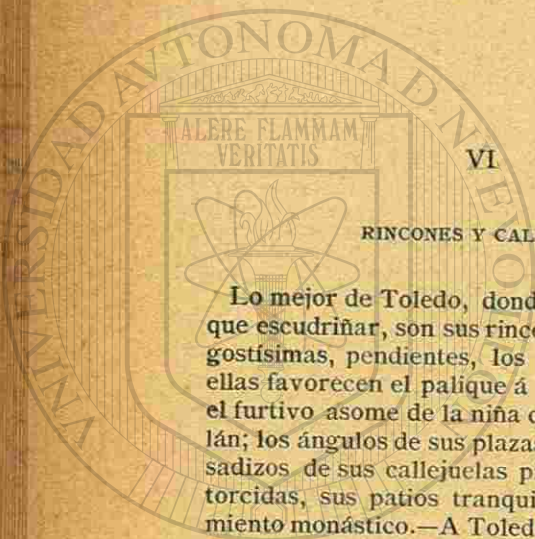
Ya se colige que Egica quedó hecho una sierpe, y no dejó de incitar á otro mal hidalgo para que insistiese en la acusación á doña Luz, por lo cual hubo nuevo palenque, nueva victoria de Don Favila, y otra cabeza más que mordió el polvo con lívidos labios á las plantas de la injuriada princesa. Y aquí de la confusión de Egica, de la alegría de doña Luz y del asombro de la corte, que aplaudió la cortesía de Favila no menos que su coraje y denuedo.

Las noticias del palenque llevaron á la corte á aquel caballero, tío de doña Luz, que había recogido el niño del arca. Una sospecha cruzó por su mente, y para apurarla interrogó á la camarera de doña Luz. La camarera, leal hasta el crimen, al recelar que aquel señor podía conocer el secreto de su ama, le llevó á una ventana que daba al río con ánimo de despearle; pero arrepentida de su mal propósito, acabó por confesarle íntegra la verdad de los ocultos amores y del nacimiento del infántico

Pelayo. Y el buen viejo, deseoso de arreglar este enmarañado asunto, reunió á los parientes y deudos de doña Luz y les propuso que, para restaurar completamente su honra, la casasen con el vencedor del palenque, Don Favila, que tan bien había sabido defenderla y volver por ella. De malísima gana tuvo el rey que otorgar el permiso, pero no sin buscar reservadamente una especie de jayán terrible y feroz que desafiase á Favila, á ver si en el tercer lance lograba, con matarle, impedir la boda. Tanta maldad no podía consentirla la Providencia, que protegía visiblemente á Don Pelayo y á sus padres. Y cuando estaban ya los dos campeones lanza en ristre y preparándose á la embestida, apareció en la arena un santo ermitaño, á cuyo aspecto venerable, luengas barbas, inspirado rostro y fulgurantes ojos bajaron las armas los dos enemigos, y el atravesado de Egica se echó á temblar. Motivo había para el temblor, porque el ermitaño, allí delante de todo el mundo, le cantó al rey las verdades, y se enteraron la corte y el pueblo toledano de que sólo el mal deseo y el torpe amor de Egica eran móviles de la acusación á doña Luz y los desafíos y muertes consiguientes. A la reprensión del hombre de Dios se ablandó el corazón del culpable rey; arrepintiéndose, cesó el desafío, se celebraron las bodas, apareció Don Pelayo en brazos de su ama y quedaron todos contentísimos. Esta es la leyenda del salvador de España, del nuevo Moisés, y sentiré que los asturianos la impugnen, que de fijo la impugnarán, por no

perder la honra de haber dado cuna á Pelayo en las montañas donde nació nuestra independencia.

Los finos amantes doña Luz y Don Favila se quisieron entrañablemente hasta el fin. ¿En qué se funda esta afirmación siempre atrevida? En un capitel del claustro de la colegiata de Santillana, testimonio bien auténtico. Allí se ve á Don Favila despidiéndose de su esposa para salir á la caza del oso que tan cara le costó, y á doña Luz suplicante, acongojada, herida por cruel presentimiento, tendiendo los brazos para detener en ellos al intrépido cazador, á quien aguarda la muerte en los de la fiera.



RINCONES Y CALLEJAS

Lo mejor de Toledo, donde tanto bueno hay que escudriñar, son sus rincones, sus calles angostísimas, pendientes, los recovecos que en ellas favorecen el palique á través de la reja y el furtivo asome de la niña que atisba á su galán; los ángulos de sus plazas desiertas, los pasadizos de sus callejuelas pintorescamente retorcidas, sus patios tranquilos, de un recogimiento monástico.—A Toledo se viene á perder el rumbo y á encontrarse gratamente sorprendido por mil detalles que no se sospechaban: aquí un escudo que blasona una portada, allí una puerta con hierros artísticos, más lejos un balcón cargado de plantas y flores, hecho un verdadero pensil, que esparce y descuelga sobre el ladrillo ennegrecido y tostado por el tiempo la clara verdura de las enredaderas y el vivo colorido de los geranios rojos y rosas.

Entremos en una calle: la forman únicamente las altísimas tapias de dos conventos; es decir, de un solo convento, al cual pertenecen los edi-

ficios de uno y otro lado, comunicados por medio de un camino subterráneo, que ofrece á la imaginación ancho campo en que espaciarse, fantaseando novelas y dramas. Las tapias son de desmesurada altura; el trecho que las divide, asaz breve; y así, metida entre muros, la calle recoge el sol como un horno, y el calor os achicharra los sesos, mientras no llegáis á un rinconcillo benéfico en que se proyecta sombra. Desde el refugio miráis á las tapias, y lo primero observáis que no hay ventanas de asome. Las monjas tomarán el aire, si es que lo toman, por algún patio interior; es inconcebible que no respiren, que vivan á obscuras. Pero la idea semítica de la clausura de la mujer no puede expresarse con más elocuencia que por medio de esa pared ciega, que sólo adornan, sin rasgarla, los elegantes ajimecillos mudéjares, dibujados con suprema gracia por medio del ladrillo, y tapiados desde su origen. Allá arriba, sobre el cielo de un azul de añil, se recortan las torres, primorosa obra mudéjar. Los moros batalladores y sus bastardos, los moriscos sumisos y cristianizados, tienen en el arte una nota distintiva: la de haber prestado dignidad y belleza á materiales frágiles y sin valor. Labrar el mármol, como hicieron los griegos, y asombrar con él á las generaciones futuras, es menos que legarles maravillas imperecederas sirviéndose del yeso y del ladrillo, del humilde ladrillo recocho. Cal, barro—y les basta á los moros para alzar un Partenón.—Lo que sorprende en esas torres de iglesia, de las cuales

existen muchas en Toledo, es la maestría en el manejo y colocación del ladrillo. Más que colocarlo, puede decirse que lo modelaban. Los "ojos de buey" ó rosetoncillos, abiertos como flores misteriosas; las hiladas de ajimeces, calados y aéreos; las finas saeteras; las cornisas airoas que rompen la monotonía de la línea y bordan con festón ligero el edificio—todo es ladrillo y ladrillo nada más. La piedra entra en estas construcciones, pero no decora; y entra por modo tan extraño, que merece la pena de consagrarle párrafo aparte.

Me lo hizo notar mi *cicerone*, un respetable canónigo de la Santa Iglesia primada, ferviente admirador de Toledo, con cuyos monumentos y curiosidades hállase identificado hasta tal punto, que lo mira "más que como cosa propia". En todas las ciudades históricas existe este mismo tipo humano, adherido á las piedras cual el líquen, pegada el alma á las bellezas que tanto conoce. La costumbre, lejos de embotar la admiración, la ha transformado, convirtiéndola en cariño idólatra. Y nadie explica ni enseña mejor un pueblo que tales apasionados de él, penetrados de su espíritu, y exclusivos.

—Vea usted—me decía en substancia el inteligente *cicerone*—cómo están construidas estas paredes. A primera vista, y aun fijándose, no parece sino que son obra de un arquitecto loco, que se propuso dar con el edificio en el suelo, apenas terminado. En efecto, la base, hasta más de la altura de un hombre, lo que en

todas partes se funda en materiales más sólidos y de mayor resistencia, es aquí *tierra*..., sencillamente *tierra*; ¡la piedra va encima!

—¡Tierra!—repetí admirada.

—Tierra. Sobre la franja de tierra, ¡vea usted!, otras franjas de mampostería, separadas de trecho en trecho por doble línea de ladrillos colocados de plano, cuyos cantos se ven por fuera. Y en lo alto, sobre la mampostería trabada con recia argamasa, el ladrillo—y con el ladrillo nace el adorno, empiezan los ajimeces y las ventanerías, los rosetones y los cornisamentos...

—Pero esa tierra, ¿cómo se sostiene? ¿Cómo aguanta el peso de lo que lleva áuestas? ¿Cómo no se han hundido mil veces el convento y las torres y todo lo que vemos ahí?

—¡Ah! ¡Ese es el secreto de estas interesantes construcciones! El muro de tierra se llama *tapial*. De él eran las paredes de aquel famoso *artificio de Juanelo*, cómicamente descrito por Quevedo, y que hace años fue preciso volar, á fin de que los ingenieros dispusiesen del sitio necesario para ciertas obras. Y cuando todos creíamos que con la voladura iba á producirse formidable explosión, cádate que apenas estalla la pólvora, amortiguada por la resistencia increíble del tapial.—Y hubo que atacarlo con la piqueta, que no mordía, y gastar tiempo sin tasa en deshacer aquellas durísimas paredes...

—Y hoy día—interrogué,—¿sigue construyéndose de tapial?

—Se construye, pero se desmorona fácilmente.

te. Ellos tenían sus máculas, sus artes para darle á la tierra la densidad del mármol. Sin duda le mezclaban un hormigón especial, algo cuya composición se ignora...

Miré al viejo muro con mayor respeto. Miré ya con interés todos los paredones. En la esquina de la torre de Santo Tomé, noté sorprendida que la pared, lejos de *restar*, como se dice en términos de albañilería, hace saliente en el segundo cuerpo, con el aplomo de una torre que se cree afianzada en anchos sillares y no en un puñado de lodo cocido por el sol de tantos siglos. Y en el Alcázar—el Alcázar del Renacimiento, que desde lejos parece masa de granito que domina á Toledo con soberbia—observé también la construcción de pedruscos, algo que de cerca parece labor de confitería, tropezones de azúcar ó de dulce sobre un conglomerado de piñonate.

Un patio de Toledo.—Zapatas de madera pintadas de verde sostienen el corredor. Las plantas trepadoras, los tiestos de albahaca y clavel, lo alegran. En un ángulo, robusta columna románica, de piedra, del tiempo de los Alfonsos gloriosos, carga con el peso de la escalera. Enfrente, sobre una puertecilla, osténtase un rectángulo de delicadísimo alicatado árabe.

Estos restos admirables se encuentran allí sin que nadie les haga caso: así estaban desde el tiempo de "los padres", y "los hijos" los miran con indiferencia—algún tanto modificada cuando los alaba el viajero.

Entro en el patio sin conocer á los dueños de

la casa; me reciben como si me hubiesen tratado toda la vida; son gente modesta, de una cortesía sencilla y natural, hidalga. El marido se parece á los bustos de emperadores romanos que se ven en el Museo *degli Anticchi*: cabeza de medalla latina, facciones correctas, grueso, afeitado, grave, afable. La mujer, más vivarachita, recuerda el tipo gitanesco de Sevilla. Me siento en el sofá de paja, pido agua del aljibe, y á mi vista la cogen y me la ofrecen helada, cristalina dentro del limpio vaso. Son semi-árabes, y la hospitalidad les sale por los poros, como hábito de raza, como deber. El patio es fresco, y su traza oriental recuerda las descripciones de Amicis, de otros patios de Argel y Tánger. Aquellos toledanos á la antigua pertenecen de lleno al mundo encantador de la tradición.

El vaso de agua me sabe á gloria, y antes de entrar en Santo Tomé á saludar por décima ó duodécima vez al *Greco*, descanso un rato muy gusto.

¡El cuadro del Greco!—Como la música de Wagner, que á cada audición despierta y hiera nuevas fibras en nosotros, á cada visita, de año en año, me remueve más intensamente la sensibilidad, no sé si diga artística, porque ese cuadro pertenece á la esfera del *super-arte* y toca en lo sublime místico.—Es un cuadro *de almas*.

¡Y qué almas!—Almas de fuego, de un fuego puro, celeste; almas iluminadas, proyectadas al cielo que las supera y las llama con angélicas voces.—Almas de creyentes, de caballeros,

de héroes, de ascetas, de visionarios. San Agustín, que sostiene amorosamente en sus brazos el cadáver ricamente armado de punta en blanco del conde de Orgaz, me impresiona menos que los caballeros que detrás del santo se agrupan, penetrados de tan ardiente devoción. En el santo (magníficamente pintado, quién lo duda) se observa el empeño del artista por crear una figura *noble*, mientras los caballeros son retratos de personas vivas entonces y que tenían esas mismas caras extraordinarias, extáticas, místicas, irradiando claridad y fuerza moral; todo el vigor de una época expresado en unos cuantos rostros. Con verlos quedan explicados los batalladores de Flandes é Italia, los conquistadores del Perú y de Méjico, los arrepentidos Mañaras y Gandías, los enamorados de Teruel, los penitentes del desierto de Bolarque, los piadosos y los heroicos, los humildes y los arrogantes, los firmes en la silla y los arrodillados del reclinatorio, todo lo que nos hizo y nos deshizo, lo que nos dió carácter y sentido en la historia y en la poesía. ¡Qué caras, qué caras idealmente hermosas las del cuadro del Greco!

Y al salir de la iglesia, otra vez las calles de Toledo. Un rincón moro, un pasadizo cubierto como todavía deben de verse muchos en Tetuán. Después, el Zoco, ese resto vivo de otras edades, donde la luz eléctrica parece un solecismo, una desafinación que no se perdona. En el Zoco, en las callejas, ante la catedral, dondequiera que pueden instalarse una vieja haciendo media, dos canastos y unas balanzas de

antiguada forma, el lindo puesto de fruta. Inundado de fruta, rebosando fruta, queda Toledo, Nota de color para impresionistas. Los melones, de un verde sombrío y aterciopelado, se desparraman por la acera. A su lado amontonanse los melocotones color de paja y carmín; las acerolas del rosa más fuerte; las azofaifas de aventurina; las almequinas, granitos de oro; las marjoletas, gruesas cuentas de coral, y sobre las uvas transparentes revolotean las avispas, zumbando, ebrias de azúcar, y la bermeja piel de los pimientos reluce como bruñido jasper. Es precioso el puesto de fruta, teniendo por fondo la puerta de la catedral, bordada y afiligranada, cuajada de estatuas de santos en hornacinas góticas, y de labores maravillosas de tracería y hojarasca.

De noche, á la luz de la luna, la catedral más bella aún. La luna es el complemento eterno (aun hoy que el romanticismo ha perdido actualidad) de ciertas perspectivas que llevan en sí un romanticismo natural, inevitable. Solitarias ó punto menos las toledanas callejas, buscamos en ellas el farolillo del Cristo, la reja de la *Virgen de los alfileres* y el efecto de la luna sobre los adornos y reales de la catedral (una de las más hermosas de España, á pesar de los pegotes neogriegos que la afean y deshonoran). La luna, pródiga de su blanca claridad, acude puntual á la cita, inunda y baña las agujas de las torres, y las presta fantástico relieve, de sonada decoración. Y disfrutando la apacibilidad del instante en que el calor remite un poco—de

diez á once y media—libre ya de la insoportable chiquillería toledana que acosa al viajero pidiendo en su jerga un *canquisú*—á estas horas las madres los habrán acostado, previo un huevo y un merecido azote,—me entretengo en vagar sin objeto alguno, por rincones y callejas, como ciertó personaje de la novela *Angel Guerra*, de Galdós; sólo que más á gusto y saboreando más los recuerdos que Toledo evoca siempre.

VII

LAS ALHAJAS DE LA VIRGEN DEL SAGRARIO

Cuando una de esas imágenes que representan á la vez la patria, la fe y el arte sufre una injuria, la sentimos cual si á nosotros mismos se nos infriese. No parece sino que nos pertenece, que era del todo nuestro lo que le han quitado á la venerada efigie de los tiempos apostólicos, á la Virgen del Sagrario, de Toledo.

Llegué á la ciudad de las leyendas bajo la impresión del robo, y lo primero en que pensé fue en darme cuenta de cómo había podido realizarse. Conociendo la estructura de la catedral y la forma de las verjas que cierran el altar mayor, donde se encontraba Nuestra Señora, vestida de gala, á causa de la novena, parecíame difícil, por no decir imposible, que aun quedándose solo el templo, consiguiese ningún malhechor franquear tales obstáculos y penetrar en el recinto, para poner sacrílegas manos en las joyas.

Son las de la Virgen del Sagrario de las más ricas y bellas que adornan á ninguna Madona,

diez á once y media—libre ya de la insoportable chiquillería toledana que acosa al viajero pidiendo en su jerga un *canquisú*—á estas horas las madres los habrán acostado, previo un huevo y un merecido azote,—me entretengo en vagar sin objeto alguno, por rincones y callejas, como ciertó personaje de la novela *Angel Guerra*, de Galdós; sólo que más á gusto y saboreando más los recuerdos que Toledo evoca siempre.

VII

LAS ALHAJAS DE LA VIRGEN DEL SAGRARIO

Cuando una de esas imágenes que representan á la vez la patria, la fe y el arte sufre una injuria, la sentimos cual si á nosotros mismos se nos infriese. No parece sino que nos pertenece, que era del todo nuestro lo que le han quitado á la venerada efigie de los tiempos apostólicos, á la Virgen del Sagrario, de Toledo.

Llegué á la ciudad de las leyendas bajo la impresión del robo, y lo primero en que pensé fue en darme cuenta de cómo había podido realizarse. Conociendo la estructura de la catedral y la forma de las verjas que cierran el altar mayor, donde se encontraba Nuestra Señora, vestida de gala, á causa de la novena, parecíame difícil, por no decir imposible, que aun quedándose solo el templo, consiguiese ningún malhechor franquear tales obstáculos y penetrar en el recinto, para poner sacrílegas manos en las joyas.

Son las de la Virgen del Sagrario de las más ricas y bellas que adornan á ninguna Madona,

sin exceptuar á la de Loreto, cuyo tesoro deslumbra como visión producida por los vapores del *hatchis*. Descabalado se encontraba ya el guardajoyas de la emperatriz del cielo en Toledo, por otro robo memorable, el misterioso de 1869, que la privó de su inestimable corona imperial de oro, pedrería y esmaltes, de su bella ajorca, de la corona del Jesúsín de las Viñas y de muchas perlas y diamantes. Lo que han sustraído ahora poco vale en comparación de lo robado en aquella época azarosa, en que las catedrales temblaban al furor revolucionario. No se agota tan pronto el cofrecillo de la morena Virgen. Le quedan, descontando lo que acaban de robar, su radiante pectoral constelado de brillantes, rubíes, esmeraldas y perlas, y su fabuloso manto que vale millones, y que recuerda el zainfo de la diosa Tanit, en *Salambó*, de Flaubert. La tela de este manto no se vé, porque la cubren á tope millares de perlas finas, desde la gruesa almendra hasta el diminuto aljófár: gran riqueza aún para el tesoro de la catedral de Toledo, de la cual dijo á principios de este siglo un sabio francés, partidario por más señas del rey intruso José Bonaparte, que "no podía calcularse" el valor de sus alhajas y plata labrada.

Dando vueltas por el templo, preguntando aquí y allí y sobre todo mirando y discurrendo ni más ni menos que si fuese juez de instrucción, conseguí formar mi hipótesis acerca del modo de verificarse el atrevido y casi infructífero robo actual. La llamo hipótesis, porque no tie-

ne otro valor; pues sólo para mi recreo la forjé, interpretando á mi manera hechos que acaso no supe apreciar.

Durante la novena, la Virgen del Sagrario, trasladada desde su camarín al pie del altar mayor, se ostenta allí encima del pesado y espléndido trono de plata, revestida con sus mejores preseas y joyeles. La luz de los cirios arranca destellos á la pedrería y se quiebra dulcemente en las nacaradas perlas del manto y del superhumeral; y la codicia, encendida como tea del infierno, arde en el alma del sacrilego que medita el golpe.

A las seis de la tarde, cuando los últimos rayos de la luz solar, al través de los multicolores vidrios, bañan el oro sombrío de las artísticas rejas, las llaves del templo rechinan en las cerraduras y se retiran los vigilantes hasta las nueve, seguros de que sólo volando acertaría nadie á penetrar donde queda sin guardia la sacra efigie. Profundo y religioso silencio flota en los ámbitos de la inmensa catedral. Sin embargo, quien tuviese el oído muy fino podría percibir un ruido extraño. ¿Madera que cruje, cirio que chisporrotea, carrera furtiva de ratón, allá en la alta techumbre? No. Es el criminal que se prepara á realizar su proeza. Viene de arriba, del aposento donde, arrimados á la pared, permanecen los descomunales gigantes, semejantes, en tal momento, á una quijotesca pesadilla, y donde les hace compañía un feo endriago, la *Tarasca*, el lagartazo sobre cuyos lomos danza la descocada *Ana Bolena*. De entre estos

figurones y larvas sale el malhechor y cautelosamente se descuelga á la nave por una de las ventanas del frente de la sacristía. Sobre la baranda deja señalado en el polvo una huella de su pie y el dibujo á listas de sus pantalones de pana, que han de servir después á la justicia de acusadores y terribles indicios. A paso tácito, palpitante el corazón, se desliza hasta llegar al púlpito de la Epístola. Conocedor á palmos de la topografía y acaso de las costumbres que rigen en la basilica toledana, no ignora que, á fin de facilitar la subida á este púlpito, hay arriada una escalerilla de madera, pintada de blanco y verde, que no permite cerrar el cancel de hierro. La confianza ha abierto camino al delito; el ladrón puede penetrar en el recinto que rodea á Nuestra Señora...

Y penetra; pero si son españoles los que me leen, no dudarán que los dientes del culpable se entrechocan de pavor, y al llegar cerca de la Virgen, al ver su moreno semblante, apacible y grave, al deslumbrarle el centelleo de las joyas, se apodera de él un vértigo. La insigne novelista *Fernán Caballero* ha descrito admirablemente en *La familia de Alvareda* el terror del robo sacrilego. Atentar á lo que veneraron tantos siglos; arrancar á la Madre de Dios las joyas que ofreció la piedad; atreverse á tocar con manos abrasadas de fiebre al Paladío de Toledo... es hazaña que al más desalmado debió de costarle honda lucha.

El ladrón se aproxima, sube las gradas del trono de plata: allí, á merced suya, tiene el

manto y el pectoral, un tesoro, millones... Turbado, trémulo, ansiando ya alejarse más de lo que acercarse deseó, arranca á tientas, cerrando los ojos, lo que menos vale, lo que cree que nadie echará de ver al pronto; los dobles pendientes cosidos á la toca, el superhumeral que cierra un broche de topacio, las dos ajorcas hechas con las mitades de la que salvó del primer robo... y lo guarda atropelladamente en la faltriquera, y huye perseguido por el eco de sus mismas pisadas, temiendo que va á desplomarse sobre su cabeza la cúpula... Si no huye por el mismo camino, se oculta azorado detrás de un pilar, en el rincón más obscuro, aguardando que á las nueve abran la puerta de la basilica y entren los vigilantes y él pueda correr á arrancar las perlas y arrojar el superhumeral en un basurero, creyendo que al desprenderse de ese trozo de tela de seda se desprende de su delito...

Aunque los vigilantes perciben algo anormal en la imagen, ninguno se atreve á decirlo en alta voz; velan alarmados y mudos, esperando el amanecer, como si la claridad del día hubiese de disipar el mal sueño que les envuelve. Y á la primer misa de alba, el sacristán mayor alza los ojos y comprende... pero es el momento en que el sacerdote murmura las palabras de la consagración, y el toledano, el devoto de la Virgen, calla y reprime una emoción violentísima, que tal vez le cueste grave enfermedad; y únicamente cuando, acabado el Sacrificio, el celebrante se inclina ante el altar, exclama el

sacristán en voz ronca, velada por las lágrimas: "¡Está robada Nuestra Señora!" Y corre la fatídica exclamación, y el templo se llena de fieles, y las mujeres sollozan y se golpean el seno y se arrancan el cabello... ¡Nuestra Señora está robada!

Lo que han quitado a la Virgen del Sagrario vale, en tasa, unos seis mil duros. Si el culpable vendió los despojos, apenas le habrán dado mil. El famoso anillo del cardenal Mendoza, ya no era el que describen los inventarios. Sólo el superhumeral y las dos medias ajorcas serán irremplazables, por su antigüedad y su fina labor artística.

Sin embargo, Toledo está de luto, y la maravillosa catedral cierra sus puertas muy temprano, como en señal de duelo.

VIII

EN EL ESCORIAL

Toledo y Sevilla se disputan a los viajeros de Semana Santa y Pascua. Sevilla se lleva la palma en atraer a la gente elegante y rica. (Sería más fácil definir en qué consiste la riqueza, pues eso de la elegancia siempre cabe discutirlo y hasta negarlo, y no se palpa como los sacos de talegas, ni se reduce a cifras como el importe de las acciones del Banco y sus dividendos.) En suma, los que bullen acuden a Sevilla con preferencia, y los aficionados al arte optan por Toledo, donde no abundan las diversiones, pero existe un tesoro de arquitectura y de recuerdos.

Sevilla es una prolongación, por mejor decir, una exaltación de la vida social madrileña. En Sevilla se busca—antes que el pomposo espectáculo de las procesiones y el color local de las juergas y gitanerías—el punto de cita de la gente conocida, el torbellino acostumbrado y fatal. Los precios de hospedajes, coches y hasta del calzado son muy altos en Sevilla; no es

decir que en Toledo sean baratos; mas como allí no existen fiestas, exceptuando las funciones de iglesia, queda reducido el derroche á lo que puede significar la cuenta del hotel.

Recuerdo una Semana Santa en Sevilla, hace bastantes años, que me causó la impresión más profana del mundo. Alegría y alborozo al paso de las procesiones, de los *Señores*, *Pasos*, *Dolorosas*, encapuchados y nazarenos; una zambra africana, con gritos de feroz entusiasmo y tiros al aire, al recogerse la *Macarena* á su iglesia; bailes en todas las tiendas de la feria, mucha rondeña, mucha seguidilla, muchas sevillanas y mucho jaleo; olor de azahar, flotando en la atmósfera á competencia con el del aceite frito de las buñolerías; y en las carreras de caballos, el príncipe de Gales—entonces ni viejo ni obeso—apurando copa tras copa de Jerez, con la unción que los ingleses demuestran al acercar á sus labios el vino aromoso y dorado del Mediodía.—Porque la Semana Santa de Sevilla tiene el privilegio de atraer á las altzas de extrangis, y el Jerez es el alma líquida de España, que se insinúa en las venas. Sólo dos cosas me parecieron tristes en Sevilla: las saetas y los jardines del Alcázar. Era una tristeza delicada, bonita, necesaria para el espíritu después de asistir á las zaragatas de Silverio y oír el continuo castañeteo de los palillos en el real.—Desde entonces Sevilla cada día está más de moda. Es la romería aristocrática.

Muy solitario en cambio el único sitio hecho de molde para cultivar el recogimiento y la de-

voción que la Semana Santa inspira. Hablo del Escorial.

Si la Semana Santa fuese todavía tiempo de mortificaciones y de plegarias (cada año pierde más tal carácter), en ninguna parte debíamos refugiarnos como en la creación de Felipe II. Difícilmente se encontrará fondo tan adecuado para las lecturas y meditaciones de la Pasión. El templo del Monasterio, á pesar de lo glacial de su estilo arquitectónico, por sus dimensiones y por su misma desnudez ascética, se presta á solemnizar las ceremonias de los días santos: los Oficios nocturnos, la reconciliación, la bendición de los óleos, el expolio de los altares, el Lavatorio, las Tinieblas, la bendición de las Palmas, del Fuego nuevo y del Incienso, el Cirio pascual, la bendición del Agua bautismal, el Miserere—todos los ritos y las formas del culto que ya casi nadie sigue ni interpreta.—Las erguidas y vastas bóvedas, el majestuoso altar mayor, los claustros..., ¡qué decoración para una Semana Santa!

Y á las horas que no se consagran á prácticas religiosas, la misma solemnidad que en la iglesia, en la Naturaleza. Porque el acierto de Felipe II consistió en comentar tan admirablemente un paisaje por medio de un edificio. Allí, en la falda de la sierra de Guadarrama, con sus pálidos olivos y sus grisientas y azulinas rocas, y sus nieves en la altura, sólo el monasterio de San Lorenzo pudo elevarse. ¿Qué otra arquitectura cabría soñar?

Pendientes escarpadas; fragmentos de roca

que se hacinan como rebaño que guía el cayado de un coloso; vegetación raquítica ó extensiones enormes sin rastro de ella; y allá, sobre el azul horizonte de la montaña, el inmenso monumento, la famosa *octava maravilla*, que, de lejos sobre todo, infunde sentimiento de depresión y de melancolía incurable. La idea es de poeta, de poeta desesperado y á mal con la vida y con el mundo, deseoso de soledad, de apartamiento, y sobre todo, de protesta contra la carne. Ese edificio, en ese paisaje y destinado á ese objeto; esa pirámide real olvidada al pie de la blanca y áspera sierra, ¡qué poema, qué inspiración! Fuese resultado de la casualidad, fuese cosa pensada y resuelta, hay que decir sin vacilación alguna:

Olor de P. altísimo poeta...

La idea del Escorial fue, sin embargo, en su origen, una de esas minuciosidades de leguleyo en que acostumbraba entretenerse Felipe II. Le había destruído á San Lorenzo una iglesia, y tenía que indemnizarle alzándole otra. El santo no se quejará, de seguro, de haber perdido en el cambio. Cierto que su nueva iglesia debió de parecerle algo demasíadamente extensa y monótona, y que el estilo de la construcción quizás le oprimió el alma que había salido tan alta y triunfal de las tostadas carnes; pero al fin el homenaje era magnífico, y el mártir aragonés tuvo que agradecersele al rey castellano.

Siempre que visito el Escorial ó lo recuerdo, pienso cómo sería tal edificio en un país nublado. El tedio del Escorial es indiscutible; nadie negará que pesan como plomo sus moles de granito, los pies y los barrotes de su descomunal parrilla, sus cornisas, sus cúpulas, sus columnas, sus basamentos abrumadores; pero supongamos que sobre esta masa faraónica se tiende el celaje acuoso y turbio de Inglaterra; supongamos que la infiltra el gotear de las lluvias y la enverdece el moho de la humedad, y entonces sí que cuesta trabajo comprender cómo se podría resistir la hipocondría en ella, y cómo no se moriría allí de pasión de ánimo la gente á los tres días, confirmando el dicho de Teófilo Gautier.

¡Pero hay el sol! El sol con sus derroches de oro, con sus esplendores siempre nuevos. Y el sol acaricia y entibia las piedras, y cosquillea en sus moléculas yertas y peladas, y entra á torrentes en los claustros, descubriendo los frescos de Jordán y la chillona alegría de los ropajes de colorines y la ostentación opulenta de las piernas rosadas y las cabelleras rubias. Los claustros del Escorial no son tristes cuando los baña el sol. Y hay un patio, el de los Evangelistas, que tiene todo el carácter de paganismo grandioso y poético de los monumentos romanos. El elegante templete central; los estanquitos de mármol y los chorros de agua que en ellos caen con dulce murmullo; los señoriales y bien recortados bojés, de uniforme verdor, como capitolinos de clara esmeralda;

las estatuas, acarameladas por el tiempo, todo es puro Renacimiento italiano, con su arrogante hermosura, que hace irrupción entre la displicencia aburrída del monasterio español, y ofrece al espíritu un lugar risueño donde se puede leer á Platón ó al Tasso.

Los dos panteones, el de Reyes y el de Infantes, son la negrura y la blancura de la muerte y de la nada. El de Reyes es, en opinión general, magnífico, majestuoso y bien adecuado á su objeto; al de Infantes se le juzga con severidad; se le considera de mal gusto. No se le puede negar la suntuosidad, y algunos detalles bien ejecutados.—Al panteón de Reyes es de sentir que se le haya dado luz. La completa obscuridad, las tinieblas que apenas disipaba la vela ó el farol del guía, y que aumentaban el efecto trágico de los negros mármoles, convenían mejor á ese núcleo y centro de la Pirámide real, á ese sombrío corazón de Felipe II helado y rígido en la sepultura.

Y mirando á las regias urnas, me conmovió la de Alfonso XII, cuyos restos ya han abandonado el pudridero y reposan en compañía de los de Carlos V, Felipe II y otros monarcas á cuyos huesos no deja en paz la historia. ¡Pobre rey Alfonso! — el único Alfonso del panteón. — ¡Tan alegre, tan humano, tan expansivo, tan ingenioso! Las veces que hablé con él me produjo el efecto de que, de cerebro á cerebro, aquel rey era más tratable, estaba más al nivel de la cultura que la inmensa mayoría de sus vasallos preciados de cultos y de sabios y de

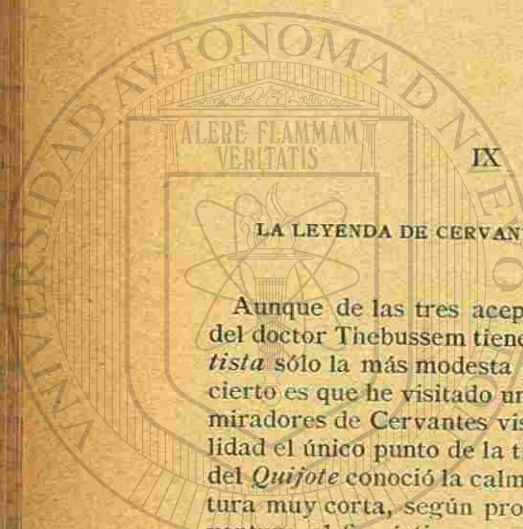
uropeos, como ahora se dice. Que allí había viveza, percepción, agilidad de entendimiento, es cosa indudable. Si ese entendimiento fresco y juvenil estaba destinado á madurar con los años, á dar fruto, ó á secarse y marchitarse, fenómeno que, según D. Antonio Cánovas del Castillo, suelen presentar los españoles listos al acercarse á los malditos treinta, sólo Dios lo sabrá. Es un enigma lo que guarda la urna de negro mármol del panteón del Escorial; un eterno enigma, para mí doblemente misterioso, porque las palabras del joven y malogrado rey vuelven ahora á mis oídos, y veo el chispear, la fulguración de sus ojos transparentes, color de venturina—ojos ya de enfermo,—al decirme: “*Si vivo*, algo haré que deje memoria de mi nombre.”

El salón de Batallas en el Escorial es otro tema nostálgico. ¡Qué de gloria sobre aquellas paredes, en aquellas secas y agrias pinturas; cuánto caballo, cuánto arnés, qué de ballestas, arcabuces y mosquetes; qué ordenado caminar de las haces españolas contra el enemigo, y cómo vienen á tierra los moros y los franceses y los salvajes y cuantos se oponen á nuestro arresto y bizarría y al esfuerzo de nuestro vigoroso brazo! Mezcla de involuntario orgullo y de dolor en la nunca cerrada herida se apoderó de mí al cruzar aquella especie de tubo, ancho pasillo sin muebles, en que dos vallas de hierro defienden las pinturas restauradas, de tan mediano interés para el arte como dignas de respeto á título de ejecutorias de la nobleza nacional.

Cuadros de muy otro valor encierran la sacristía y la sala capitular del Monasterio. Hay uno que es universalmente célebre, la *Santa Forma ó Comunión de Carlos II*, última obra maestra que produjo la espirante escuela española antes de rendirse á la invasión del italianismo, á los teatrales efectos de Jordán. Ese cuadro de la *Santa Forma* no es tan sólo un prodigio de técnica y una perfección como grupo de retratos. Es algo más. Es el alma de la España de entonces, vuelta de espaldas á lo humano y absorta en el misticismo; á la vez degenerada y llena de virtualidad psíquica; aterrada, miedosa, ligada por un conjuro, pero capaz de energías que hoy le faltan ya por completo. La figura del rey y la del sacerdote que tiende la hostia no pueden expresar más de lo que expresan. Hermosa despedida la de la escuela pictórica española con el cuadro de Coello.

Yo tengo en el Escorial otro cuadro predilecto, en el cual los críticos de arte ven qué reprehender y tachar, pero que le dice á mi alma cosas mejores que la misma *Cena* de Tintoretto y que *La túnica de Josef*, brutal y sincero trozo de Velázquez. Este cuadro *sugestivo* es, inaturalmente, del Greco. Representa el martirio de San Mauricio y su legión. Los azules, los amarillos, los verdosos del Greco dominan en el colorido general, y los grises en las cabezas ideales del santo y de los amigos y veteranos que le rodean. Una serpiente, erguida en un ángulo del lienzo, lleva en la boca un cartel blanco, donde se lee: *Domenico Theotocopuli*.

Y en lo alto, sobre la escena de matanza, ángeles soñados, incorpóreos, más puros que los ángeles de Memling, flotan en el cielo irisado de extraños reflejos, cuya luz da tono al viril, al divino semblante de San Mauricio, en el cual, en letras más claras que las del cartel, puede leerse el desprecio de la muerte, el ansia del sacrificio, la convicción del heroísmo,—algo sobrehumano, pero algo histórico también... La mejor página de una vida.



LA LEYENDA DE CERVANTES EN ESQUIVIAS

Aunque de las tres acepciones que á juicio del doctor Thebussem tiene la palabra *cervantista* sólo la más modesta puedo aplicarme, lo cierto es que he visitado un sitio que pocos admiradores de Cervantes visitan, siendo en realidad el único punto de la tierra donde el autor del *Quijote* conoció la calma y la ventura; ventura muy corta, según propia confesión, pero ventura al fin, íntima y completa. Hablo del humilde lugarejo de Esquivias, en que Cervantes amó, fue correspondido y se unió á la mujer que había de ser su compañera hasta que sus cuerpos descansasen, por voluntad expresa de la esposa, reunidos en un mismo sepulcro.

Renunciando á aquilatar conjeturas y á saber de fijo si por la época en que ideó la *Galatea* debe creerse que ya de tiempo atrás conocía y quería Cervantes á doña Catalina de Palacios y Salazar, lo seguro es que Cervantes dió con su cuerpo en Esquivias en un momento que señala nuevos rumbos á su azarosa existencia,

y la reparte en dos períodos tan agitados y activos como fecundos en adversidades, siendo Esquivias el oasis, el descanso al pie de la palmera y junto á la cisterna de frescas aguas, entre la doble extensión de abrasado arenal.

Cuando llega á Esquivias Cervantes á realizar el idilio de la *Galatea*, á ser algún tiempo el enamorado pastor Elicio, habían corrido ya su juventud y parte de su edad viril, gastadas en aventuras y empresas obscuras y heroicas, y en padecimientos cruelísimos, con la muerte siempre al ojo. Expatriado por un lance de honor; paje del cardenal Aquaviva; alistado en las milicias del Papa; navegando en los bajeles de Andrea Doria; atacando al turco en la isla de Chipre; "rompida por mil partes la siniestra mano" en la más alta ocasión que vieron los siglos: enfermo en el hospital de Gaeta; victorioso en Túnez con D. Alvaro de Bazán; inválido y olvidado buscándose la vida en Italia; apresada la embarcación en que regresaba á España por el renegado pirata argelino; á riesgo de perecer en el abordaje; cargado de hierros en la mazmorra; soñando en evasiones y en desesperadas tentativas de alzamiento, y milagrosamente salvado del cuchillo que desorejaba y de la aguda estaca que barrenaba las entrañas á sus compañeros de infortunio; rescatado al fin por la caridad, llega á Esquivias Cervantes quebrantado y maltrecho, como al puerto la combatida galera. Si el período anterior á Esquivias es de acción y lucha para el cuerpo, de lucha y acción para el cerebro y

para el espíritu es el que sigue y forma la segunda mitad de la biografía de Cervantes. En ella se contienen los acerbos desengaños del que vió su efímera popularidad de autor dramático eclipsada por el sol de Lope de Vega; del que, estimándose en todo su precio, juzgándose á sí propio el más sobrehumano y raro inventor, se encontró relegado y pospuesto, satirizado y desdenado, testigo de la popularidad, de la idolatría que inspiraba Lope, y exclamando con la plácida y serena amargura de su musa:

... que en la cumbre de la varia rueda
jamás me pude ver libre un momento,
pues cuando subir quiero, se está queda.

Después de Esquivias, en efecto, Cervantes lucha incesantemente por la vida y por la gloria; le encontramos comisario en las flotas de Indias, alcabalero, rodando por las almadrasas de Zahara (Finibusterre de la picaresca), encausado en Valladolid, preso tal vez en la cárcel de Argamasilla; conocemos la historia de sus malogradas esperanzas de conseguir honrosa colocación; sabemos de cuán poco provecho le fueron sus equívocos amigos los literatos y sus tardíos Mecenas los poderosos; le vemos mascar la hiel de la detracción y de la sátira, y al fin cruzar la puente de Toledo para recogerse á morir, fatigado de la sed que causa la hidropesía, "que no la saciará toda el agua del mar Océano".

Mas en medio de los dos períodos largos y terribles, Cervantes paladeó la dulzura de esa copa de miel que consuela y hace olvidar cualquier dolor.

La misma Naturaleza parecía narrar el pastoril idilio la tarde de Mayo en que, desviándome con placer del camino de hierro, al trote de dos poderosas mulas que arrastraban el coche, me dirigí á Esquivias, aceptando la hospitalidad que en su hermoso caserón solariego me ofrecían mis próximos y queridos parientes los Sres. de Melgar. La corta primavera castellana vestía de gajo verdor la herbosa llanura, y al borde del claro arroyuelo crecían enhietas espadañas y florecillas rojas. Eran las que recorríamos las sendas descritas en la *Galatea*; y el redil donde atezado gañán se disponía á recoger los blancos corderillos, me hizo esperar que oiría el son del pulido rabel de Elicio, ó la suave zampona de su discreta zagala. Al entrar en el pueblo me sentí todavía más cerca de Cervantes que en el campo. Esquivias está, por fortuna, igual que estaría en el siglo xvii. No hace falta hervor de fantasía para reconstruir lo pasado. Sevilla, Toledo, Madrid, conmemoran otros sucesos, tienen otras efemérides, han cambiado mucho; en la Mancha, el paso de Cervantes no dejó tan claras huellas: en Esquivias se diría que va á volver á la que-rencia del nido de sus amores. En la plaza, que la hacen algunos caserones y el Ayuntamiento, con sus arcadas á lo Carlos V, parece que sólo falta el aguerrido tercio entrando á tambor

batiente, bandera desplegada y mosquete al hombro.

El primero á quien interroguéis en Esquivias os contará, como se cuenta una tradición de familia, las andanzas de Cervantes, sus contrariados amorios, sus felices nupcias. Sabréis cómo el soldado manco, el redimido de Argel, llegó un día á aquel pueblo, y sin que le adornasen las gracias de la mocedad ni los prestigios de la riqueza, con su mano rota y sus corvas espaldas, rindió el corazón de la joven y noble dama doña Catalina de Palacios, que sin duda se prendó de él como Desdémona de Otello, al oírle narrar sus trabajos, sus viajes y sus batallas. Bien narraría Cervantes, pues bien le quiso la doncella; tan bien como la veneciana al moro. Añadirán que un D. Gabriel ó don Alonso de Quijada, tío ó primo de *Galatea*, pretendiente á su mano, y muypreciado de linaje, quiso desbaratar la unión y poner insidias á Cervantes, echándole de Esquivias; y que un buen clérigo, también pariente de doña Catalina, no paró hasta que bendijo los desposorios y ofreció en su propia casa asilo á la pareja, donde disfrutase la noche de bodas. Y os jurarán que Cervantes, por única venganza, retrató al hidalgo Quijada de Esquivias en los rasgos cómicos de *Don Quijote*, y describió á lo vivo su morada y sus costumbres, que no hiciera más un novelista contemporáneo de la escuela del *documento*.

Para corroborar la relación, os enseñarán la casa del cura, intacta, en perfecto estado de

conservación, llamada *de los duendes*, porque todavía hoy un espíritu travieso y maligno que rompe á deshora las ramas de los árboles de su jardín y azota los vidrios y las tejas, y veréis la alcoba nupcial, y el mirador donde Cervantes escribía sus entremeses, donde quizás ideó el *Quijote*... Tampoco dejaréis de visitar la morada del *ingenioso hidalgo*, ó sea el caserón de Quijada, con su característico patio, cuya herrumbrosa argolla sujetó al flaco Rocinante, y tras de cuya puerta creemos divisar el lanzón comido de orín. Bajaréis á las frías cuevas en que se guardan los afamados vinos de Esquivias, y hallaréis las tobosescas tinajas. Para completar la impresión cervantesca, os servirán á la cena salpicón y palominos, y oiréis al día siguiente misa en el altar que escuchó los juramentos de eterna fidelidad de Elicio y su pastora.

Ya sé qué parte de la encantadora leyenda carece de pruebas documentales, y no sería fácil demostrar que el ridículo hidalgo de Esquivias y D. Quijote son una misma persona, transformada y agigantada por la inspiración. Esta carencia de unos cuantos papelotes apolillados no me aguó el placer de la visita á Esquivias. Si engañan las consejas y las tradiciones, también engañan los documentos, también inducen á confusión, también mienten deliberadamente en ocasiones, también se suelen interpretar de un modo fantástico. Hice, pues, excelentes migas con el entusiasta cervantista D. Víctor García, justamente porque él creía á pies junti-

llas en la tradición, y la apoyaba con un sinnúmero de curiosos detalles y observaciones sagaces y pacientes, fruto de sesenta y pico de años de perpetua fiebre de evocación, años en los cuales ni una pedrezuela de las calles de Esquivias dejó de examinar el buen anciano, por si descubría huellas del paso de Cervantes.

Más conmovedor todavía que el episodio amoroso, es la tentativa que hizo Cervantes, herido ya de muerte, para buscar la salud en Esquivias, donde antaño había encontrado la ventura. Al tornar desahuciado de Esquivias á Madrid, en el camino recibió la postrer impresión halagüeña, el homenaje del obscuro estudiantillo que, con mejor acuerdo que sus contemporáneos, proclamó á Cervantes *regocijo de las musas*, dando motivo á la melancólica despedida — tan semejante á la del Otelo de Shakespeare — del escritor alegre y moribundo: "Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos..." ¿Quién sabe si era la última bocanada del aura de Abril en los prados de la *Galatea*, el último eco de la juventud en el corazón del viejo?

Cervantes murió pocos días después.

ARAGÓN

I

EN ZARAGOZA

La supremacía otorgada por el consenso general á Nuestra Señora del Pilar sobre las demás Vírgenes predilectas de la nación española, es un hecho que se presta á reflexiones, y yo hubiese podido hacerlas cuando, ya anochecido, llegué á Zaragoza. Es la tercera vez que voy á arrodillarme en el Pilar, sin más objeto que satisfacer el gusto de estar en Zaragoza unos días. La primera — ¡cómo lo recuerdo! — me precipité ansiosa de contemplar las nobles tapias acribilladas por las balas francesas. A pesar de todas las lecturas, me costaba trabajo creer que los muros zaragozanos fuesen tan débiles, sólo de tierra y ladrillo. Vi que, en efecto, el regatón de mi sombrilla alcanzaba á descalabrar profundamente aquellas defensas ilusorias. La resistencia, allí, en una ciudad tendida como un tapiz sobre la fértil llanura, la hizo

llas en la tradición, y la apoyaba con un sinnúmero de curiosos detalles y observaciones sagaces y pacientes, fruto de sesenta y pico de años de perpetua fiebre de evocación, años en los cuales ni una pedrezuela de las calles de Esquivias dejó de examinar el buen anciano, por si descubría huellas del paso de Cervantes.

Más conmovedor todavía que el episodio amoroso, es la tentativa que hizo Cervantes, herido ya de muerte, para buscar la salud en Esquivias, donde antaño había encontrado la ventura. Al tornar desahuciado de Esquivias á Madrid, en el camino recibió la postrer impresión halagüeña, el homenaje del obscuro estudiantillo que, con mejor acuerdo que sus contemporáneos, proclamó á Cervantes *regocijo de las musas*, dando motivo á la melancólica despedida — tan semejante á la del Otelo de Shakespeare — del escritor alegre y moribundo: "Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos..." ¿Quién sabe si era la última bocanada del aura de Abril en los prados de la *Galatea*, el último eco de la juventud en el corazón del viejo?

Cervantes murió pocos días después.

ARAGÓN

I

EN ZARAGOZA

La supremacía otorgada por el consenso general á Nuestra Señora del Pilar sobre las demás Vírgenes predilectas de la nación española, es un hecho que se presta á reflexiones, y yo hubiese podido hacerlas cuando, ya anochecido, llegué á Zaragoza. Es la tercera vez que voy á arrodillarme en el Pilar, sin más objeto que satisfacer el gusto de estar en Zaragoza unos días. La primera — ¡cómo lo recuerdo! — me precipité ansiosa de contemplar las nobles tapias acribilladas por las balas francesas. A pesar de todas las lecturas, me costaba trabajo creer que los muros zaragozanos fuesen tan débiles, sólo de tierra y ladrillo. Vi que, en efecto, el regatón de mi sombrilla alcanzaba á descalabrar profundamente aquellas defensas ilusorias. La resistencia, allí, en una ciudad tendida como un tapiz sobre la fértil llanura, la hizo

la constancia, el tesón inquebrantable de la raza; ese resorte que nosotros perdimos, que ahora sostiene á los *boers* y les enseña á poner al coloso inglés la ceniza en la frente. Eramos nosotros los *boers* de entonces, animados por verdadera fe religiosa y la energía propia de nuestra leyenda. Y como, en aquella primer visita á las ilustres tapias, aún no habían sucedido nuestras desventuras, y con un poco de optimismo cabía esperar que bajo la ceniza se conservasen las chispas del fuego, yo tuve unas horas de engrimiento patriótico, de alegría objetiva, de ilusión.—Decayó mi entusiasmo cuando conseguí que me permitiesen ver la Aljafería. Los salones de soberbias techumbres artesonadas al estilo árabe, pero que pregonan la reconquista en sus yugos y flechas, nudos gordianos, letreros del *Tanto monta* y otros emblemas de los Reyes Católicos, sirven ahora de arsenal, y allí se veía en hileras y trofeos el armamento destinado al ejército español. Soy lega en estas materias, pero me sucede lo que á los hombres, que sin entender de modas, por impresión juzgan del atavío de una dama, y suelen acertar. Así á bulto me parecieron anticuados los modelos de fusiles, y no me satisfizo ni la colocación, ni la limpieza de aquella armería. Salí de allí preocupada. No me distrajo ni el famoso balcón de la Gitana, desde el cual el conde de Luna ordenó que cayese la cabeza de su hermano el trovador Manrique, y hasta se me figuró que es una descabellada patraña la leyenda en que se funda García Gutiérrez.

Por entonces aún estaba en pie un monumento que Zaragoza, no muy rica en edificios artísticos relativamente á otras ciudades españolas, no debe consolarse nunca de haber perdido: la Torre inclinada, que á pesar de su respetable fecha de varios siglos, *nueva* seguía llamándose. Curiosa torre, que conservaba en su adorno tan elegante y delicado huellas visibles de que en ella trabajaron reunidos maestros cristianos, judíos y moros. La mezcla del gusto gótico y del árabe, en la torre hermosísima, parecía emblema de lo que hubiera debido ser España si hubiésemos sabido amalgamar y fundir con la nuestra las razas conquistadas, en vez de arrojarlas de nosotros como el mar arroja el cuerpo muerto. Esas torres, en que se unieron los dos grandes elementos hispanos, el cristiano y el sarraceno, y dieron por resultado una joya primorosa del arte; esa torre que fue además profundamente nacional por su heroica misión de anunciar la caída de las bombas durante el sitio, era para mí toda la nacionalidad. Con tal cariño la miraba, que un chicuelo baturro, acercándose á mí, y burlándose, por supuesto, me interpeló:

—¿Te gusta la Torre Nueva, franchuta?

¡Ay, si me gustaba! Mis ojos no sabían apartarse de sus torrecillas menudas, de sus franjas de arabescos, de sus góticas galerías, de sus ojivas finas y estrechas, de la curiosa, atrevida, gallarda columna de trescientos pies de elevación, y á la cual la inclinación misma prestaba singular encanto, como de enigma... Cuando

volví á Zaragoza, la Torre Nueva había desaparecido, bárbaramente arrasada, sin que la piadosa idea de reconstruirla en otra parte hubiese germinado en los cerebros de los vándalos demolidores...

¿Y á qué negarlo? Si la Torre Nueva se captó toda mi benevolencia, el templo del Pilar fue una decepción. No esperaba encontrar allí la primitiva capilla construida por el apóstol Santiago para conmemorar la aparición de la Virgen en carne mortal, primer altar erigido á Nuestra Señora en el mundo; pero tampoco me formaba idea de una basílica tan profana. Por extraño caso, ha sido desgracia para los monumentos levantarse en países ricos y poderosos. El vandalismo hizo en ellos doble estrago. Las edénicas tierras de Levante, que acabo de recorrer, apenas conservan iglesias góticas, y de románico no se hable. El exceso de bienestar se tradujo en impías reconstrucciones, y se barriaron los escombros para alzar edificios de mal gusto. Del Pilar, tal cual se construyó en el siglo XIII, no quedan sino el retablo y la sillera del coro. Las postrimerías del siglo XVII, con el torrente de barroquismo que en ellas se desató, grabaron su sello en este templo del Pilar, vasto sin grandeza y rico sin magnificencia. Los techos al fresco, la traza de las columnas, hacen pensar en un teatro; por mejor precisar la impresión, en el suntuoso vestíbulo de un palacio allá en Roma. El templo no es *mariano*, no es un afeminado camarín como el de la Divina Peregrina en Pontevedra; ni aun re-

viste ese carácter: es más frío, más desconcertado. Y sin embargo, bajo estas bóvedas que aplanan el alma en vez de elevarla al cielo, es donde ha brotado con más fuerza y empuje la florescencia de la fe ardiente, incondicional, enajenada. Como si estudiasen el modo de acrecentarla, la sacratísima efigie apenas se ve: no se distinguen sus lineamentos. Tanta plata, tantas alhajas, tanto cirio, la verja que no permite acercarse al altar, impiden que los ojos distingan pormenores.

Gana así, con el misterio, la devoción. ¡Cómo se ha extendido! No ya Zaragoza, sino Aragón; no ya Aragón, sino toda España, hacen de esta Virgen el Paladio nacional. Y nótese que la afición á la *Pilarica*—la *moda* diría, si me atreviese á aplicar tal nombre á cosas superiores á él—es de ahora, reciente, y en gran parte obra de artistas, de literatos, de músicos, de periodistas. Los milagros y grandezas de los santos, por cierto, eran más discutidos antaño que hoy. Ahora nadie aplica la crítica á la mayor ó menor autenticidad de los sucesos prodigiosos en que el Pilar funda sus preeminencias; en otras épocas se hilaba delgado en tales puntos; había exclusivismos, particularismos de la devoción, emulaciones entre pueblos y envidias entre santuarios; la tradición del Pilar, que se apoya en un código existente en el archivo de la catedral de Zaragoza, no hay que decir si fue combatida. En el día ni aun la conoce la gente que va á postrarse allí, y mientras otros santuarios y otras efigies nombradísimas, como

la de Guadalupe, van quedando relegadas al olvido, el Pilar sube y triunfa, no tanto por el esfuerzo de los verdaderos devotos como por un impulso general, de la colectividad, por mejor decir, de la nacionalidad, cuyo desmayado aliento y decaída pulsación se concentran en el Pilar mármóreo, último emblema de cualidades y virtudes propias del alma española, que poderosamente contribuyeron al antiguo engrandecimiento de la patria.

Por eso, principalmente, ningún español, al sentar el pie en Zaragoza, deja de visitar la simbólica columnita. Y por eso me sorprendió no encontrar la Basílica más concurrida. Era la misa de doce la que oí. La primera vez que vine á Zaragoza no se cabía; la segunda, recuerdo que había bastante gente, y que los baturros, después de haber rezado, se despedían con la mano, familiarmente, de la Virgen. Ahora la soledad, la falta del apasionado murmullo de los rezos, me causó una especie de frío. Cualquier otra iglesia quizás me agradase más solitaria; aquélla, el Pilar... jatestada, rebo-sando!

Entre las personas que me acompañaron al Pilar estaba el presidente de la Cámara de Comercio de Zaragoza y de la Asamblea, Basilio Paraíso. Del templo salimos para almorzar en la Quinta Jufleta, un sitio amenísimo, de una coquetería de jardín de abanico, y donde la abundancia de agua de que se puede ufanar Zaragoza ha permitido simular un riachuelo y formar dos estanques orlados de flores y arbus-

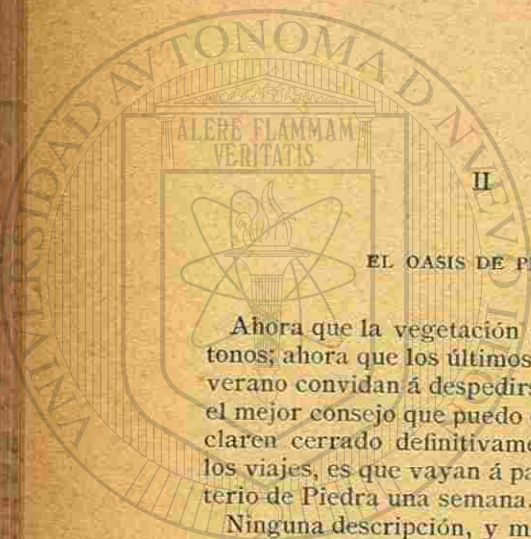
tos, en que bogan patos y gansos, atropellándose para llegar al puentecillo desde el cual les arrojamamos mendrugos de pan. El sol espléndido, el día dorado y tibio, de dulce otoñada, llenaba el espíritu de placidez gozosa. Se me habían disipado los pensamientos relacionados con los destinos de la patria, únicos que tuve otras veces en Zaragoza; y sólo pensaba en lo grato del instante, viendo desde el balconcillo de la Quinta la perspectiva de la ciudad—que después fuimos á contemplar desde el Cabezo de Buena Vista.—Hablábamos de política, y casi me costaba trabajo seguir el hilo de la conversación. Campo, sol, flores, agua, son poderosos calmantes. La Zaragoza heroica, la que hizo morder el polvo á las águilas imperiales, desaparecía para mí. A lo lejos divisábamos, no sólo cúpulas y torres de iglesias, sino chimeneas de fábricas, que se han multiplicado en estos últimos tiempos, creando una Zaragoza industrial muy activa, deseosa de emular á Cataluña en laboriosidad y riqueza legítimamente ganada.

Entre los recuerdos mejores del viaje cuento el almuerzo zaragozano, que me proporcionó ocasión de escuchar á Paraíso. El nombre de este aragonés apenas era conocido en España hace un año, y ahora se pronuncia y suena dondequiera, ya con el acento de la esperanza y de la simpatía, ya con el del enojo y la reprobación—que así se repiten los nombres si la fama los lleva en sus alas.—Basilio Paraíso vino á mi pueblo, á Marineda, en Junio, á celebrar un

meeting, pero entonces no me fue posible conocerle. La fortuna me deparó ahora ver más de cerca al regenerador económico, que, á decir verdad, me produjo impresión del todo favorable. Basilio Paraíso tiene la franqueza algo ruda de su raza, unida á mucha cautela y serenidad, á una ingeniosidad espontánea, á la tenacidad, la derechura y el sentido práctico. Modesto, su rápida popularidad ni le ha desvanecido ni ha despertado su ambición. Se propone un fin, y va á él resueltamente, á pesar de los compromisos políticos, de los quebrantos de la salud y del abandono de los quehaceres. Este hombre ilustrado, que estudió dos carreras, es fabricante de lunas, ó mejor dicho, adorna y pule las lunas que vienen fabricadas de Saint Gobain, las decora al estilo veneciano, dora los marcos y los talla ricamente; industria bonita, fina, en que las mujeres encuentran empleo y labor, porque son más cuidadosas para la difícil aplicación de la hojuela de oro. Lástima que España no esté llena de fabricantes por el estilo... ó por otro: no seamos exigentes.

En el jardín de la fábrica, bajo el cenador de enredaderas, de España hablamos, de su porvenir, de sus abiertas llagas. Y sin que Paraíso haga alardes de patriotismo—en la misma calma de su voz, desmentida por el estremecimiento de sus nervios, visible en la cara—comprendo que este español ha sufrido, ha sentido, ha llorado quizás por dentro, y tampoco cree que tengamos el derecho de cruzarnos de brazos... Su remedio será más ó menos infalible—

no es aquí lugar de discutirlo,—pero él quiere aplicar remedio y lo aplicará, si el país le secunda, que lo dudo.—El remedio de la Hacienda es el más necesario para sentar las bases del porvenir.



II

EL OASIS DE PIEDRA

Ahora que la vegetación se reviste de ricos tonos; ahora que los últimos días radiantes del verano convidan á despedirse de la naturaleza, el mejor consejo que puedo dar á los que no declaren cerrado definitivamente el período de los viajes, es que vayan á pasarse en el monasterio de Piedra una semana.

Ninguna descripción, y menos la mía, ni las estrofas de Núñez de Arce, ni el poema de Campoamor *El amor y el río Piedra*, ni las fotografías, ni el lápiz, ni el pincel pueden dar aproximada idea de la soberana hermosura del oasis de Aragón. La excursión es fácil y cómoda. Piedra está á seis horas de Madrid por ferrocarril y dos de coche desde Alhama. Tal vez esto no te parezca recomendación, lector mío. Por sedentario que seas tienes, á fuer de español, algo de aventurero. Ir lejos es ya media poesía. Trasládese á Suiza la maravilla de Piedra y soñarán con ella los *turistas* de España. Así es la humanidad y así ha de ser siempre.

He llamado *oasis* á Piedra, no por gala retórica, sino porque es el nombre exacto que hay que darle. El territorio que á Piedra rodea es un desierto árido y ardiente. Ni rastro de habitación humana: dilatados campos sin árboles, que calcina implacable sol; montañuelas calvas, color de tierra de siena ó de un gris acorado que refracta la luz y ciega la pupila; la carretera amarilla, polvorienta, seca; las viñas á flor de suelo, abrasadas. Único accidente de tan fastidioso trayecto es el lugar de Nuévalos, que según alguien dijo acertadamente, debiera llamarse de *Viejalos*, porque su caduca traza, su denso arbolado, su torreón cubierto y sombrío y sus casas desmanteladas y ruinosas evocan la Edad Media, la época de los Urreas y los Lunas, y recuerdan decoraciones del último acto del *Trovador*. Desaparece Nuévalos, y el camino que trepa en laboriosas curvas monte arriba, vuelve á convertirse en el páramo de tierra roja.

Estamos al pie del monasterio sin sospechar aún la presencia del oasis. Piedra es huerto cerrado y fuente sellada: al pronto sólo vemos una larga muralla guarnecida de cubos; una torre cuadrada, que es la del Homenaje, con balcón saliente y diadema de almenas; un ancha puerta, un patio descomunal, y las construcciones del monasterio, que no son tan notables que justifiquen nuestra venida. Penetramos en el edificio, cruzamos sus anchurosos pasillos, iluminados por ventanas redondas que en vez de vidrios tienen placas de alabastro

translucido, refinada precaución contra las variaciones de la temperatura; dejamos el equipaje en las celdas que nos destinan en la hospedería, y aún no adivinamos el oasis.

Sin embargo, ya escuchamos un rumor constante y profundísimo, una acompasada melopea... Es el agua que se precipita, todavía no sabemos dónde. Buscamos la salida al huerto; la descubrimos; experimentamos una sensación de frescura deliciosa; nos protege tupida cortina de árboles, frondosa decoración de selva; un paso más y casi retrocedemos de susto: es que nos sale al encuentro una de las cascadas, un raudalazo de agua repartido en chorros verdes recamados de espuma, y rodando con ímpetu prodigioso sobre las peñas vestidas con musgo de terciopelo...

No quisiera que los rasgos generales de esta descripción de Piedra se pudiesen confundir con los de otras descripciones de sitios donde también haya árboles, cascadas, lagos y grutas. Es preciso que, si mi pluma no consigue retratar la divina belleza del oasis, á lo menos consiga expresar en qué vence y eclipsa á otros sitios pintorescos de España y de Europa. Sépase, pues, que las ocho ó diez cascadas de Piedra, entre las cuales hay alguna como la *Cola del Caballo*, que pasa por no conocer rival sino en las cataratas del Niágara, se pueden visitar en el espacio de una tarde, pues las contiene un recinto de barrancos y despeñaderos que sólo parece grande porque es grandioso, y que oculta celosamente este prodigio de la naturaleza,

recatándolo tan bien, que hasta estar dentro del huerto mismo ni se sospecha la existencia de tales cascadas.

Majestuoso, selvático y horrendo en parte, el huerto de Piedra es á trechos suave, plácido y de una delicadeza inverosímil, casi *mièvre*, afeminado lo mismo que un cartón de tapiz francés ideado por Boucher. Los retozos y juegos de cualquier río que formase tales cascadas serían ya admirables; pero el Piedra—lo dice su nombre—no sólo pinta y decora, sino que esculpe; y no hay crestería gótica ni encaje flamenco de más complicados dibujos, de calados más primorosos que los que labra el Piedra petrificando raíces, hojas y ramas. Por último, siendo Piedra el lugar donde he visto más agua junta, quizás sea de los menos húmedos; enjutos están los senderos; secas instantáneamente las mismas lajas por donde momentos antes resbalaba el chorro; podéis andar por allí con zapato de taflete, y desafiar al reuma, que no os obligará á curaros en la vecina Athama. Si hago notar esta particularidad de no ser húmedo Piedra, es porque en la sequedad y diafanidad del aire consiste mucha parte de su hermosura. El matiz ó *pátina* de Piedra es incompatible con la humedad. Piedra está dorado, tostado, irisado como esos preciosos platos de reflejo, hispanoárabe, que salieron de los hornos de Manises. Para expresar el tono de los barrancos que cierran el *Lago del silencio* habría que decir que son de esmalte y *terracota*.

Lo increíble es la variedad de este paisaje,

contenido en un huerto de las dimensiones de un parque regular. Hay sitios donde los recios y disformes troncos de los árboles centenarios, retorcidos como enormes sierpes, los abruptos riscos y los precipicios pavorosos, la furia y fragor de los saltos de agua se imponen al ánimo, y explican la uniformidad de los *pensamientos* escritos en el álbum de Piedra, que casi todos manifiestan cierto terror, al hablar del poder de Dios, de su inmensa majestad, de la pequeñez del hombre; pero fijémonos en que á la vuelta de un senderillo está el contraste, los más graciosos, dulces y serenos paisajes que cabe imaginar, y entre ellos el romántico *Lago del silencio*, que parece fruto de los estéticos antojos del rey Luis de Baviera. Dudo que el real maniático, soñando en escenas de *Lohengrin*, derramando el oro y derrochando fantasía, crease cosa tan sentida, sugestiva y melancólica como este lago, donde sólo faltan los ondulados cisnes de la leyenda. Cautivas sus aguas entre las altísimas escarpas de un barranco, en las cuales se abren grutas, por ejemplo, la del *Desertor*, donde anidan y salen revoloteando y exhalando su ronco arrullo las palomas zuritas, reina en sus márgenes un silencio y una languidez misteriosa.

En el fondo del lago crecen plantas finísimas, que el agua columpia y que forman á sus puros cristales un lecho de felpa verde pálido, con flotar de cabelleras de ninfas; las orillas las guarnecen matorrales y arbustos péndulos de una delicadeza ideal; y deciros lo que es

todo esto copiándose en el mágico espejo del lago; deciros los colores de rosa, nácar y azul celeste que pintan las nubes sobre la superficie cuando la brisa no la quiebra; deciros la aparente calma, la *morbidezza*, la *nerviosidad* íntima de semejante paisaje... conozco que es ardua tarea, y repito el consejo de que vayan á verlo los que sepan ver. Algunas veces me ha dicho un crítico eminente, que tiene el defecto de escribir poco, que yo miro la naturaleza al través de la literatura. En el *Lago del silencio* comprendí que no carece de exactitud la observación. No podía yo abstraer la idea del lago de la de los libros de caballerías, donde hay lagunas subterráneas con palacios de cristal en el fondo, y en los palacios alguna encantada damisela, guardada por un dragón de abiertas fauces...

En el huerto de Piedra bien se puede asegurar que se camina de asombro en asombro.

Dicen que no es muy caudaloso el río Piedra: yo sé decir que nunca he visto río que tanto me lo pareciese; nunca la belleza peculiar del agua—que es al paisaje lo que á la cara los ojos—se me presentó tan radiante y magnífica. Los dos hermosos brazos líquidos pero esculturales del Piedra, á cada momento nos ciefen y nos deslumbran. Ya dimos con la *Iris*, una cascada *trianonesca*, monumental, arquitectónica, cuyos raudalillos bien colocados recuerdan el clásico desplome de las fontanas de Roma, el *Acqua Paola*, el *Acqua Vergine*; un poco más allá divisamos una cortina de te-

núsimo vapor, la *Caprichosa*, cuya aljofarada imperceptible llovizna, casi polvo microscópico de agua, nos acaricia el rostro sin humedecerlo siquiera, á modo de ráfaga de perfumes que el aire se lleva tan pronto como la trajo; y aquellos tules blanquecinos y grises, que heridos oblicuamente por el sol aparecen salpicados de pedrería, flotan al gusto de los céfiros, se desgarran, se disipan, pero ya vuelve á tenerlos la tejedora invisible.

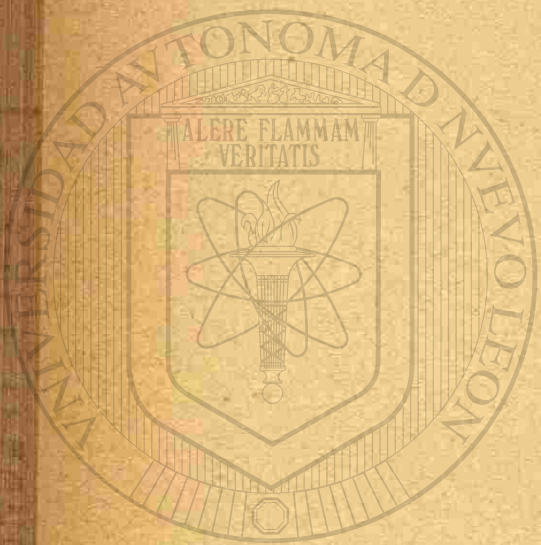
Acometed la subida de esas escalerillas abiertas en la roca; arrostrad esa cuesta que os conduce á fragosidades donde el río se despeña con mayor inquietud y enojo; ved la cascada de los *Fresnos*, y notad su ímpetu de torrente, sus torsiones convulsas, los espumaraños que le arranca la cólera de verse á cada instante detenida en su carrera, y reparad la salvaje gracia de los puntos de vista, la originalidad de las petrificaciones, sin olvidar la gruta donde el río, remedando pináculos y archivoltas, ventaniles y rotas cresterías, fingió la portada gótica de una catedral, cuyas naves derruidas se pierden en el seno de la tierra...

Y reservad á propósito para lo último, á fin de que la impresión no decaiga, la cascada, la catarata, mejor dicho, de la *Cola del Caballo*, formada por la unión de los dos brazos del río, que al encontrarse, se arrojan juntos, como los desesperados amantes de la tradición, á un abismo de sesenta varas de profundidad. El espectáculo es realmente sublime, y con razón Quadrado, que tan bien siente las bellezas natu-

rales y arquitectónicas, dice, hablando de este salto formidable, que el nombre de *Cola del Caballo* es el símil menos grandioso que para él se pudo adoptar. Despénase el raudal con vehemencia terrible, imagen viva de la desesperación; el ruido es medroso, asorda y pone pavor en el alma; y lo que más excita la imaginación es entrever, detrás del magnífico arco de la catarata, la boca de una gruta, velada por el raudal y por el vapor que levantan las aguas al deshacerse con la violencia del salto.

Esa gruta atrae al viajero porque parece, no sólo peligrosa, sino inaccesible. Importa advertir que si bien en Piedra no se corre el menor riesgo, y hasta, como dejo dicho, puede una pulcra dama, con zapatos de tafilete y traje veraniego, recorrer el huerto de punta á cabo, no falta nunca un picorcillo de miedo agradable que realza las sensaciones generalmente plácidas de la hermosura natural. Y no penséis que la catarata de Piedra no tiene su drama; ó poco hemos de vivir, ó he de contároslo.

Quando vayáis á Piedra, si lográis la suerte de gozar un día despejado, sabréis lo que son los muros del tocador de las hadas, viendo desde la gruta, á eso de las cuatro de la tarde, refractarse un rayo de sol al través del agua que se precipita al abismo.



CATALUÑA

I

GÉNEROS DE PUNTO

La proximidad del invierno, que para los ricos es la señal de sacar á relucir terciopelos, felpas y pieles, para la gente de poco pelo da actualidad á los géneros de punto, á la modesta *bonneterie*.

No ha mucho visité en Mataró una fábrica de este artículo, la de los Sres. Marfá. ¿Habéis notado cuánto ignoramos de las cosas más usuales, corrientes y trilladas de la vida? Yo no sabía, es más, ni sospechaba cómo se puede fabricar un par de medias. O por mejor decir: en ese particular me encontraba casi casi en los últimos años del siglo xviii, antes de la invención de los telares mecánicos. Como parte de educación, en el capítulo de *labores de mi sexo*, me había enseñado una maestra de costura, del tipo más clásicamente español, á *calcetar* medias, menguando y creciendo lo que Dios manda, con mi correspondiente paillero de plata al

cinto y mis agujas relucientes, cuyo *tiqui tiqui* me parece escuchar aún. Las tales medias hechas á mano tenían, por cierto, una figura muy rara, nada conforme con las reglas de la humana anatomía, la plástica real.

Los primores del género eran los *calados*, y el sumo refinamiento las medias, no de seda, sino de hilo de Escocia finísimo, que puesto resultaba casi diáfano. Creía, pues, sinceramente en mis primeros años que la mujer bien instituida debe saber hacer media. El progreso ya había dispuesto entonces las cosas de otro modo. Y algunas visitas á las cárceles me han convencido de que los únicos seres que todavía *calcetan* á fines del *xix* son los presidiarios.

La fábrica de Mataró vino á demostrarme, sin embargo, que los géneros de punto siguen siendo labor de mi sexo. En aquella hermosa y activa fábrica apenas trabajan los varones; obreras forman el núcleo del personal. La obrera catalana es una figura inconfundible con la modista ó la chula madrileña, tanto, verbi gracia, como éstas lo son con la aldeana gallega. Un aire extranjero, francés ó belga, cierta elegancia de silueta, cierta sencillez seria en el peinado, el talle hecho flexible por la serie de movimientos á que el trabajo obliga, un vestir aseado, con trajes de indianas claras, un calzar más práctico que coquetón, no desdenando la alpargata pero esmerándose en la media—esto es la obrera catalana en general, y en especial la mataronense, á que ahora me refiero. En la fábrica de géneros de punto la mujer

encuentra adecuado empleo á sus facultades, admitiendo la suposición, más general que fundada, de que la mujer es mañosa antes que fuerte.

Las grandes máquinas tejedoras se encargan de la gruesa labor del punto en grandes proporciones, y arrojan metros y más metros de tejido sólido y flexible, ya liso y clarillo, ya denso y peludo por el revés. Lo que en la fábrica entró en forma de ovillo ó bobina de algodón hilado, tiene que salir para el comercio en forma de camiseta elástica, de calzón de punto, de docena de medias ó calcetines, perfectamente prensados, estirados, presentaditos en su caja de cartón. El ovillo ó bobina ha sido preparado en otra fábrica regional, porque Cataluña se precia de no deber nada al extranjero, y pocos días antes de mi visita á Mataró había visto blanquear, hilar, teñir, devanar el algodón en los talleres del marqués de Santa Isabel.

Lo que más me interesó en la fábrica de géneros de punto, fueron las ingeniosas y variadas máquinas con las cuales se han resuelto los problemas de tejer el pie de la media, de adaptarlo á la caña, de hacerle la costura, de abrir y orillar los ojales de la elástica, de reforzarla, de realizar infinitas operaciones en que no piensa ni por asomos el que entra en una tienda á adquirir una prenda de abrigo, ahora que están inflando los carrillos los cierzos madrugadores, y las pulmonías se aprestan á emprender su campaña de invierno.

Las máquinas, que con una inteligencia mis-

teriosa, con una especie de comunicación magnética del alma humana, desempeñan esos complicados oficios, son en su mayor parte variaciones sobre el tema de la humilde y casera máquina de coser. Yo tampoco sabía (¡pero repito que es tanto y tanto lo que uno no sabe!) que se hubiese sacado semejante partido de la idea de la tal máquina.

La infatigable costurera de hierro, acero y palo, ha visto acrecentarse su estirpe y nacerle un sinnúmero de hijas y nietas más mañosas, más activas aún que ella misma, que ejecutan mil habilidades y gracias. Una rueda de agujas, parecida á la de Santa Catalina, es la que adhiere el pie á la caña de la media; y es gracioso el interminable vaivén y el caer y picar de tanta agujita, que parecen movidas por el aliento de algún gnomo. La obrera no tiene más que presentar la labor y colocarla de suerte que la máquina pueda morder en ella.

En pocas manufacturas se disfrutará mejor el espectáculo de la colaboración de la máquina con la mano. La máquina teje, calceta, cose; la obrera corta, prepara, coloca, remata, dobla, marca y empaqueta. Al ver los ingentes montones de peludas elásticas y de chalecos de Bayona, que con sólo su aspecto hacen sudar; al contemplar tales pirámides y hacina-
 mientos de medias blancas, crudas y de mil colores; al saber los precios, realmente increíbles por su baratura, que todo ello vale y cuesta; al considerar los miles de telares que á estas horas, no sólo en nuestra portentosa Cata-

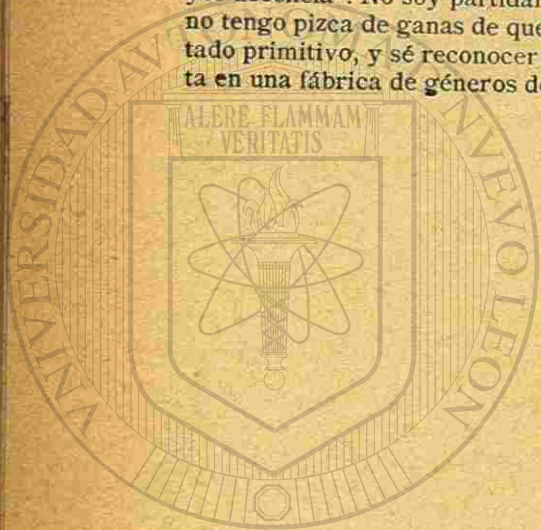
luña, sino en todo el mundo civilizado, se dedican á igual faena, pasma que todavía ande por ahí tanta gente llevando desabrigado el torax y desnudas las extremidades inferiores,

unos por falta de medios
y otros por falta de medias,

como dice la copla. Porque la imagen que surge de esta visita á la fábrica de Marfá es la de una humanidad arropada, muy arropada, á prueba de romadizos, resfriados, corrientes de aire y humedades de todo género. La triste visión del invierno, de los niños arrecidos y las mujeres tiritando, diríase que se aleja aquí.

Y no dudéis, oh, vosotros los que clamais contra nuestro pobrecito siglo, que la industria, y el capital, y la maquinaria, y el espíritu emprendedor, dan por fruto—entre otros muy excelentes—el que la gente menesterosa padezca bastante menos el rigor del frío. Estas camisetas gordas y blandas, limpias, hirsutas, son el gabán de pieles, son la chinchilla, la marta zibelina del humilde. Estas medias ásperas, charras, ordinarias, todo lo que se quiera, son lo que distingue la pierna y el pie humano de la pata del animal. Por ellas, la hembra rústica se convierte en mujer. Ya en mi tierra, en Galicia, la descalcez disminuye, la aldeana cubre sus zancas, y lo que antaño parecía lujo, es necesidad y comodidad y decoro. ¡Vayan benditos de Dios los tiempos de la calceta en el hogar! Un rey de Francia, en el siglo XII, regalaba, por gran obsequio, medias á sus capellanes,

"á fin de que celebrasen la santa misa con mayor decencia". No soy partidaria de Rousseau, no tengo pizca de ganas de que volvamos al estado primitivo, y sé reconocer al progreso hasta en una fábrica de géneros de punto.



II

COLMENA

Sin duda arman más ruido los zánganos que las abejas; sólo así se explica que nos acordemos tan poco de lo que se hace en Cataluña, país donde el verbo *hacer* tiene un significado exacto de que carece en el resto de la Península.

¿Qué *se hace* en aquella región? Antes bien, preguntemos: ¿qué *no se hace*? La iniciativa, la actividad, la destreza, la perseverancia son para Cataluña lo que para el Egipto sus cuatro númenes: fuerzas misteriosas que esparcen la riqueza y engendran y crían toda clase de bienes. No es posible expresar lo que Cataluña me ha consolado de España, de *cierta* España; y me ha consolado precisamente porque también es España—al fin y al cabo y pese á los malos quererés de quien los tenga—ese hermoso pedazo del mundo, donde se dió cima á las empresas más románticas y gloriosas, y hoy se realizan otras adecuadas á nuestro estado actual, á las necesidades de este laborioso siglo y

al cumplimiento de la ley impuesta por Dios á nuestros primeros padres...

El espíritu industrial de Cataluña, que ha dado asunto á los chistes de los autores festivos y á las diatribas humorísticas de los haraganes, visto de cerca infunde respeto, mezclado con una alegría sana y patriótica. Sonreímos al enterarnos de que los catalanes lo imitan todo, y *falsifican* (sin recatarse, sin hacer misterio) cosas que tuve por infalsificables, verbigracia, el vino de Champagne y los pañolones de Manila; pero esta sonrisa es de complacencia, de aplauso al ingenio y á la habilidad, de contento porque ese dinero más quedará en casa. ¡Quién pudiera no tener que pedir á la ajena cosa alguna!

Entre las colmenas catalanas que visité figura la colonia agrícola industrial, que prospera á la sombra de la magnífica fábrica de "panas y veludillos", de Güell, Parellada y Compañía. Fundó la colonia hará cuatro años D. Eusebio Güell, en el campo, bastante desviada de la metrópoli; como que para llegar á la colonia hay que dejar atrás los arrabales de Sans y Bordeta, cruzar Hospitalet, pasar el Llobregat al pte de San Baudilio, y por laderas que el río viste de verdor alcanzar la *Masta* que el opulento capitalista ha tenido el buen gusto de respetar, y en la cual descansamos y almorzamos los expedicionarios. Lo que hoy es colonia, era granja poblada de viñedo, embalsamada por el azahar de los naranjos, sombreada por esos anchos y verdinegros pinos quitasol, que tan

vigorosamente entonan y realzan el paisaje de las cercanías de Barcelona. Recordóme la Masía (nota familiar, campesina y graciosa en medio del gran tráfago fabril) los *Pazos* de mi tierra; pero ¡cuán diferentes las reducidas chozas de labriegos que se agrupan al pie de nuestros pazos, de las coquetonas, lindas y desahogadas casas donde moran los *colonos* de Güell!

Ya tiene abolengo la fábrica de panas. La estableció D. Juan Güell, padre del actual poseedor, allá por los años cuarenta, cuando España hervía en asonadas y disturbios. Entonces era aquí la industria una pobrecilla intrusa, siempre amenazada por la tea y el fusil, y la ley y el Gobierno tan pronto la tendían un dedo (la mano nunca) como la dejaban desvalida é indefensa. El fundador no se arredró por eso; viajó mucho, arriesgó capital, luchó, hasta que vió prosperar la fabricación de las panas, que en nuestra patria no se conocía. Veinticuatro mil fabricantes y obreros han contribuido para erigir un monumento en Barcelona á este hombre útil y constante, á quien Carlyle no dejaría de calificar de *heroico* á su manera, ya que la forma en que aparece el héroe cambia según las épocas históricas.

El traslado de la fábrica al campo obedeció á propósitos altamente humanitarios y moralizadores. El actual edificio empezó á construirse en 1890, en un día clásicamente español, la festividad del artesano San José, y al año justo se encendían los hornos de sus motores. La gigante máquina motriz, una Corlis de ochocientos

caballos, albergada en una construcción *ad hoc* que parece nave de catedral, fue construída en España por la "Maquinista marítima y terrestre" y ha costado treinta y cinco mil pesetas más de lo que costaría en Inglaterra. Los directores de la "Maquinista" habían advertido con sinceridad que no podían entonces competir en precios con los ingleses; pero por un bello rasgo de españolismo y de proteccionismo (no has a los demás lo que no quieras para ti) la casa Güell prefirió sacrificar la respetable suma de siete mil duros. Hoy, á la vuelta de cuatro años, nuestra "Maquinista" construye iguales máquinas al mismo precio que en Inglaterra.

Las máquinas de hilar, selfatinas, cardas, peines, lizos, son de las más perfectas y modernas; muchas de ellas construyéronse en la misma colonia. La fábrica empieza por hilar el algodón, tíñelo después, aprovechando los adelantos de la química moderna, que saca de la negra hulla tan ricos é intensos matices, y por fin, lo teje, elaborando esos terciopelos llamados *ingleses*, que usan las damas y los niños, y esas fuertes pañas de que se hacen los trajes de caza, campo y ciclismo, y que gasta indistintamente la gente aldeana y los elegantones *sportmen*.

Los terciopelos ingleses ó veludillos de la fábrica de Güell me parecieron muy lindos, pero de seguro muchos comerciantes españoles jurarán, al despacharlos, que vienen de Manchester en derecha. Si confesasen que son

catalanes, la clientela perdería la ilusión. Como dicen en mi tierra, ¡Santa María, la de más lejos!

Si me interesó la fabricación y su grandioso desarrollo, más aún la colonia y sus ciento cincuenta casitas (en *Madrid Moderno* se llamarían *hoteles*) con jardín delante y huerto detrás. Claras, ventiladas, limpias como patenas, con el toque pintoresco de la enredadera, el geráneo florido ó el risueño arbusto campeando sobre la fachada, estas casas recuerdan, en su gentil coquetería humilde, la vivienda de Margarita, antes de que se colase en ella, á tentar con visiones de lujo y sensualidad á la inocente niña, el burlón Mefistófeles. Entré en una de las casas al azar, y hallé un infántico durmiendo en blanca cuna, sobre la mesa del comedor un jarro con flores, y en modesta estantería algunos tomos de *Historia del arte*... Allí residía un obrero... ¡Sabe Dios si es fácil ver libros y flores frescas en las casas de muchos acomodados burgueses!

Aquí no asoma su escuálida faz la miseria, ni su innoble máscara de sátiro el vicio; el trabajo avalora las tranquilas fruiciones domésticas, y la gran paz del campo purifica el aire y sosiega el corazón... Un *sabio*, en la antigua y clásica acepción de la palabra, puede conformarse con la suerte de este obrero, ni envidiado, ni probablemente envidioso, porque posee los primeros elementos de la dicha...

A las ventajas morales de la colonia hay que sumar las económicas. En la aldea el obrero

gasta menos y aprovecha más. Para nada necesita salir de la colonia, donde tiene iglesia, escuelas, médico, tiendas, teatro, salón de conciertos, fonda para la gente soltera y hasta una pulida barbería, mejor que algunas de Madrid. Este colono lee (pudiera decir *nos lee*) á los autores españoles modernos, y prefiere al café el teatro y la música. La colonia, en sus cuatro años de vida, ha crecido como esas ciudades australianas que surgen por encanto en el desierto, existiendo ya tres espaciosas plazas, muchas calles que llevan nombres de obreros fabricantes, como Barrau y Aranyó, y un teatro *Fontova*. De la instrucción (bastante completa) que se da en las escuelas de la colonia á los *noys* y *noyas*, algo podría decir, pues tuve la curiosidad de proporcionarme los libros, si no temiese alargar estos apuntes. Tela cortada había sólo con las curiosas *reglas de buena crianza* que dicta á los niños obreros la elegante pluma de Pin y Soler, todo un literato de verdad, y además catedrático, que figura entre el personal de la casa Güell. Y no me dejaría en el tintero la *Doctrina catalanista*... si no valiese más *no menecallo*. En general, los libros de enseñanza de la colonia son de provecho y adaptados á la edad de los alumnos.

Hay una institución muy generalizada en Cataluña y en la colonia utilísima; hablo de la *germandat* (hermandad ó cofradía) que socorre al obrero imposibilitado con el mismo jornal que si trabajase, le vela cuando está enfermo, le amortaja y entierra cuando muere. De

la cofradía son hermanos todos los cabezas de familia, y la cuota es ínfima: una peseta mensual. El fondo lo administra una junta elegida por los obreros, en que no interviene nadie que no gane jornal, que no sea obrero también, ideal de esta raza que tiende á la autonomía porque es fuerte para valerse y no necesita andadores, y que así como imita los géneros ingleses, imitaría ó inventaría, si no estuviese inventada, la doctrina del *self help* con todas sus consecuencias.

Y ahora quizá desee saber el lector si esa fabricación en tan gran escala es negocio que produzca millones á su dueño. Entiendo que no, y por eso me ha caído en gracia doblemente. Si el dueño de la colmena realizase el capital en ella invertido y afriesgado y adquiriese papel de la Deuda, y cortase descansadamente su cupón, sacaría el mismo rédito y viviría libre del miedo á competencias industriales, á decretos imprevistos, á cambios económicos y alteraciones en los mercados producidas por circunstancias tan eventuales como la guerra de Cuba, que ya apagó algunas chimeneas y paralizó algunos telares en la tierra catalana. Mas al ingresar en el gremio dormilón y descuidado de los *rentistas*, no tendría el fundador de la colonia el íntimo goce de saber que por él viven honradamente cerca de dos mil seres humanos, y se enciende fuego en tantos hogares y hay sustento para tantos chiquitines. No sólo de pan vive el hombre—dijo la Sabiduría,—y si el lucro no es malo, la caridad es mejor.

Mientras el coche avanzaba por el camino calcinado y polvoriento llevándonos á Barcelona otra vez, conversaba sobre este tema con mi amigo Sánchez de Toledo, gobernador civil de la provincia y gran admirador de las virtudes que en ella florecen, como que á su empeño por hacérmelas apreciar debí principalmente el gusto de conocer un poco la industria y las fábricas. "Este pueblo—decíamos—es tenaz y voluntarioso como el sajón, pero al mismo tiempo soñador y poético y risueño como soñ los provenzales. Aquí la fábrica es alegre, y hasta el humo del vapor ni ennegrece ni asombra la atmósfera. Que el inglés trabaje en su triste clima, es menos meritorio. El trabajo, en una tierra que puede hacer competencia á Italia, representa dobles energías."

III

SANTAS

En Barcelona hay que estarse una quincena para empezar á ver, ó pasar como el relámpago. No pudiendo hacer lo primero, opté por lo segundo. Llegar, dormir una noche en el hotel, tomar el primer tren, continuar á Gerona, á la mañana siguiente...

Pero había contado sin la huéspedada. Y la huéspedada fue mi torpeza para descifrar los Itinerarios.—Si el que me lee es persona capaz de entender fácilmente la *Guía oficial de los Caminos de hierro*, me inclino, le saludo. Me cuesta un trabajo desmedido relacionar los trayectos, y me equivoco frecuentemente al combinar las horas. No debe de ser culpa de la *Guía*, sino, lo repito, de mi poca disposición para el manejo de ese mamotreto, no tan enrevesado, sin embargo, como el célebre *Guide Chaix*, al cual puse el sobrenombre de *Libro de los Vedas*.—Parece que había un expreso á las nueve de la mañana; pero el tal expreso se me escabulló, y sólo me enteré de que salía el

tren de la una de la tarde, mixto, por más señas, y sin otros coches que los de segunda y tercera clase. ¿Quién no se zafa de tan incómoda carreta, y no aguarda el expreso de la noche? Me encontré en Barcelona dueña de unas cuantas horas, nada difíciles de entretener en tan magnífica ciudad.

Hay en Barcelona, aparte de la espléndida catedral, dos ó tres templos que son mis predilectos, acaso porque los vi despacio la primera vez que visité esa ciudad, llamada por Cervantes (que era viajero de profesión y testigo de cuantía) "flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España", y quedé para toda la vida encantada de su doble fisonomía, mitad industrial, mitad artística, tan artística como la de Santiago ó Salamanca.—Como quien refresca dulces memorias de amistades que no se han extinguido, así fui á saludar por tercera vez á Santa María del Mar, á Santa María del Pino, á San Pablo del Campo.

Inspirados en un ideal genérico los templos, ninguno es igual á otro; cada cual tiene su alma propia, su sentido peculiar; en eso consiste su hechizo; la variedad dentro de la unidad, ley de belleza.—Santa María del Mar es una iglesia semi-aérea, en que la ligereza del estilo gótico de toda Cataluña y Aragón se exagera, si cabe; la finura de sus dos campanarios, la tenuidad de sus pilares, la altura de sus arcos, me recuerdan una sonata de Chopin, el compositor que con menos cantidad de notas construye más elegantemente la música. En cuanto á San-

ta María del Pino, iglesia gótica también, parece un trasunto de las beldades del período romántico, con su portada relativamente pequeña, su rosetón inmenso—el predominio de la mirada, los grandes ojos soñadores.—San Pablo del Campo pertenece á otra época muy distinta y todavía más hondamente religiosa: es fábrica bizantina; consta su existencia en el siglo x. Allí buscó asenderéada sepultura el conde Vifredo segundo; allí se ensañó Almanzor, el terrible asolador de templos cristianos. Y es que los templos, en los días de Almanzor, eran como la Acrópolis en las ciudades griegas y latinas: servían para invocar al Numen, y también para combatir á los enemigos de la patria. San Pablo ó *San Pau* conserva su rudo aspecto de fortaleza medioeval, recia, baja, ceñuda y sólida. ¡Qué contraste con las dos Santas Marías, donde la tranquila seguridad del triunfo de la Cruz florece en las abiertas rosas y en las torres frágiles y galanas! Al frente de San Pablo, en la portada robusta, se desarrolla un simbolismo de piedra: peces, estrellas, cabezas, una mano que bendice ó señala—confusa alegoría tal vez de la creación.

Lo que más me gusta de *San Pau* es el reducido claustro, con sus arcos trilobulados, y la complicada é ingenua labor de sus capiteles. Hállase en tales claustros el silencio, la soledad, la calma profunda, que deja al espíritu del viajero libertad para pensar en lo que se quiere y fantasear lo que no existe. A veces, en algunos de estos claustros, por mi tan fre-

cuentados, se me ocurre que el apego al pasado puede ser excesivo y asemejarse á una especie de enfermedad moral, y que al culto de las ruinas debe aplicársele la estrofa de Heine:

Tanto y tanto los muertos he invocado
al mágico poder de mi conjuro,
que vinieron al fin... y hora, al nublado
no quieren retornar de su antro obscuro...

Y no son momentos estos en que la actualidad no interese, con el mar de fondo del regionalismo y con los problemas planteados y jamás resueltos que aquí se agitan con violencias de palabra y de acción peligrosísimas.

Sólo que las antiguallas no nos traen penas, como las trae lo presente. Vivamos entre los muertos.—La función de teatro, inauguración del Romea, á que asistí invitada por mi sabio amigo Sanz y Escartín y su familia, tenía también fuerte sabor arcaico; era *Batalla de Reinas*, el celebrado drama de *Serafi Pitarra*, conjunto de reminiscencias románticas, donde tan pronto vemos la amenazante cuerda cortada de *La campana de la Almudaina*, como la escena capital de la *Marla Estuardo*, de Schiller. Damas y paladines, cuitas de amor y arranques de odio fiero, valentías y traiciones, todo expresado en forma rotunda y altisonante, por actores y actrices vestidos con prendas de esa guardarropía que no corresponde á ninguna época de la Edad Media y á todas puede aplicarse con intrepidez.

Sin violentar la realidad, yo situaba aquellos

figurones bajo las arcadas de *San Pau* ó dentro de la altísima nave de Santa María del Mar, y allí adquirirían más realce, con el fondo apropiado á su estilo.

También visité la catedral, y la fuerza de las circunstancias me obligó á pensar en el destino terrenal de Santa Eulalia de Barcelona, toda vez que en el cielo bien sabemos que figura entre los coros de los que lavaron su túnica en la sangre del cordero. Parece que Santa Eulalia se ha convertido—de fijo sin pretenderlo—en patrona del regionalismo intransigente y anti-español. Por cierto—ya que toco este asunto de pasada, de pasada lo diré también—que un periódico de Barcelona que á raíz de mi conferencia de París me trató de mala patriota, forma ahora, según dicen, en las filas de esta bandera enemiga de la patria.—Volviendo á Santa Eulalia, ante cuyo sepulcro me he detenido pensativa en la catedral, diré que si monopolizasen á esta Santa los enemigos de la unidad, los que tenemos la flaqueza, reprobada por Heine, de sentir profundamente el lazo patriótico, nos agarráremos á la otra Santa Eulalia, la de Mérida, cuya historia y actas me parecen todavía más conmovedoras que las de la barcinonense.

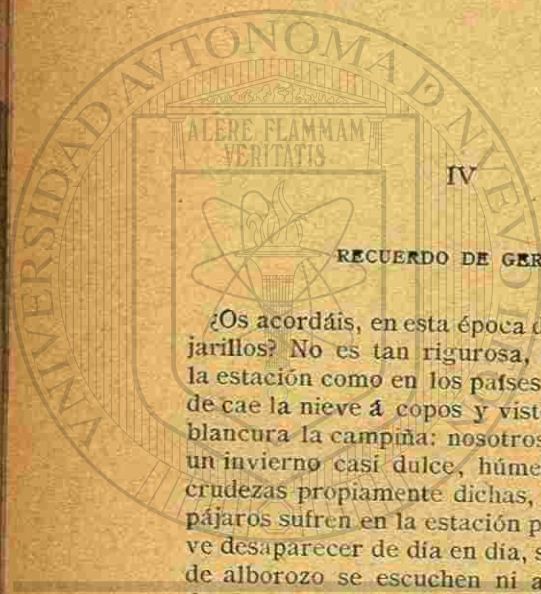
Notable parecido existe, sin embargo, entre ambas heroínas. Casi identidad; gemelismo absoluto. La Iglesia celebra el 12 de Febrero á Santa Eulalia de Barcelona y el 10 de Diciembre á Santa Eulalia de Mérida. Las dos vivieron en el mismo siglo. Supongo que la palma de la primer mártir encendió en noble emulación

á la otra. El ejemplo vino del pueblo. Eulalia de Barcelona era plebeya; Eulalia de Mérida, de padres nobles; fuera de esta diferencia originaria, creyéranse pareja de azucenas en una sola vara, abiertas al mismo sol. La virgen de Barcelona tenía trece años cuando se fugó de su casa; (la fuga en busca del martirio, que era la suprema aventura, en aquellos primeros siglos del cristianismo, de los corazones juveniles); y, según costumbre de los confesores cristianos, se fué á la plaza pública á increpar al procónsul Daciano, enviado á España para ahogar en sangre la doctrina. Ya se sabe lo consiguiendo á la confesión pública: el potro, la cruz, las hachas encendidas á los costados, hasta que Eulalia espira, saliendo de su boca una paloma blanquísima, y cubriendo la nieve con casto sudario su destrozado cuerpo.

Leed ahora la historia de la virgen emeritense. Más niña que la otra, á los doce años arrostra el martirio, bajo el mismo Daciano, el perseguidor implacable de los cristianos españoles. También huye de su casa de noche, con una amiga y compañera llamada Julia; y como Julia anduviere aprisa, Eulalia le dice sonriendo: "Por aprisa que vayas, yo he de ser la primera en morir." Y llega ante el prefecto, y confiesa, y empiezan los suplicios, los azotes con látigos emplomados, el aceite hirviendo, las uñas de hierro, que desgarran la carne infantil—y resuena la frase "Ya está grabado en mi cuerpo con estos caracteres el nombre de mi Esposo"—y síguese la muerte en la hoguera, con la palo-

ma que sale de la boca y la misma cándida mortaja de nieve. Es Prudencio, el poeta de los mártires, quien nos ha referido las proezas de esta Eulalia. Ante su altar, uno de los primeros que se levantaron en tierra española, crecían tres árboles cargados de olorosa flor, que en mitad del invierno embalsamaba el aire. El rezo de la Iglesia en su fiesta nos dice que por Eulalia se probó cómo el débil vence al fuerte. No cabe duda, la virgen de Mérida eclipsa á la de Barcelona, y es curioso recordar este fragmento de Leyenda áurea, estas narraciones sencillas y encantadoras del Año cristiano, ahora que del sepulcro de una Santa Eulalia se quiere que salga, no la paloma con la oliva de la paz, sino la Medusa de la discordia más horrible.

Extraña crónica de viaje—ahora lo advierto.—Pero si siempre me gustan las digresiones, en viaje especialmente las encuentro sabrosas y necesarias. Un día pasado dentro de varias iglesias, de las cuales salí para escribir, ¿qué había de inspirarme sino estos cuentos de santidad? Más vale recordar los tiempos de la fe, que lamentar las profanaciones artísticas que afean el claustro de la incomparable catedral de Barcelona; los retablos nuevos, de un dorado cursi, que contrastan con aquella maravillosa rejería gótica, fina como la pluma y flexible como las ramas, y con otros retablos, amorosamente acariciados por el tiempo.

IV
RECUERDO DE GERONA

¿Os acordáis, en esta época del año, de los pajarillos? No es tan rigurosa, aquí en Galicia, la estación como en los países del Norte, donde cae la nieve á copos y viste de escarchada blancura la campiña: nosotros disfrutamos de un invierno casi dulce, húmedo, sí, pero sin crudezas propiamente dichas, y así y todo, los pájaros sufren en la estación presente, y se les ve desaparecer de día en día, sin que sus pitios de alborozo se escuchen ni aun en los sitios donde más suelen bullir durante el verano.

Sobre la tierra endurecida por la helada se posan á veces, con vivos movimientos de la cola y la cabecita, sacando el cuello, saltando más lejos si su vista perspicaz descubre un gusano ó una larva dormida entre la hierba. Después, recelosos, suben de nuevo á las desnudas ramas de las acacias. Allí se juzgan en salvo. Y tienen razón: por acá no se conocen las escopetas. Ni hay cazadores ni tiene el pájaro enemigos. Ni aun con liga los cogemos,

Hace unos meses, en la torre que todavía no se habita, hizo nido (confundiéndola sin duda con unas ruinas) una familia de lechuzos. *Curuxas* les llaman los aldeanos, y su grito triste, de noche, se cree presagio de toda especie de desventuras. En el hueco del ventano, donde los monstruos y las alimañas quiméricas se retuercen en los capiteles, incubó sus huevos la sombría pájara nocturna. Cuando salieron los polluelos, blanquísimos, voraces, la pájara se echó á cazar y les trajo diariamente carne fresca de ratón ó de paloma. Era la caza que tenía más á mano, y la que más lisonjeaba el apetito de los pequeñuelos. Sorprendimos á la familia y nos apoderamos de dos pollos que parecían bolas de nieve por su blancura extraordinaria; sería más exacto aún compararlos á dos enormes borlas de cisne para polvos de arroz. Sus ojos redondos, negrísimos, no veían. Su cara cónica era una visión de Goya, una pesadilla extraña. De tiempo en tiempo exhalaban el lúgubre chillido que sugiere ideas extramundanales. — Sin darnos cuenta del objeto con que ejercitábamos una obra de misericordia, nos dedicamos á criar á los lechuzos. No salían baratos: era preciso mantenerlos á fuerza de carne y de pescado, que engullían ávidamente. Pero ni envolviéndolos en algodón en rama, ni atracándolos de ternera cruda, conseguimos que olvidasen su libertad salvaje y su nido altivo en las labradas piedras. Languidecieron y espiraron. El pájaro es un sér incoercible: no dominamos su independencia sino haciéndole muy infeliz.

¿Qué instinto los lleva á emigrar? ¡Ley singularísima y providente! En las vigas, en el voladizo de las solanas, veo el nido de golondrina vacío, seco, abandonado. Las inquilinas de esa cajita de briznas y hojuelas están en el África ahora. ¡Ellas felices! Cuando la lluvia y el viento hacen crujir los cristales y el suelo se encharca, ¿quién no envidia á las aves que podrán posarse en las palmeras y nadar en el azul sin límites? Acuden á la memoria los versos de Zorrilla:

Tomó un esposo la golondrina
y un nido en Cádiz le construyó...

Todas estas son, en plata, soledades del África, que me han quedado desde que estuve tan cerca de ella que con unas horas de vapor podía plantarme en Tánger y respirar el aire de otra parte del mundo. Desde este viaje conozco que me ha nacido en la imaginación una palmera y que se me han bañado en sol hasta las últimas ceidillas del cerebro. Y hablo de la tierra recorrida, como si antes de haberla visitado yo no existiese.

Una impresión de las mejores es Gerona. A la idea de este pueblo van unidos dos recuerdos literarios: uno, el del *Episodio nacional* del mismo título; otro, el del drama, también de Pérez Galdós, fundado en ese episodio, que estrenó Vico en el Español—si no me engaño—y que recibió el público con marcado disgusto. Después de haber visitado en Figueras la prisión de Álvarez de Castro—cuya noble figura está

bien dibujada en el *Episodio*,—gustábame ver el pueblo que defendió aquel valiente español del antiguo cuño; quería recorrer la ciudad generosa que, puesta al ingreso de España, supo detener al enemigo. Estas cosas, actualmente, despiertan tan raros sentimientos, provocan un estado de ánimo tan especial, que puedo decir que mi último viaje ha tenido dos caras: una, riente, de alegría y disipación del espíritu, en lo que puedo llamar la parte africana de España, donde el cielo y el suelo juntamente fueron una fiesta para mis ojos; otra, de nostalgia y melancolía y de esa contemplación triste que Schopenhauer califica de sana, pues en ella la medida de la salud la da el dolor. Y es muy cierto; en tales tristezas, lo que sufre es lo mejor y lo más intacto del alma, y la lepra del indiferentismo se conoce en que el espíritu permanece insensible al cauterio de la vergüenza. De corcho sería yo si pasase por Figueras y Gerona con iguales impresiones que por Alicante y Murcia, recreándome en el paisaje y con los sentidos abiertos solamente á la magia del color y á lo pintoresco del cuadro.

¡Inolvidable Gerona! Es exactamente cual yo la veía en mi magín, al leer el canto homérico de la defensa. Fui á la Catedral sin guía, y al punto acerté con ella y con su interminable escalinata. En el claustro, de románica traza, un canónigo, luciendo la elegante vestimenta de seda carmesí, leía en su libro de rezo, á la luz que penetraba por las arcadas y la puerta que encuadraba un fondo de montaña azul, y

en primer término el campanario de San Félix flanqueado de negros cipreses. Parecíame estar en alguna pensativa *Certosa* italiana.

Ya las callejuelas de Gerona me habían recordado á Venecia, en su parte que podemos llamar *terrestre*, donde no hay canales para las góndolas. Los que escriben de Gerona suelen expresar este mismo concepto. La ciudad es pintoresca en grado sumo, con sus luengos soportales misteriosos, sus calles en cuesta, donde no penetra el sol, sus plazoletas desiertas, de un romanticismo grave, español, que pide á gritos el chambergo y el manto y la tizona y la estocada. El telón de fondo, severo, montañoso; los puentes que parecen capricho de escenografía; el dédalo de las edificaciones; la Catedral encerrada, casi oculta, que de pronto desarrolla la inmensa gradería de ochenta y seis peldaños... Sugestión para la fantasía, que ya no la necesitaba, bastándole los ecos de bronce con que aquí retumba la historia.

De antiquísima fundación es Gerona, y puede decirse que al través de los siglos ha vivido siempre arma al brazo. Situada en la vía militar romana, sufrió la repercusión del duelo entre Cartago y la República latina, que se ventan aquí á ajustar sus embrolladas cuentas. No se romanizó tanto como Tarragona, y cosa rara, tuvo un golpe de debilidad con los moros, á quienes abrió sus puertas, sus puertas siempre terribles para el sitiador. No la cogió en tan buen momento Felipe el Atrevido, el cual *no la pot aver per forsa, més per fam...*

¡Cosa digna de recordarse! Esta ciudad que había de poner á los ejércitos de Francia la ceniza en la frente, ¡fue francesa largos años!, hasta que las rojas barras de Vifredo el Velloso, estampándose en su escudo, la agregaron al condado de Barcelona.

Aparte del claustro, la Catedral no me atraía por belleza de la arquitectura, sino únicamente por haber sido el centro espiritual, el foco ardoroso del heroísmo gerundense. El frontis, que ha sido comparado con gran exactitud á una estatua gótica con sombrero de tres picos, no merece elogios. Interiormente sí: es la Catedral de amplias proporciones y traza elegantísima. En el fondo, tres rosetones simbolizan la Trinidad. Sobre la puerta de la sacristía existe un sepulcro que evoca una tragedia: es el de Ramón Berenguer *Cap d'estopa*, asesinado en una cacería. ¡Cuántos comentarios, qué terror y qué compasión habrá suscitado entonces este suceso! Hoy es preciso buscarlo en las crónicas, y aun así no nos conmueve. Sería necesario para sentirlo ponerle música de Wagner.

El canónigo de ropaje carmesí, que leía con tanta atención su librito de oraciones, en la paz de aquel claustro medioeval, accedió á mis ruegos de que se me permitiese ver las joyas del Tesoro, especialmente la cruz procesional, que ya conocía desde la Exposición de arte retrospectivo, tan bien organizada bajo la dirección de D. Antonio Cánovas del Castillo, durante el Centenario de Colón, último alarde de nuestra fenecida gloria. Entre otros trabajos de no tanto

mérito, logré volver á admirar la soberbia cruz, de esmaltes góticos, enriquecida con perlas. Después invertí más de una hora en la Catedral, sin mirarla: sentada en un banco, recogiendo mi espíritu, no sé si con verdadera religiosidad, ó sólo con patriotismo doloroso que de religiosidad se vestía. Érame imposible establecer la línea divisoria entre estos dos sentimientos. ¡De tal suerte nos han acostumbrado á identificarlos! Nuestra triste época, que lo desintegra todo, va aislando ya la patria de la religión. No era así cuando llovían sobre Gerona las granadas francesas. ¡Cuántas veces se habrá agolpado en la nave que yo veía solitaria la población que no sabía rendirse, tomando al cielo por testigo de que merecían la protección divina y de que la patria es otra forma de la fe y de la energía moral que engrandece á los pueblos!

No eran de color de rosa mis ideas allí en el banco, entre la penumbra que la tarde al avanzar comenzaba á extender por la nave de la Catedral gerundense. Quería surgir la esperanza como surge la elegante y erguidísima flecha de San Félix, que se ve en Gerona desde todos lados; y pensando en que allí encontró honrosa sepultura el inclito defensor de Gerona, se me ocurrió cuán difícil sería acertar hoy con el hombre digno de que en su tumba se escribiesen frases del expresivo epitafio de Alvarez de Castro:

.....
 hic vir, hic est heros,
 nullum moriturus in oevum.

V

CUATRO PAREDES (1).

Al cambiar de itinerario y resolver la nueva dirección del viaje, influida por el temor á precauciones sanitarias, calculé para mis adentros:

"Mejor. Así veré á Gerona y Figueras."

Muchas regiones pintorescas y hermosas tenía que cruzar, en no pocas ciudades monumentales y artísticas proyectaba detenerme; pero sólo la última etapa del largo camino—de extremo á extremo de la Península—brillaba como punto luminoso, y el deseo de llegar á Figueras no dejó de apremiarme en toda la jornada; porque Figueras representaba la Meca á donde va el creyente con el sentimiento antes de ir en caravana peregrinando.

Figueras, poblacho sin bellezas ni recuer-

(1) Este artículo ocasionó protestas de algunos vecinos de Figueras, quejosos de que yo no encontrase en el pueblo donde sucumbió Alvarez de Castro, adelantos y hospedajes á la última moda.—Mucha gracia me hicieron tales protestas, al pensar en la emoción casi religiosa con que yo pisé á Figueras, y que tan á las claras revela mi artículo.

dos, me ofrecía unas paredes desnudas y maltratadas, los muros de una prisión, del calabozo donde agonizó y espiró D. Mariano Alvarez de Castro.

Si hablásemos con rigurosa exactitud psicológica, no diríamos *viajar*, sino *viajarse*.

Cuando el crítico francés Brunetière acusaba á su compañero Anatolio France de encerrarse en la subjetividad cual en obscura caverna, y le compadecía por la desgracia de no salir jamás de sí propio, France, sonriente, alegaba que no hay medio de imitar á aquel brujo cuya alma se paseaba á voluntad lejos del cuerpo, y regresaba á él pasado un ratito de solaz. Y pudo añadir el eminente autor de *Tais* que no siempre la subjetividad es una caverna, que por ventura es alcázar maravilloso, y en su recinto encontramos lo que ya no encierra el mundo. ¿Qué significan para la mayor parte de los viajeros las cuatro paredes de Figueras? Hay que haberlas tenido en el corazón para mirarlas del modo que yo las miré.

A Figueras se llega de noche en el expreso de Francia. Se descansa en una posada con honores de fonda, —camas antiguas, inmensas, en figura de nave, y cocina donde prepondera el clásico *ali oli*. —Apenas se habla castellano; el que quiera hacerse entender ha de chapurrear catalán. Graciosa ironía de la casualidad movió á la *noya* que me servía agua y toallas á decirme afablemente: "¡Ganas tendrá ya la señora de verse en Francia, en su país!"

Hacia calor; abrí la ventana. Era la noche

estrellada, y el cielo parecía paño de negro raso bordado de acero fino; el aire traía en sus ondas acres efluvios montañoses, y la certidumbre de tener tan próximo el Pirineo ensanchaba el pulmón. Las ideas adquirían relieve entre la semi-obscuridad tibia; las escenas del asedio de Gerona, mil veces narradas y pintadas, se desarrollaban confusamente, revivían, á pesar del tiempo que ya las va borrando con dedo glacial. Sin saber hacia qué parte caía el castillo de San Fernando, me volví, por extraño instinto, cara adonde, en efecto, se eleva su forma pesada y maciza, entonces invisible, y que sólo avisté á la siguiente mañana, después de corto trayecto en coche.

Al ascender á la fortaleza, al detenerme ante su amplia puerta decorada con trofeos de armas, corazas, banderas y cascos, acudía á mi memoria el dicho de Zowenshend, pronosticando al sólido castillo, llave de la frontera —según el gobernador que la suerte le deparase,—un porvenir de gloria ó de oprobio. Y se confirmó el pronóstico; la supuesta fortaleza inexpugnable fue expugnada cuantas veces la atacaron. No consiguió San Fernando, con su triple reducto, sus extensos baluartes, sus insondables aljibes y sus fosos profundísimos, lo que Alvarez de Castro con paredones endebles que al correteo de una lagartija parecían desbaratarse. Hizose el milagro de Gerona por el magnetismo de la voluntad, por la energía del querer, no por la resistencia de los muros inertes.

Para visitar el calabozo hube de esperar buen

rato: el conserje, encargado de enseñar á los devotos la reliquia, andaba ocupado no sé en qué faenas. Acudió por fin, y bajamos á las caballerizas, donde los caballos del escuadrón, en fila, despachaban el pienso. Fuerte olor de hinojo llenaba el aire; alfombraba el suelo la planta aromática, y detrás de los pesebres, bajo la bóveda, en mitad de la crujía, ví una reja, entre dos lienzos de pared, donde el pincel trazó estrofas académicas en catalán y castellano. Sobre la reja, una lápida de mármol, con su inscripción conmemorativa.

—¿La señora será francesa?—preguntábame el conserje justamente cuando yo, salvando la verja, fijaba en la prisión esa mirada ambiciosa, ávida y reflexiva á la vez, con la cual parece que nos incorporamos á lo que vemos, y por la intensidad de la contemplación, lo hacemos nuestro del todo.

Mil veces más expresaban para mí aquellas paredes que el conserje alumbraba, que las ampulosas poesías y la misma lápida colocada por Castaños. Sucias, rafagueadas de sangre denegrida, desconchadas por los bayonetazos, las paredes gritaban con salvaje clamor, que resonaba feroz y vibrante, como antaño la bocina de Roldán en los cercanos desfiladeros.

En el lóbrego rincón de la derecha era fácil imaginarse al defensor de Gerona echado sobre un montón de paja, tiritando de calentura, mudo, altanero, desdeñoso. El drama de las cuatro paredes tuvo su catástrofe secreta. Sólo las trágicas paredes mismas, si hablasen, podrían reve-

larnos el negro misterio; sólo ellas conocen el último acto, desenlace de la epopeya gerundense, final del canto heroico. La historia, que sabe tan pocas cosas, ignora ésta con ignorancia invencible.

Todo son conjeturas y versiones: ya el veneno, ya la sogá, ya el hambre, ya el incesante redoble de los tambores, espantando el sueño; pero nada hay probado; no se conservan documentos, ni testimonios fehacientes, aun tomando en cuenta la respetable afirmación de Castaños, y el airado y amenazador murmullo de la tradición. Es innegable el trato cruel dado á D. Mariano en su calvario, desde Gerona á Perpiñán y de Perpiñán á Figueras, adonde se le trajo para que muriese lejos de sus amigos, en la sombra y el silencio; pero á pesar de la sugestión de la mazmorra, confieso que apostaría por la muerte natural, de fiebre, de extenuación, de agotamiento nervioso. Después de la increíble tensión de voluntad de Gerona, aquel hombre que personificaba la Santa Resistencia no podía vivir. Aquí se elevó al cielo su alma diamantina; aquí acabó solo, abandonado, y el suelo en que pongo los pies bebió el sudor de su agonía y sostuvo sus nobles despojos...

El sentimiento es un niño que nos impone sus caprichos, y entre los más pueriles se cuenta el de escribir el nombre en la pared. He solido reirme de los que lo hacen, y sin embargo, la pared que veía enfrente, manchada, tétrica, me atraía, produciéndome algo que era gozo y do-

lor á un tiempo fundidos en exaltación entusiasta; algo que momentáneamente me convertía en *pueblo*, en persona sencilla, sin crítica ni escepticismo. Con el alfiler del broche empecé á trazar mi nombre de pila sobre el yeso. No había terminado, cuando el conserje pronunciaba mis apellidos en alta voz...

—Ya ve usted cómo soy española—dije volviéndome.

VI

EL "CAU FERRAT"

Si se me perdona el galicismo, diré que el tal *Cau ferrat* me *intrigaba* desde mucho antes de mi llegada á Barcelona. ¿Qué sería ese pueblo de Sitges y ese cenáculo del *Cau*, donde se sacaban en procesión pública y solemne cuadros del Greco, donde se representaban dramas de Metterlinck, género tan nuevo y tan desconocido en la corte de las Españas, que dudo que se le haya ocurrido á ningún empresario ni la hipótesis de ponerlos en escena? ¿Por qué el nombre misterioso y algo sombrío del *Cau ferrat*; en qué consistía ese arte nuevo y moderno, y qué bandera tremolaban esos revolucionarios de la pintura que se habían revelado con tan originales lienzos en la última Exposición, presentando aquel extraño *Palio azul* y aquel lúgubre *Patíbulo*?

Nos encontramos en horas de tanta infecundidad, que cualquier tentativa, cualquier afirmación, cualquier soplo de entusiasmo, parece que nos vivifica. No figuro entre los adeptos de

la escuela *modernista*; no me faltan objeciones que oponer á sus teorías, ni censuras para sus prácticas, y, sin embargo, pocas corrientes de simpatía más verdadera, pocas impresiones de tal poesía habré recogido en mi viaje, como las del *Cau ferrat*.

Bástome indicar en la inolvidable Barcelona la curiosidad que el *Cau* me inspiraba, para que por magia me organizaran la excursión. Santiago Rusiñol, el eminente artista, dueño del *Nido*, tardó horas en dejar á Sitges y venir á ponerse á mis órdenes. Habíamos pensado visitar el *Cau* saliendo por la mañana y regresando de noche en el último tren; pero el refinado Rusiñol desbarató este plan; era preciso disfrutar el espectáculo de la puesta del sol desde las ventanas del *Cau*. Salimos, pues, en las primeras horas de la tarde, recreando la vista en un paisaje digno de las costas de Italia ó de Grecia. Los que conocean el camino deleitosísimo de Barcelona á Villanueva y Geltrú, no encontrarán exagerados mis elogios. Si Sans y Bordeta son los alrededores de una capital espléndida, desde Prat Llobregat hasta Sitges se desarrollan las perspectivas de un cielo pagano. El azul del firmamento afrenta á las turquesas; el azul del mar es el del cerúleo Pontó que cantó Homero. Sobre el límpido horizonte extiende su majestuoso todo el pino del Mediodía, erige su elegante candelabro de serpentina y oro el aloes en flor, y recorta la palmera su silueta africana. Fresco verdor de maizales, grupos de álamos blancos, nos recuerdan que Barcelona

disfruta las producciones de la zona templada y se engalana por coquetería con las de la tórrida.

Al correr del tren, dejamos atrás playas donde secan redes y yacen reposando las veleras embarcaciones, y pasamos túneles singulares, que de pronto hacen fulgurar, por aberturas practicadas en sus paredes, un relámpago de luz cárdena, el mar entrevisto un segundo. Embriagada de sol, una cigarra se nos cueca en el departamento, mensajera de la poesía meridional, alegre felibresa que entona el himno al verano; y una palmera gallarda, solitaria, altísima, y un caserío refulgente de claridad, nos anuncian á la blanca Sitges.

Sitges, la paloma de las villas, no es notable sólo por la blancura cegadora de sus edificios; esto también por la cordialidad y buena gracia con que se presta á las fantasías y caprichos estéticos de Santiago Rusiñol y sus amigos y correligionarios en modernismo.

Benévola y sonriente, como la madre que contempla á un niño genial; penetrada al mismo tiempo de un respeto sincero por la idea del arte y de la hermosura, Sitges no analiza: acepta todo: los cuadros doloridos del Greco, la representación del pavoroso drama del poeta de Gante, la pintura impresionista, el simbolismo... ¡Ah! Si supiesen los *esprits forts* de otros pueblos, donde todo el mundo quiere meter cucharada en materia estética, calificando frescamente de *chiflados* y de *lateros* á los más insignes contemporáneos; si supiesen, repito,

¡qué grado superior de cultura revela Sitges con esa veneración, esa fe y esa tolerancia afectuosa!

Ya estábamos á la puerta del *Cau ferrat*, y todavía no me daba yo cuenta de lo peculiar de la *fantasia* de Rusiñol. La fachada que cae al pueblo, salvo algunas piedras viejas en puertas y ventanas, no ofrece nada de extraordinario. Pero, al entrar en la casa, sorprendiome un ruido hondo, temeroso: el mugir del mar cuando se estrella contra los costados de un buque. Y es que, como esos monstruos marinos que tienen cabeza humana y cola de pez, el *Cau ferrat* es por delante una casa y por detrás un barco; pero barco que no navega, barco encañado en los escollos y batido eternamente por el Mediterráneo. Rusiñol, para construir el Nido, se sirvió de dos casas viejas, que demolió, y sobre la escollera que domina la playa adelantó el edificio, hasta conseguir que las olas, en las altas mareas, envíen espumarajos y *salseros* contra los góticos vidrios del vasto salón ó *hall* que forma él solo todo el piso segundo. No ven los ojos más que agua, y el oído está lleno de su eterna queja. Una especie de azotea cuelga sobre el mar: allí sí que creemos hallarnos á bordo de gigantesco navío anclado.

Las cámaras de la casa buque son un Museo. Los dos cuadros de Domenicó Teotocopuli, que recibió Sitges ostentando colgaduras en los balcones, ocupan el puesto de honor en el *hall*, alternando con copias de Lucas Kranach, Botticelli y otros maestros primitivos, de los que

hoy están tan en auge. Pero la riqueza del *Cau* no consiste en pinturas, consiste—y aquí está la explicación de su nombre, que yo traduje por *Nido férreo*—en la extraordinaria colección de hierros viejos recogida por Rusiñol.

Hay allí desde el grueso clavo ochavado, que guarneció la recia puerta, y la pinchadora reja que guardó á la beldad enclaustrada, hasta la cama de hierro, pero no como las feísimas que hoy se venden, sino una preciosidad de la época de Luis XIII, gala de las forjas francesas y reina de la colección. Hay verjas trabajadas como filigrana, hay espadas que son joyeles, hay esculturas de un brío extraordinario en aldabas y aldabones; hay capacetes, armas, visagras y cerrojos; hay efigies de Nuestra Señora, de hierro también; y todo ello, repartido por las paredes, infunde, con su negro tono y sus formas extrañas, la impresión de un sueño oscuro, envuelto en esa niebla gótica de que hablaba Rabelais.

De hecho, el *Cau ferrat* me causó el efecto de un sueño raro, ó más bien febril pesadilla. Las ojivales chimeneas; los santos bizantinos; las inmensas vidrieras de colores; los hierros sombríos, que refieren dramáticas historias de prisiones, de escalamientos nocturnos, de estocadas y de guerras; lo heterogéneo de las pinturas, ó místicas del siglo xv ó ultramodernas; el quejido incesante del mar; el contraste de esta decoración con el banquete que nos aguardaba en el solitario *hall*, donde resuenan medrosamente hasta los pasos de los servido-

res... todo contribuyó á que el *Cau* me pareciera algo *irreal*, cosa más imaginada que vista.

Acrecentó esta impresión la idea que surgió entre los expedicionarios de pasarse la calurosa noche de Agosto en el torreón que avanza sobre el mar, esperando el amanecer, á fin de ver la salida del sol sobre el Mediterráneo. No lucía una estrella: no había luna, y sólo las vidrieras de colores, iluminadas, proyectaban su original reflejo sobre la plataforma del torreón. Hablando de arte y de poesía, aguardamos la mañana: pocas horas faltaban para ella, y el cuadro admirable del amanecer se nos reveló lentamente, primero gris, luego blanquecino, luego opalizado con los reflejos del naciente sol y animado por la salida de las barcas pescadoras, de blanca vela latina.

Recuerdo que antes de que amaneciera pregunté á uno de los compañeros de vigilia si no causaríamos extrañeza en Sitges el que pasáramos la noche en claro, y me respondió que Sitges tiene el buen sentido de no extrañar los caprichos de los artistas y de comprender que si veíamos en un sarao, entre el ambiente mefítico y el tedio de las inspidas conversaciones, más natural es que veamos para gozar el fresco en verano y para ver cómo se tiñe de plata y rosa la extensión del *mar nuestro*.

Al otro día, cuando sonó la hora de dejar el *Cau* y regresar á Barcelona, nos sorprendió escuchando á un artista mozo, el hijo del admirable actor Fontova, tan popular en Cataluña como desconocido en el resto de España. Ge-

mía el violín bajo el arco del joven Fontova, y el mar, tranquilo entonces, hacía el acompañamiento con dulce murmurio. Y aquella música, que en el último instante reemplazó á la conversación, y lo precipitado del regreso, parecido á un brusco despertar, me confirmó en la idea de que el *Cau ferrat* es algo que no tiene existencia real, el sueño de una noche de Agosto á bordo de un falucho columpiado por las olas del cerúleo Ponto, el mar de los dioses y de los poetas.



CAPILLA DE LOS REYES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Páginas.
<i>Belgica.</i>	
Advertencia al que leyere.....	5
I.—Desde el tren.....	9
II.—Hacia la frontera.....	17
III.—Primer testimonio.....	23
IV.—El país de la pintura.....	31
V.—La Abadía de Maredsus.....	38
VI.—Un Obispo.....	45
VII.—Amberes.—Un museo católico.— Una procesión.....	53
VIII.—Reposo en el pasado.—El museo Plantino.....	60
IX.—Trabajadores de la viña.....	69
X.—Más trabajadores.—La «Gilde».....	76
XI.—Gante.—Relámpago rojo.....	83
XII.—El descanso dominical.....	91
XIII.—Gante.—El cordero místico.....	99
<i>Provincianos franceses.</i>	
I.—Un sarao.....	109
II.—Un Congreso.....	115
III.—Por las bodegas.....	120

Notitas portuguesas.

I.—En Lisboa.....	129
II.—Thomar.....	137

Castilla.

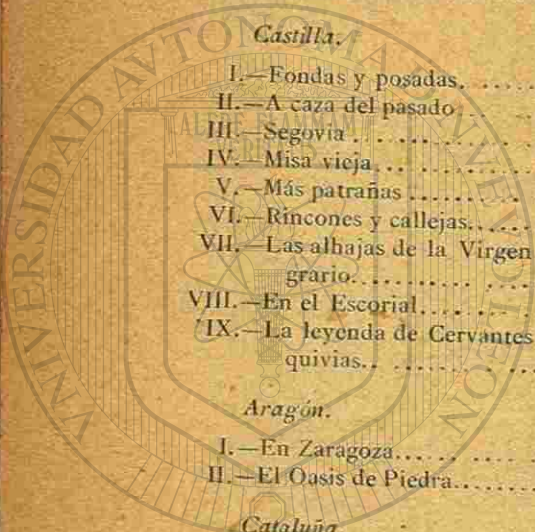
I.—Fondas y posadas.....	143
II.—A caza del pasado.....	148
III.—Segovia.....	155
IV.—Misa vieja.....	165
V.—Más patrañas.....	171
VI.—Rincones y callejas.....	180
VII.—Las alhajas de la Virgen del Sa- grario.....	189
VIII.—En el Escorial.....	195
IX.—La leyenda de Cervantes en Es- quivias.....	204

Aragón.

I.—En Zaragoza.....	211
II.—El Oasis de Piedra.....	220

Cataluña.

I.—Géneros de punto.....	229
II.—Colmena.....	235
III.—Santas.....	243
IV.—Recuerdos de Gerona.....	250
V.—Cuatro paredes.....	257
VI.—El iCau Ferrat.....	263



CAPITULO I. FONDAS Y POSADAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IDAD AUTÓNOMA DE
CIÓN GENERAL DE U

100